
SECRET CLUB
OBSIDIAN
-Dalia Negra-
NISHA SCAIL

SECRET CLUB

OBSIDIAN

-DALIA NEGRA-

NISHA SCAIL

COPYRIGHT

SECRET CLUB

OBSIDEAN

-DALIA NEGRA-

© edición 2026

© Nisha Scail

Portada: https://stock.adobe.com

Diseño y Maquetación: Nisha Scail

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A Eryx y Lara
Gracias por abrirme la puerta del Obsidian

ARGUMENTO

Después de un largo proceso de divorcio, la vida de **Lara Morrison** se ha reducido a rutinas cómodas, decisiones seguras y páginas en blanco que ya no sabe cómo llenar, pero una inesperada invitación podría cambiarlo todo.

El *Obsidian* no es un club cualquiera. Es un espacio donde el deseo no se reprime, donde las máscaras esconden más de lo que muestran… y donde una noche puede cambiarlo todo si te atreves a cruzar sus puertas. Algo que Lara estaba a punto de experimentar por sí misma.

En el *Obsidian*, el deseo es un juego perfectamente medido: una sola noche, sin nombres, sin vínculos y sin consecuencias. Así ha sobrevivido **Eryx Valen**, viviendo bajo reglas que no pueden romperse… hasta que aparece ella dispuesta a hacerlas pedazos.

Lo que debería haber sido una experiencia más se convierte en algo que Eryx conoce demasiado bien… y que juró no volver a permitir. Ahora, enfrentado a una mujer que no huye, que no teme lo que es y que parece ver más allá de la máscara, tendrá que decidir entre conservar las reglas que lo han mantenido a salvo… o arriesgarse a romperlas él mismo.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

Otro día más en la ajetreada ciudad. La gente pasaba con tanta prisa por delante de las ventanas de la cafetería que casi atropellaba a quienes tenían la intención de entrar y comprar un café para llevar y, si tenían un día goloso, incluso algún bollo de los que le surtía una pastelería cercana. Hoy, además, hacía un frío de mil demonios, o eso era lo que había comentado una señora bajita y regordeta, enfundada en un abrigo que haría sonrojar a un árbol de Navidad.

Había quien entraba soplándose las manos, le sonreía y pedía algo caliente para llevar o, más raramente para tomar allí. No es que no fuese una hora atractiva, es que era la de irse al trabajo, por lo que los únicos clientes que solían ocupar sus mesas lo hacían con sus ordenadores o con el teléfono pegado a la oreja.

Y entonces era mayor el ruido interior que exterior, uno que tenía que ver más con los pensamientos y las emociones que exudaban los humanos, que con el sonido ambiental. Al final Soren iba a tener razón al decir que tenía un serio enganche con las emociones, pero era también un lugar estupendo para encontrar nuevos posibles candidatos para el club. Uno del que ninguno de sus compañeros se había quejado todavía.

La campanilla de la puerta sonó otra vez y, solo tuvo que echar un vistazo al reloj para saber de quién se trataba.

Las ocho en punto. Puntual como un reloj.

Eryx alzó la mirada antes incluso de que el sonido se extinguiese. Allí estaba ella, sacudiéndose el frío y saludando con la mano a alguno de los clientes con los que solía cruzarse cada día. Se iba desenroscando la bufanda mientras se acercaba al mostrador. Tenía el pelo negro corto alborotado, las mejillas rojas por el frío y

unos enormes ojos verdes que destacaban especialmente en un rostro ovalado y no especialmente llamativo. Era guapa, de una forma bastante normal.

Se dirigió al fondo de la barra. Sabía que le gustaba aquella esquina no solo porque era una zona más íntima, sino porque tenía una toma de enchufe a mano para su portátil. Dejó el bolso en la repisa, junto a la bolsa del ordenador y se sentó con gracia en el taburete.

—Buenos días —saludó con una ligera curva en los labios. Una que era real, no como esas muecas que los humanos tienen bien estudiadas para fingir ante los demás—. ¿Me pones lo de siempre?

Asintió en respuesta, dirigiéndose ya hacia la cafetera.

Llevaba casi un mes viniendo a desayunar, quedándose luego a teletrabajar o lo que quiera que hiciera en ese portátil suyo lleno de curiosas pegatinas. Solía empezar su mañana con café, zumo y tostadas. Y, si bien luego repetía el café, esperaba casi a media mañana para hacer una especie de descanso y comerse un sándwich.

Siempre el mismo ritual, sin fallar ni una sola vez y cada una de esas veces era incapaz de entender quién era ella en realidad. Lo que percibía no se reflejaba, no de la manera en la que cualquiera con lo que había soportado esa mujer reflejaría.

Si incluso lo ignoraba. A él.

Las mujeres solían quedársele mirando, con esas expresiones soñadoras, agradecidas de tener quién les dirigiese una palabra amable o una sonrisa. Algunas incluso coqueteaban con él, inclinándose un poco hacia delante, mostrando escote y buscando cualquier excusa para escuchar su voz, especialmente si podían escucharla pronunciando su nombre.

Intentaba ser siempre amable, educado, cercano, incluso, pero manteniendo siempre una consciente distancia hasta que encontraba aquella a quién le apeteciese conocer… un poco más. Y, sobre todo, para que volviesen, por supuesto, pues no eran solo las emociones humanas lo que cubría sus necesidades, sino también el dinero que entraba en la caja registradora y pagaba las facturas.

Un trabajo del todo mundano para alguien que no pertenecía a este mundo.

Y, sin embargo, con ella todo era… distinto.

Colocó la taza delante de ella y las tostadas que, como cada día, ya había empezado a tostar un minuto antes de las ocho. Le gustaban ligeramente frías.

El aroma del café ascendía entre ambos, mezclándose con el de ella, un perfume cítrico suave con un toque de madera cálida que lo había sorprendido más de una vez. Era más una parte de ella, de quien era, que algo que usaría cualquier mujer para dar la impresión de ser algo más.

—Oh, gracias —le respondió como siempre, pero no del todo igual. Había algo en su voz que no había estado ahí semanas atrás, un ligero cambio, como a libertad—. El café huele de maravilla.

Respiró hondo, llenándose de su aroma antes de darle un pequeño sorbo y poner esa expresión que hablaba de profunda satisfacción.

Un segundo después su atención estaba en el portátil que había sacado de la funda y en el que iniciaba sesión. Iba a ponerse a trabajar y, a juzgar por el brillo de placer en sus ojos, hoy le tocaba algún momento especialmente apetecible.

No era de las que se ocultaba detrás de la pantalla, no demasiado al menos. A veces alguien se sentaba a su lado, dedicándole alguna palabra y ella se limitaba a bajar un poco la tapa, protegiendo su contenido y corroborando lo mal que estaba el tráfico o lo frío que se había vuelto el día.

Esos momentos, también, eran genuinos, nada exagerados y tampoco forzados. Parecían surgir de la espontaneidad.

Otras veces, estaba tan ensimismada en lo que hacía, que dudaba que un camión de bomberos con las sirenas sonando a su lado la hiciesen levantar la cabeza.

Era una dualidad asombrosa… y que él no acababa de entender.

La dejó y continuó atendiendo el local que, pasada la hora punta, se fue vaciando. Aprovechó para limpiar la barra, momento en el que se permitió observarla de nuevo, aunque sin que pareciese

que lo hacía. No quería dar la impresión de estar obsesionado con ella, aunque… puede que un poquito ya lo estuviese, sobre todo porque no era capaz de verla en realidad.

Se fijó en sus gestos, en la forma en la que se inclinaba en la pantalla, en cómo se apartaba el pelo sin pensar… De vez en cuando, se quedaba quieta, muy quieta… y *¡bam!* Alzaba los brazos en un silencioso gesto de victoria.

No encajaba. No era como debía ser, como había visto a tantos otros como ella.

El tipo de huella emocional que tenía encima solía hacer que las personas entrasen en la cafetería con el peso todavía pegado a la piel, con el cansancio metido en los huesos, con la mirada rota, aunque intentasen ocultarlo, pero ella… Ella no.

La morena de pelo corto había trazado una línea invisible con lo que había dejado atrás y con lo que estaba empezando a buscar… Y era esa búsqueda la que le interesaba a él en esos momentos.

—Eryx, ¿me pones otro *Macchiato* para llevar y me cobras?

La voz de otra cliente lo sacó de sus pensamientos. Levantó la cabeza y sonrió automáticamente, recordando el nombre de ella.

—Ahora mismo, Stela.

El rubor en las mejillas de la chica fue inmediato, la vio metiéndose el pelo detrás de la oreja y no le sorprendería si le estuviese mirando el culo mientras se ponía de nuevo a la máquina del café o en la caja registradora.

Le cobró y le deseó un buen día, que ella agradeció con una enorme sonrisa.

La pobre no tenía un buen día, aunque sin duda mejoraría cuando echase al imbécil que se había instalado en su casa como un okupa. Un novio de hacía dos semanas.

Los humanos y su incapacidad de estar solos mucho tiempo.

Le echó un nuevo vistazo al objeto de su curiosidad y continuó con su día laboral.

La mañana avanzó sin demoras, la cafetería respirando en oleadas, con gente entrando y saliendo. Hacia la mitad de la jornada matutina tuvo incluso que atender a algunos turistas, que venían buscando un café y no se aclaraban con lo que querían pedir. Se

guardó para sí el hecho de que los entendía perfectamente y dejó que lidiasen con el idioma, pues parecían sentirse muy orgullosos al conseguir desenvolverse.

—Creo que solo he entendido un par de palabras… —La escuchó mencionar en voz baja, después de que el grupo saliese por la puerta, dejando tras ellos el repiqueteo de la campanilla—. Eso era… ¿alemán?

No era extraño que se dirigiese a él de esa manera, de manera casual.

—Sí, de Düsseldorf… según creí entender —respondió, encogiéndose ligeramente de hombros—. He debido de acertar con sus pedidos ya que se han ido contentos.

—Siempre aciertas —le dijo, con un toque divertido, antes de volver a meter la naricilla en el ordenador.

Era cerca de la una cuando la vio cerrar el portátil, dando por finalizada su jornada. Lo hacía sin prisa, con gestos mecánicos, asegurándose de que no dejaba nada tras de sí. Cuando se volvía para pedirle la cuenta, él ya la estaba dejando delante de ella.

—Pura eficiencia —aseguró ella con esa franca sonrisa. No había falsedad, ni esfuerzo, le salía natural.

Dejó el bolso sobre la barra y sacó la cartera, buscando en su interior el efectivo.

Nunca sabría que fue lo que lo decidió a hacerlo. ¿Curiosidad? ¿Instinto? Se movió de manera imperceptible, un gesto invisible para el ojo humano, y dejó caer la tarjeta en el bolso abierto.

—Aquí tienes —pagó lo que debía, recogió sus cosas y, tras colgarse el bolso del hombro, le dedicó un gesto de despedida con la mano—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —correspondió y añadió por costumbre—. Que pases un buen día.

Sus miradas se encontraron y, por primera vez, se la sostuvo un poco más de la cuenta.

—Tú también.

Con esas dos palabras, le dedicó una última sonrisa, de esas de verdad y se marchó, dejando tras de sí el sonido de la campanilla cuando se cerró la puerta.

Eryx se quedó mirando en aquella dirección varios segundos más, apoyó las manos en la barra y sonrió para sí.

—¿Qué decidirás? —se preguntó. Miró el dinero exacto que ella había dejado y lo recogió para meterlo en la caja registradora.

Solo que esta vez no se movió hacia ella, el dinero se esfumó en sus manos y supo, sin tener que revisar, que ya estaba en su sitio.

Mañana volvería a la cafetería, volvería a pedir el café, su tostada… pero puede que ya no fuese la misma de hoy, no si aceptaba la invitación que acababa de hacerle.

CAPÍTULO 2

—¿Te ha llegado ya la bendita resolución o seguimos esperando?

Lara miró el sobre que tenía en las manos y que acababa de recoger de manos del conserje del edificio. Lo habían entregado esa mañana, cuando ella estaba fuera. Solo tuvo que ver el membrete para saber qué era lo que había estado esperando todas estas semanas.

Ahí dentro, estaba la llave definitiva de su libertad.

—La tengo en las manos —respondió a su mejor amiga y abogada. Erika Wallen había sido como un rayo de sol durante todo el proceso y también como el martillo de Thor; implacable. No tenía palabras para agradecerle no solo su ayuda, sino su apoyo incondicional.

Era curioso cómo algo así podía unir a dos desconocidas… y convertirlas en amigas.

Y pensar que todo comenzó con este interminable divorcio.

Su exmarido era la clase de hombre que lo quería absolutamente todo. Estaba dispuesto a quitarle hasta el aire, si fuese posible embargarlo. Y no es que tuviese mucho, pero lo poco que tenía era suyo, le gustase o no a ese espécimen.

Sí. Se había equivocado, pero no era una tragedia, ni tampoco el fin del mundo. Muchas mujeres antes que ella habían errado también en sus elecciones y, ahí estaban, viviendo la vida y más felices que antes incluso. Las había que, con un par de ovarios, incluso volvían a casarse y, en esta ocasión, era el correcto y les iba bien.

Bueno, ella no tenía intención de volver a casarse. Se había precipitado al hacerlo esta vez. Había sido demasiado joven, demasiado ingenua y había estado muy enamorada… de una ilusión.

El tiempo había terminado por poner las cosas en su sitio, el amor se había ido diluyendo y, a día de hoy, solo sentía alivio por haber dejado todo aquello atrás y hacerlo con la cabeza bien alta.

Había sido una experiencia más en su vida, una que hoy se acababa oficialmente.

—¿Y qué haces que todavía no la has abierto? —le gritó desde el otro lado del teléfono.

—Pues… porque te tengo a ti en una mano y los papeles en la otra —se rio en voz baja—. Acabo de entrar en el edificio y estoy subiendo las escaleras hacia mi piso.

—¿Escaleras? ¿Ha vuelto a joderse el ascensor?

—Estaba demasiado nerviosa para esperar el ascensor.

—Claro. Y decides subir cuatro plantas andando —se rio ella—. Jamás dejarás de sorprenderme.

—Solo porque tenga prisa no quiere decir que haga esto todos los días —bufó, mientras su cerebro le decía *«te vendría bien para bajar algunos kilos».* Ahí estaba, su cerebro siempre dando por culo.

—Venga, pues date prisa y, cuando llegues a casa, te pongas cómoda y te sirvas una copa, me haces una videollamada, que esto hay que hacerlo juntas —le dijo con toda la intención—. Si no tuviese lío todavía en el juzgado, saldría para ahí cagando leches.

Se detuvo, apartó el teléfono y lo miró al darse cuenta de lo que acababa de decir su amiga.

—¿Estás en medio de un juicio?

—En el receso —bufó—. La cosa se está alargando, así que me queda para rato. Una de dos, o el juez se ha tomado un tentempié o se ha quedado frito.

—Estás loca, Erie —aseguró, sacudiendo la cabeza—. Cuelga, anda. Podemos hablar cuando salgas…

—De eso nada. Tienes los papeles y quiero celebrar contigo el darle la patada a ese imbécil en cuanto los abras —fue tajante—. Así que mueve ese culo y sube de una vez. Te llamo de nuevo en cinco minutos y en videollamada, así que no me recibas en pelotas.

Colgó antes de que pudiese decir esta boca es mía. Se quedó mirando el aparato y sacudió la cabeza. Quien conociera a Erika, la abogada, jamás se imaginaría que debajo de ese traje de chaqueta y

mujer empoderada había un alma tierna y vulnerable. Era como un camaleón, capaz de camuflarse en el ambiente, solo para mostrarse como ella misma con la gente que la conocía de verdad.

Agradecía ser una de esas personas y, por encima de todo, tenerla en su vida.

Tomó aire y empezó a subir las escaleras a buen ritmo. Ya había localizado el llavero con las llaves dentro del bolso cuando llegó al rellano, casi sin resuello, y se dirigió hacia su puerta.

—Definitivamente, necesito hacer más ejercicio —murmuró para sí, abriendo la puerta y entrando por fin en casa. Encendió las luces y cerró tras de sí con el pie.

Se quedó allí de pie, unos segundos, tanto para recuperar el aire como para saborear el hecho de que este era su espacio, uno que no tenía que compartir con nadie, en el que podía hacer lo que le daba la gana, decorarlo como siempre le habría gustado decorar la que había sido su casa durante casi diez años.

Miró el sobre que todavía tenía entre las manos y soltó el aire que ni siquiera se daba cuenta de que había empezado a contenerlo. Era como si, por fin, el peso que había sentido todo ese último año al fin se diluyese.

Dejó caer el abrigo sobre el respaldo de la silla más cercana y el bolso y el portátil en la mesa del salón. El teléfono volvió a sonar y, tal y como le prometió su amiga, le hizo una videollamada.

—¿Ya estamos? —preguntó. Su rostro apareció en primer plano, con su pelo rubio peinado hacia atrás y recogido en un sobrio moño y los ojos marrones llenos de una mezcla de curiosidad y ansiedad mal disimulada.

—Ni respirar me dejas —dramatizó, sonriendo justo después.

—Hemos estado esperando por esto un año… —aseguró y, acto seguido concretó, señalándola—. Tú, más que nadie, lo has esperado… Ya es la hora, Lara.

Sí. Lo era. Por fin, el momento con el que había soñado e incluso tenido pesadillas durante todos esos meses. Colocó el teléfono contra el frutero para así disponer de las dos manos, se echó hacia atrás, cogió el sobre con el membrete oficial y lo abrió. Los papeles salieron con facilidad. Se tomó un segundo para

prepararse y, por fin deslizó la mirada sobre cada línea hasta la parte en la que confirmaba que ahora era una mujer libre.

Ya tenía el divorcio.

Fue igual que si todo el peso que tenía encima, aquel que no se veía, pero siempre había estado ahí, se esfumase de golpe. Los labios se le estiraron por sí solos y, cuando levantó la cabeza y miró a su amiga, solo pudo girar el papel hacia la pantalla del teléfono y acercárselo.

Su reacción no hizo más que duplicarse en su propio rostro. Las lágrimas llenaron los ojos de Erika y también los suyos.

—Ya está. Se acabó —le aseguró ella, abanicándose con la mano—. Eres libre, amiga.

—Oficialmente, vuelvo a ser Lara Morrison —sonrió con más amplitud y soltó un chillido—. ¡Ya tengo el divorcio!

A esa declaración siguió un pequeño baile que hizo reír a Erika, aunque ella no tardó en imitarlo a su manera.

—¡Tenemos que celebrarlo! —aseguró la chica.

«Abogada Wallen, la sesión va a reanudarse».

La voz se filtró en la llamada, recordándole que debía volver al trabajo.

—Ahora mismo voy. —La voz de Erika cambió radicalmente, acusando ese tono profesional que solía hacer que los hombres se measen en sus zapatos. Solo cuando oyó una puerta cerrarse, recuperó el tono de siempre con ella y se apresuró a despedirse—. Dios, me alegro un montón, Lara. Lo dicho, mañana te llamo y quedamos para cenar y celebrarlo. Ahora, tómate una copa de vino a mi salud. ¡Te quiero!

—Te quiero —correspondió ella, unos instantes antes de que la pantalla quedase en negro.

Volvió a mirar los papeles, la línea de la resolución, que la convertía en una mujer completamente libre.

—Por fin.

La idea de la copa le parecía tan acertada que dejó los papeles sobre la mesa y se movió a la cocina para servirse una. El primer sorbo le supo a triunfo, pero fue el segundo el que más disfrutó, porque ese sabía a libertad. Se apoyó en la encimera, mirando hacia

el salón, viéndolo por primera vez distinto. Y lo era. Lo que había hecho hasta ahora solo había sido el principio, a partir de aquí la vida era suya para comérsela y vivirla de la manera que quisiera.

Escuchó el tintineo de un mensaje entrante y volvió con su copa al comedor. Una amplia sonrisa le curvó de nuevo los labios al ver que se trataba de un meme escogido para la ocasión. La manera que tenía Erika de celebrarlo.

Dejó de nuevo el móvil en la mesa y fue entonces cuando la vio.

Pequeña, oscura, resbalando desde su bolso.

Una tarjeta.

—¿Y esto? —murmuró, cogiéndola entre los dedos—. *Obsidian*.

No le sonaba en absoluto. Ni el nombre, ni la dirección. Ni siquiera recordaba haber visto el logotipo en ninguna parte. Le dio la vuelta y enarcó una ceja al leer la frase impresa:

«¿Te atreves a dejarlo todo atrás por una noche?».

Un inesperado escalofrío le bajó por la columna.

—¿Perdona? —resopló, desechando la extraña sensación que la recorrió y sonriendo con cierta diversión. Le dio otro sorbo al vino y volvió a mirar de nuevo el nombre que figuraba en la cara frontal. La tipografía era elegante, sutil y con un toque sexy dentro de la oscuridad de la tarjeta—. ¿Pero de dónde has salido tú? Parece el típico eslogan de uno de esos clubes privados.

Tuvo el automático pensamiento de descartarla, de lanzarla sobre la mesa, pero en el último instante volvió a darle la vuelta, a mirarla con más atención.

«Acceso a partir de la medianoche».

Letra pequeña, lo bastante como para que tuviese que esforzarse en entrecerrar los ojos.

Había una dirección, la cual, si mal no recordaba, estaba en la zona industrial de la ciudad.

Puede que sea uno de esos locales alternativos nuevos que están abriendo en esa zona.

Había escuchado a Erika hablar sobre ellos, pero el que le había mencionado su amiga era un bar de copas en la otra punta.

No era la típica tarjeta publicitaria. No había códigos QR, ni teléfono, ni siquiera un triste email. Solo una dirección y una hora. El caso es que no había recordado haberla cogido, ni tampoco haberla recibido de manos de alguien.

—Qué raro. —Empezó a darle pequeños toquecitos contra la palma, demasiado intrigada ahora como para dejarla estar.

La miró una vez más y la lanzó sobre la mesa. Cayó justo sobre los papeles del divorcio. Frunció el ceño y volvió a cogerla, mirando ahora fijamente dichos documentos y, acto seguido, su propia casa.

Orden, silencio, justo lo que había necesitado todos estos meses para poner de nuevo en orden su vida.

Miró la tarjeta, la frase impresa en el dorso.

—¿Te atreves a dejarlo todo atrás por una noche? —la leyó en voz alta, haciendo que sus propias palabras resonaran en su vacío hogar. Dudó unos instantes, o puede que, más que duda, fuese una batalla consigo misma, con esa parte de ella que todavía asomaba de vez en cuando a decirle que tuviese cuidado, que no se precipitase—. Bueno… No me importaría. Sería como despedirme definitivamente de estos últimos once años, ¿no?

La idea empezó a cobrar más y más fuerza en su mente y, antes de darse cuenta, se encontró dirigiéndose hacia su habitación, con la copa de vino en una mano y esa tarjeta en la otra.

—Hoy toca celebrar…

Y, por primera vez en mucho tiempo… no tendría que pedirle permiso a nadie para hacerlo.

CAPÍTULO 3

La noche siempre empezaba igual. No con la apertura de la puerta, ni con la música, ni siquiera con la llegada de los primeros clientes… Lo hacía en el instante justo en el que el deseo empezaba a flotar en el aire.

Eryx lo sentía antes de verlo. Era una habilidad natural, una parte de sí mismo, en realidad, algo que lo conectaba directamente a esa emoción. Podía sentirla sobre la piel como una vibración sutil, constante, el tirón procedente de las innumerables personas con las que se cruzaba habitualmente en la bulliciosa ciudad en la que decidió establecerse. Pero no todas ellas encontraban el camino hasta aquí. No todas tenían lo necesario para visitar el *Obsidian*.

Apoyó los dedos sobre la barra. La oscura superficie apenas reflejaba su silueta, difuminándola, como si siquiera la luz tuviese claro qué hacer con él… o cualquiera de los particulares miembros de este secreto y exclusivo club.

La iluminación era tenue, cálida, perfectamente medida. Cada cosa allí dentro actuaba con un propósito, con una intención. Nada era dejado al azar, ni la disposición de las mesas, ni el aroma que esta noche flotaba en el aire, ni siquiera la música, que más que sonar… latía.

No. Lo que había entre estas cuatro paredes hacía que cualquiera que cruzase sus puertas sintiese la necesidad de quedarse y explorar ese lado de sí mismos que ni siquiera sabían que existía.

Aceptó la copa que el encargado de la barra dejó ante él sobre un fino posavasos. Se lo agradeció con un gesto y volvió la mirada hacia la única entrada a la sala. Pasaban ya treinta minutos de la

medianoche, el local empezaba a vibrar con la cadencia particular de sus invitados. Algunos ocupaban las mesas en solitario, disfrutando de una copa y del ambiente, mientras otros habían descubierto ya el rumbo que tomarían sus noches; uno que había sido elegido por decisión propia.

En *Obsidian* no había reglas, ni normas, más allá de las que se entendían a simple vista, pero sí había una regla inamovible: el cliente era el único que podía elegir.

Si se quedaba o se iba, era decisión suya. Entregarse a sus deseos o negarse a ellos. Todo era una elección y él, al igual que sus compañeros, solo podían intervenir si el objeto de su elección decidía aventurarse en la noche del club, consintiendo en permanecer entre esas cuatro paredes hasta el amanecer.

Le dio un sorbo a su bebida, saboreando el gusto ligeramente ahumado del whisky mientras examinaba el resto de la sala. Sostuvo el vaso en alto, moviéndolo lentamente, respirando el aroma fuerte y oscuro que le gustaba.

—Llegas temprano.

La voz llegó desde su derecha. Tenía un toque profundo y sensual, con un matiz divertido en el fondo que siempre parecía esconder algo más. Se limitó a encontrarse con esos ojos marrón dorado, del mismo color que su bebida, el único rasgo que dejaba visible la parte superior de su máscara.

Aquella era otra de las normas no escritas del club. Ninguno de ellos enseñaba el rostro. No se trataba solo de mantener separadas sus vidas dentro y fuera del *Obsidian*, sino de suscitar además curiosidad… y morbo algunas veces.

Mientras que la suya era dorada, la de Kae era de un intenso color púrpura oscuro, muy acorde a la fragancia que envolvía al demonio que acababa de ocupar el taburete a su lado.

Porque ese era el secreto del *Obsidian*, aquel no era un local humano, sino uno regentado por cuatro demonios con un propósito muy claro; disfrutar de lo que les ofrecía la vida sin tener que dar cuenta a nadie más que a sí mismos.

—Me pareció que hoy sería una de esas noches en las que podrían sorprenderme —respondió, dejando el vaso con sumo

cuidado sobre la barra.

Su amigo sonrió de soslayo. Conocía bien esa curvatura de labios y lo que significaba, por lo que optó por ignorarla.

—Para sorprenderte a ti haría falta un milagro, Eryx —aseguró, volviéndose hacia la entrada, al otro lado de la sala.

Un leve sonido, casi imperceptible, cruzó el aire. La puerta se había abierto de nuevo, siguió su mirada y la vio.

La primera de la noche. Una mujer joven y atractiva cruzaba el umbral con esa mezcla de duda y determinación que conocía bien. Echó un vistazo rápido a su alrededor, con la respiración contenida, evaluando de la misma manera que muchos de los presentes la estaría evaluando ya sin que ella lo supiera.

Pero no era lo que quería. No era esa sorpresa que esperaba encontrar hoy en el *Obsidian*.

Devolvió su atención al vaso que tenía delante y volvió a llevárselo a los labios con lentitud. No tenía prisa por beber. Esta era solo la antesala para él, un momento para sondear el peso del lugar y decidir qué le apetecía y qué no.

—Esperas a alguien en concreto —murmuró su acompañante, leyéndolo con la facilidad de siempre. Había un toque de curiosidad en su voz, pero no la expresó en palabras. Por ahora.

—Ni siquiera sé lo que espero —respondió. Y era la verdad. En honor a la verdad, no tenía la menor idea de qué esperar de esta noche o de ella, si es que llegaba a aparecer.

Ella era una gran incógnita. Le había entregado la tarjeta, pero lo que hiciese con ella era un completo misterio para él. No era el tipo de mujer que podía leer con facilidad, tenía demasiadas capas y todas y cada una parecían ser correctas. No llevaba una máscara, como muchos de los que atravesaban esa puerta. O, si la llevaba, era tan parte de sí misma que ya se había fundido con quién era en realidad.

El flujo continuo entre deseo y deseo. Algunos eran más presentes que otros, hubo incluso quien llegó a la mitad de la sala y perdió el valor, girando sobre sus talones para irse por dónde había venido. No entró una segunda vez, así que supo que ya no volvería a hacerlo nunca.

Contabilizó tres mujeres más y un hombre. No era un mal conteo para la noche, sobre todo teniendo en cuenta lo que vibraba en el aire. Se lamió los labios casi por reflejo, paladeando el sabor embriagador que tenía el deseo. Este era el combustible que los había llevado a crear el *Obsidian*, un modo más sencillo, y sobre todo, seguro, de alimentar su naturaleza demoníaca.

Había quienes iban detrás de emociones más oscuras, que prosperaban con el dolor ajeno, con la destrucción hasta el punto de volverse demasiado peligrosos para este mundo. Muchos habían cruzado esa línea en el pasado, perdiéndose en la locura, en un hambre voraz y atrayendo sobre sí mismos su propia destrucción. Amenazaron su subsistencia, obligándoles a ser más y más cautos, a esconderse a fin de que la humanidad siguiese ignorando su existencia o relegándola a parte de su folclore o religión.

Él y los chicos habían decidido vivir entre los humanos, ser parte de su comunidad y, al mismo tiempo, seguir manteniendo sus *«necesidades especiales»* bajo un estricto control. El *Obsidian* les permitía no solo eso, sino ayudar al mismo tiempo a sus clientes.

Al final era un *win-win* en todos los sentidos.

Recorrió una vez más la sala con la mirada. Darion caminaba distraído hacia una de las mujeres, lo que le decía que su compañero ya había hecho su elección de la noche. Al otro lado, junto a las escaleras que llevaban al piso superior y una zona más privada, Soren parecía dominar la situación con la primera chica que había cruzado la puerta. Ella estaba totalmente subyugada por él, lo cual indicaba una clara conexión.

Los camareros, con sus trajes elegantes y atractivos rostros servían las bebidas en las mesas ocupadas por aquellos que, por ahora, no deseaban más que perderse en el particular ambiente nocturno. Si alguno de los clientes mostraba algún interés en ellos, o incluso en hablar, se harían cargo de la situación sin ir más lejos.

Aquí, lo que marcaban los ritmos eran ellos cuatro, los demás empleados eran tan solo una extensión de sí mismos, una proyección con la que mantener entretenidos a los clientes.

—¿Y bien? —insistió Kae, dándose cuenta de su particular estado de ánimo. No podía engañar a su amigo, como él tampoco

podría engañarle a él. Los cuatro tenían un pacto, estaban juntos en esto y eso significaba transparencia absoluta—. ¿Vas a decirme qué es lo que te tiene así esta noche?

Eryx guardó silencio durante un instante.

—La curiosidad —admitió por fin.

Una risa baja escapó de la garganta de su compañero. Un sonido sexy, profundo, que atrajo algunas miradas sobre él; algo cotidiano en su vida.

—Esa sí que es nueva —confirmó él, mirándole, si cabe, con mayor intriga—. ¿Y de dónde ha salido esa curiosidad?

—La cafetería. —Responder con la verdad era un requisito entre ellos, por lo que o empezaba a girar en torno a ella, con respuestas vagas, o iba directo al grano. Y esta noche no estaba de humor para jugar a las adivinanzas—. Te… di una de nuestras tarjetas.

Se hizo el silencio. Ladeó la cabeza y se encontró a Kae estudiándolo con profunda curiosidad.

—No eres de los que hace eso.

—Lo sé.

Se miraron unos instantes y acabó por encogerse de hombros.

—¿Y piensas que será de las que se atreva a entrar? —preguntó ahora, convirtiéndose en algo mucho más interesante que los clientes.

Deslizó la mirada hacia la puerta una vez más. Se estaba convirtiendo en un gesto obsesivo, en una intensa necesidad el vigilar ese rincón del local, algo que no había sentido en todo el tiempo que llevaba aquí dentro.

Y él no era así. No se dejaba llevar, no se desesperaba, mantenía el control de la situación, lo controlaba absolutamente todo… Excepto a ella.

—Lo hará —respondió a la pregunta que había quedado en el aire.

No había hecho más que pronunciar la última palabra, cuando sintió el cambio en el ambiente. Fue sutil, un breve cosquilleo en la nuca y, lo supo.

—Está aquí.

El club pareció contener el aliento ante esas dos simples palabras, la música cobró mayor presencia, al igual que ese particular aroma que hoy perfumaba el ambiente. Empezó a contar los latidos por segundos, sus ojos se dirigieron de nuevo al umbral, atraídos por un imán.

Todavía no la veía, pero la sentía… Estaba allí, al otro lado de la puerta, a un latido de tomar la decisión que cambiaría esta noche por completo… y sentir aquello no era lo habitual.

No tuvo tiempo a analizar ese inexplicable hecho, pues un momento después la puerta se abrió y ella cruzó el umbral del *Obsidian* por primera vez.

CAPÍTULO 4

—Venga. Vente arriba, cruza media ciudad y aparca a media manzana de un lugar por el que no parece haber pasado un ser vivo en años.

Lara hizo una mueca. Estaba en ese instante en que no sabía si echarse a reír o dar media vuelta sobre sus tacones e irse por dónde había venido. Había dejado el coche en una zona que sí tenía movimiento, en que aquellos viejos bajos de la zona industrial se habían convertido en locales nocturnos, pero… este lugar parecía totalmente abandonado. No en plan *«grabemos una peli de miedo»*, porque la zona estaba limpia y no olía mal, pero tenía ese aspecto de calle olvidada por el paso del tiempo.

Miró de nuevo la tarjeta y la dirección que figuraba en ella, comprobando de nuevo en el GPS de su teléfono que no se hubiese equivocado.

—No. Es esta calle —confirmó, volviéndose de un lado a otro. Pero allí solo había fachadas apagadas, ventanas oscuras y no había ningún rótulo que sugiriera…

Un inesperado escalofrío le bajó por la espalda, haciéndola dar un saltito. Había elegido un vestido negro, de cóctel, pues no sabía bien qué ponerse y ese trapo siempre la sacaba de apuros, pero ahora empezaba a pensar que le hubiese venido mejor ponerse unos jeans.

—De verdad, ¿para qué hago caso de estas cosas? —suspiró, girando la tarjeta en sus dedos—. Menos mal que no le he dicho nada a Erika o mañana tendría que enfrentarme con sus carcajadas.

Sacudió la cabeza, comprobó una última vez la calle y, a punto de darse la vuelta, el parpadeo de una farola le llamó la atención.

Bien, vale. Eso sí que era un poquito… raro.

Miró en aquella dirección. Se trataba de un edificio antiguo, con una de esas fachadas victorianas y la farola iluminaba justo la entrada, donde destacaba una puerta negra.

—Espera, ¿y si es uno de esos locales secretos? Como los de Londres, que entras en una licorería y resulta que hay una puerta que da a un bar y no se ve desde fuera. —Había leído sobre ellos no hacía mucho tiempo en una de esas cuentas de viajes que ojeaba de vez en cuando. Ignoraba si la ciudad tenía uno de esos, pero, ¿por qué no?

Antes de darse cuenta ya estaba caminando hacia la entrada, subió los tres únicos escalones que la separaban de la acera y la vio. Una pequeña plaquita de bronce, destacando sobre el fondo negro de la puerta, en la que podía leerse:

—*Obsidian*.

Se echó hacia atrás, miró de nuevo la fachada, los edificios colindantes y, una vez más, la puerta. Negra, sin adornos, sin letrero alguno salvo… esa placa. Por no tener, no tenía ni pomo. ¿Y timbre? Ninguno a la vista.

Frunció ligeramente el ceño y barajó sus opciones: largarse de allí cagando leches o llamar a la vieja usanza.

Bajó la mirada a la tarjeta que todavía tenía entre las manos, leyó de nuevo la frase en la parte posterior y respiró hondo.

—Qué demonios —musitó, echó el puño hacia atrás y llamó con un par de golpecitos.

No llegó a dar el tercero, pues la puerta se abrió con un suave susurro, sin ruido de bisagras, sin previo aviso.

Se quedó quieta, con la mano en alto, sin saber qué hacer.

—Bueno… ¿Y ahora qué? —musitó para sí.

Vaciló sobre sus pies, mirando hacia atrás y de nuevo a la puerta. No había luz en el interior o, al menos, ella no la veía. Y tampoco salía sonido alguno, aunque… había una ligera fragancia que procedía del interior. Era algo sutil, como si solo llegase hasta allí el final de este y, por alguna razón, le gustó lo suficiente como para querer indagar más sobre ella.

—¿Hola? —susurró. Había algo en aquella oscuridad que la obligaba a mantener la voz al mínimo, evitando molestar. Empujó la

puerta y la oscuridad del interior pareció diluirse bajo la luz de la farola. Era un recibidor elegante, aunque espartano, que conducía a un breve pasillo al final del cual podía ver una cálida luz. El aroma pareció hacerse más intenso ahora que había dado un paso hacia dentro, cruzando el umbral casi sin ser consciente de ello. El frío de la noche quedó del otro lado y la envolvió un agradable calor—. Bueno, parece que es aquí, después de todo…

Un par de cuidadosos pasos más y la puerta se cerró a su espalda, haciéndola saltar una vez más.

—Joder… —Se llevó la mano al pecho, respirando de manera acelerada—. Bueno, supongo que eso quiere decir que no hay vuelta atrás…

Recomponiéndose a sí misma, optó por seguir hacia la luz que vislumbraba al final del pasillo. La música le acarició los oídos de manera inesperada. Era un pulso lento, grave y algo lejano que vibraba al compás de su propio corazón, el aroma que le había llamado la atención ahora era mucho más profundo, aunque seguía sin ser capaz de descifrar los matices. Pero no le importó, de algún modo todo aquello la llamaba hacia el final del pasillo y hacia allí siguió.

No había recepción, ni tampoco guardarropa… solo una puerta abierta invitándola a entrar al lugar del que procedían todos aquellos extraños estímulos.

Lara se detuvo a un par de pasos de aquel segundo umbral, dudando un instante.

¿Qué estoy haciendo?

Nunca había sido una persona impulsiva, pero algo en ella la empujaba a seguir adelante, a cruzar ese vano y… vivir su vida.

—¿Qué es lo peor que te puede pasar? —valoró para sí misma en voz baja—. ¿Qué no te guste el ambiente y te des media vuelta después de haber echado un vistazo?

Ese agradable aroma volvió a ella dándole un último empujón, igual que si alguien acabase de rociar el aire con un perfume, atrayéndola sin remedio.

—Sí, por supuesto que voy a atreverme a entrar —musitó para sí misma, respondiendo a la frase que había leído una y otra vez en

el reverso de la tarjeta que seguía apretando entre los dedos.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Dio un paso adelante, luego otro y el último la llevó a cruzar al otro lado de esa puerta.

El cambio en el ambiente fue instantáneo. Fue como sumergirse en un ambiente distinto, uno que coqueteaba entre la elegancia y la oscuridad, pero que al mismo tiempo tenía ese toque de luz necesario para atravesar las tinieblas.

Mesas con lámparas encendidas, luz tenue, que no molestaba y creaba intimidad, música ambiental, que acariciaba los oídos y se fundía con los latidos de tu propio corazón… Era una sala grande, en tonos oscuros, pero no por ello agobiante, en cierto modo le recordaba a uno de esos clubes antiguos que salían en las películas de vampiros y esas cosas, con ese toque elegante y del viejo mundo… Aun cuando todo parecía demasiado moderno.

Era una mezcla extraña, pero que sin embargo funcionaba.

Deslizó la mirada por el lugar, reparando en la gente, en los camareros que se movían entre las mesas bandeja en mano, en la barra del bar, negra como el ónix y… Sus ojos se encontraron y ella dejó de respirar. El impacto fue tal que se quedó quieta, atrapada en esa mirada a través de la máscara. Había alguien a su lado, pero no le prestó atención. No podía, de alguna manera, esos ojos la tenían atrapada.

Sonrió. Aunque no sabía si podía llamarse sonrisa a la ligera curvatura de sus labios, pero tuvo el efecto de estremecerla una vez más. La manera en la que abandonó el taburete, lenta, medida, la tensó. Era como mirar a los ojos a un depredador, uno que la había etiquetado como presa con tan solo ponerle los ojos encima. Lo inteligente habría sido correr, girar sobre sus tacones y marcharse por donde había entrado, pero tenía los pies clavados en el suelo.

Avanzaba despacio, sabiéndose el cazador, pero ella había sido la presa durante demasiado tiempo como para caer de nuevo en tal error, así que se adelantó.

Por cada paso suyo, avanzaba otro ella, despacio, tomándose ese tiempo para examinarle. No sabía qué estaba haciendo, pero algo parecía tirar de ella hacia él. Y, cuando estuvieron apenas a un par de pasos, lo supo. Ese aroma… era él.

—Has venido.

Sus primeras palabras resultaban extrañas, implicaban un conocimiento previo, pero Lara sabía que no lo había visto antes. Esa presencia sería imposible de pasar por alto.

Enarcó una ceja de manera interrogante al tiempo que él se adelantaba señalando su mano con la mirada; todavía tenía la tarjeta en la mano.

—Te has atrevido a traspasar la puerta.

Se lamió los labios, no para parecer seductora, sino por puro nerviosismo. Uno que no había parecido hasta ahora.

—Eso parece —replicó, su voz más tranquila de lo que cabría esperar en un momento semejante, pero de alguna manera, este hombre enmascarado no lo percibía como una amenaza. Se sentía segura, lo cual era tan extraño como absurdo.

Madre mía, Lara. Reacciona y deja de comértelo con la mirada, que no es un pastel.

No. No lo era. Era mucho más peligroso, más presente, igual que si estando allí de pie ya hubiese consumido su aire.

Se obligó a quitarle la mirada de encima, posándola a continuación en el lugar del que él había salido y, no lo pensó, le echó un último vistazo y siguió caminando hacia la barra, sabiendo en lo más profundo de sí misma, que él la seguiría.

Y no se equivocó.

Ocupó uno de los taburetes, un poco más alejado del lugar que había ocupado él. Esa era su manera de marcar distancias, de dejar claro que no iba a caer por una cara bonita así como así. O, en su caso, por unos ojos penetrantes y una boca lo bastante sensual como para preguntarse cómo se sentiría sobre la de ella.

Bien. Es oficial. No estoy muerta.

Siendo sincera consigo misma, le había preocupado el hecho de no sentirse… atraída por ningún hombre. Ese último año tanto su mente como su cuerpo parecían haberse centrado en una única cosa apagando todo lo demás. La falta de deseo, de apetito sexual, el no sentir esa chispa, ni siquiera ante alguien que en otro momento le habría parecido una compañía interesante, solía ser uno de los temas por los que Erika y ella solían discutir.

«No sé cómo no se te han caído las bragas ante semejante espécimen».

«Ni siquiera se aflojó el elástico».

«En serio, Lara. El día que un hombre te las haga perder de nuevo, será solo porque no es de la misma especie que el cabrón de tu ex».

«¿Un extraterrestre?».

Ambas se habían mirado y se habían echado a reír. Pero ella sabía que detrás de aquella risa se había instalado una nueva preocupación… una que ese hombre había hecho saltar por los aires.

Dejó el bolsito que llevaba colgado de la muñeca sobre la barra y echó un rápido vistazo a la barra. La pared espejada detrás del camarero devolvía una imagen distorsionada de lo que ahora quedaba a su espalda, pero aun así reflejó la presencia de ese desconocido, el cual no dudó en sentarse a su lado. Sus movimientos eran tan sutiles y fluidos que ni siquiera hizo ruido, parecía ser parte del aire y moverse en sintonía.

Lara mantuvo la atención al frente y sonrió con naturalidad al camarero cuando se aproximó a ella.

—Un cóctel —pidió, sin especificar.

El camarero asintió, no pareciendo necesitar más. No lo vio dudar ni un segundo, tampoco preguntarle qué quería exactamente, solo… lo preparó.

—Claro… sorpréndeme… —musitó en voz baja, con un ligero tono entre divertido e irónico.

—Lo hará —respondió una voz grave y profunda a su lado. La misma intensidad, la misma oscuridad sensual—. Y no se equivocará.

Lara mantuvo la vista al frente hasta que el camarero deslizó la copa delante de ella. Cristal fino, líquido oscuro, un aroma… envolvente. Por lo pronto sonaba bien.

—Gracias —dijo y, ahora sí, se volvió hacia él. Sus ojos volvieron a encontrarse y no dudó en sostenerle la mirada—. ¿Siempre abordas todo con tanta seguridad o es solo porque tienes que dejar en buen lugar el nombre del… *Obsidian*?

Levantó la tarjeta, la cual estaba lo bastante sobada por sus dedos como para que hubiese empezado a perder cierta tensión. La deslizó con cuidado sobre la barra, viendo como más que destacar, se integraba con el oscuro material.

Sus dedos rozaron los de ella en un movimiento casi imperceptible. No lo vio mover la mano, pero ahí estaba, junto a la suya, tocándose cuando él le quitó el trozo de cartulina y lo giró en sus propios dedos.

—Lo único seguro para mí esta noche es que te has atrevido a cruzar la puerta —respondió, su mirada ahora fija en la tarjeta—. Una decisión valiente.

Ladeó la cara de tal modo que la tenue luz pareció reflejarse en las zonas doradas de su máscara, dándole un aspecto de oro puro. Apretó sin darse cuenta el fino tallo de la copa, reprimiendo la absurda necesidad de tocarla, de comprobar si era tan sólida como parecía.

Y, de nuevo, esa particular sonrisa le curvó los labios.

¿Sería capaz de leerle el pensamiento?

—No he tenido muchas ocasiones de mostrarme valiente, así que, ¿por qué no esta? —Vaya. Nunca había sido el tipo de mujer de lanzarse primero y preguntar después, pero por algún extraño motivo, algo en él le pedía hacer justo eso.

Él le sostuvo un momento más la mirada, evaluándola. Aunque no sabría decir si lo que motivaba tal escrutinio era su interés en ella o la simple curiosidad.

Había algo en esos ojos que, durante una décima de segundo, le resultó familiar.

—Una ocasión perfecta —declaró, golpeando un par de veces la barra con la tarjeta antes de deslizarla de nuevo hacia ella—. ¿Qué tan valiente estás dispuesta a ser esta noche?

Directo. Sin medias tintas.

Interesante. No había conocido a muchos hombres que tuviesen una determinación tan clara, pero no había un solo resquicio de duda en su pregunta.

—Para empezar… —levantó su copa, girándola entre los dedos —. Tan valiente como para probar un cóctel cuyo contenido ignoro.

Se lo llevó lentamente a los labios, sus miradas todavía unidas, necesitando mantener su interés un segundo más. Dio un sorbo y cerró los ojos en un instante de solitario placer. El licor le acarició la lengua, fuerte, oscuro, dejando tras de sí un toque cítrico inesperado y al mismo tiempo delicioso.

—¿Y ha merecido la pena el riesgo? —La voz de él parecía hacerse más profunda y casi musical en la oscuridad, así que abrió de inmediato los ojos, encontrándose una vez más con esa mirada en la que jugaba la diversión con algo más.

Se lamió los labios y dejó la copa sobre el posavasos.

—Siempre lo merece —respondió y se sorprendió por la facilidad que brotaron esas tres palabras de sus boca. Porque las creía de verdad.

—Así que eres de las mujeres que prefieren arriesgarse… —mencionó, pero era más una confirmación que una pregunta en sí misma—. Interesante.

—¿Lo es? —preguntó, recogiendo la tarjeta y girándola entre sus dedos. Se detuvo solo para acariciar el nombre del local.

—Mucho.

Deslizó la mirada lo justo para encontrarse de nuevo con la de él. Era incapaz de sacarle los ojos de encima.

—No todo el mundo es capaz de dejar la comodidad, lo conocido, lo seguro y dar el paso que tú diste al cruzar la puerta negra.

—Un color interesante para una puerta.

Él dejó escapar una pequeña risa. Era un sonido erótico, pero también sincero, con un toque de verdad.

—Uno de mis…amigos quería ponerla roja, pero llegamos a la conclusión de que destacaría demasiado.

Le sorprendió el tono burlón, pero no pudo menos que sonreír ante la broma.

—Así que… no solo eres un… cliente más —mencionó echando un rápido vistazo a su alrededor antes de volver a él—. ¿Empleado? ¿Socio?

—Digamos que soy… el mismo *Obsidian* —respondió, replicando su gesto al mirar en torno a la sala—. Parte de estas

paredes, de los deseos que escuchan y que guardan… —Sus ojos volvieron a posarse sobre ella—, y de aquellos a los que todavía no se han dado voz… Como los tuyos.

—*Wow…* —Se rio. A ese hombre no se le daba nada mal coquetear, sobre todo porque lo hacía de forma natural, al igual que respirar—. ¿Acabamos de conocernos y ya estás dispuesto a escuchar mis deseos?

—Lo estuve incluso desde antes de que cruzases esa puerta.

Lara apoyó el codo en la barra, inclinándose ligeramente hacia él. Se sentía cómoda con aquella conversación, lo cual no dejaba de resultarle bastante sorprendente.

—¿Desde antes? —Chasqueó la lengua—. Deja que lo adivine. Esa máscara te permite ver lo que va a pasar antes de que suceda… Y me viste a punto de llamar.

Sus labios se estiraron un poco más, sonriendo porque sabía cosas que ella no.

—Algo así. —Esta vez, sus palabras llegaron acompañadas por un gesto de sus dedos, señalando la tarjeta del local—. Tienes que tener algo especial para entrar en el *Obsidian* y estar dispuesta a arriesgarte a dejar atrás lo conocido, para sumergirte en lo desconocido… Es obvio que cumples todos los requisitos.

—¿Todo el que tiene una de estas tarjetas cruza entonces esa puerta?

—No. —Negó suavemente—. Pero… esperaba que tú sí lo hicieras. Y aquí estás.

Ella dejó escapar una risita y recuperó su copa.

—Porque me conoces de toda la vida y sabes perfectamente lo que tengo pensado hacer cada minuto de mi vida. —Sabía que había sonado bastante sarcástica, pero no pudo evitarlo. Le dio un pequeño sorbo al cóctel, disfrutando una vez más de aquella particular combinación.

—Porque he visto antes miradas como la tuya, que parecen decir que están conformes con el mundo, hasta que aparece algo en su camino que las hace cambiar de opinión —declaró él, atrayendo su mirada con tamaña afirmación—. Aunque ninguna tan brillante ni tan decidida a llevarle la contraria a ese mundo.

—A veces es necesario hacerlo —le dijo y, puntualizó—. Llevar la contraria.

—Puedes llevarme la contraria tanto como desees… si te quedas.

—No debería. —La respuesta fue automática, pero, una vez fuera de sus labios, supo que eso no era lo que quería y lo expresó —. Aunque… puede que lo haga.

—Lo harás.

Y ahí estaba esa seguridad aplastante.

—Puede que solo lo haga hasta terminarme el cóctel… —lo desafió. No iba a permitir que nadie le dijese qué hacer. Nunca más.

—O puede que desees quedarte hasta el final de la noche —correspondió a su desafío con uno propio. Lo vio en sus ojos, era claramente un desafío—. Y hacerlo… conmigo.

Antes de que pudiese responder, su copa cambió de manos y vio cómo se la llevaba a los labios, bebiendo desde el punto exacto en el que habían estado los suyos. Un gesto aparentemente inocente y que despertó en ella ese dormido deseo.

—Soy Eryx —le dijo entonces, devolviéndole la copa.

El nombre fue como un zumbido en su mente. Parecía significar algo importante, pero no fue capaz de dar con ello.

—Lara —correspondió dando el suyo voluntariamente. Cogió su cóctel y repitió el gesto de él, pero, sosteniendo su mirada.

—¿Y bien, Lara? —Su nombre nunca había sonado tan bien en boca de otro—. ¿Qué eliges? ¿Te quedarás a explorar qué puede ofrecerte el *Obsidian* o… te marcharás?

—¿El *Obsidian* o tú?

Eryx apoyó la mano en la barra, a escasos centímetros de la suya.

—Eso lo descubrirás solo si te quedas…

Lara dejó la copa vacía sobre el posavasos y deslizó los dedos por el cristal, pensativa.

Aquella oferta era peligrosamente tentadora, tanto como el hombre del que procedía.

Había llegado hasta aquí, ¿no? ¿Qué sentido tendría irse ahora?

¿Qué sentido tendría no hacerlo?

El silencio cayó entre ellos como no lo había hecho hasta el momento. La música seguía sonando de fondo, estaba el sonido de las copas, de las conversaciones en voz baja, el de su propia respiración… pero nada podía ahogar ese ensordecedor silencio.

Lara se incorporó ligeramente, bajó del taburete y se inclinó sobre él sin llegar a tocarle, pero invadiendo el espacio que hasta ahora él había respetado.

—Me quedo.

Eryx no sonrió cuando levantó la mano y le quitó un pequeño mechón de pelo con el roce de los dedos, pero algo en sus ojos cambió de manera muy sutil, volviéndose un poco más predador, más como durante esa primera mirada entre ambos.

—En ese caso, bienvenida al *Obsidian* —le dijo finalmente, llevando la caricia de sus dedos desde la sien hasta el mentón—. Esta noche, yo seré tu anfitrión.

Unas palabras que sonaron a promesa, una que sabía la llevaría a cruzar límites que antes de esa noche, ni siquiera habría considerado.

CAPÍTULO 5

Eryx la guio sin tocarla. No era necesario. Bastó con un leve gesto de la mano y una mirada para que ella lo siguiese por propia voluntad. Siempre era así, pero al mismo tiempo, hoy también era distinto. Ella era muy distinta a lo que solía encontrarse.

Caminó un paso por delante, lo justo para marcar el camino sin imponérselo, siempre consciente de que el espacio entre ellos no fuese tanto como para perderla de vista. Había un toque de curiosidad natural en ella. Desde que dejaron la barra la vio observando a su alrededor, tomando nota de cada pieza del mobiliario, de cada una de las personas presentes. Y no lo hacía desde una posición de juicio, sino como una espectadora casual. El sonido de sus tacones marcaba el paso por detrás de él, se movía con seguridad, sin vacilación, con una confianza que apenas había vacilado en la última media hora.

No había miedo en ella. ¿Cautela? Sí, por supuesto. Y eso la convertía en una mujer inteligente, pero había más deseo reprimido que temor en sus respuestas y en su lenguaje corporal.

Se detuvo un segundo para dejar que le diese alcance tras su último momento de *«observación».* Habían llegado a los escalones que llevaban a la planta superior. Sus ojos volvieron a encontrarse en ese momento y ella rompió el contacto para mirar hacia arriba.

—Es una zona reservada —le dijo, dando respuesta a la pregunta que veía en sus ojos—. Con mayor privacidad…

Asintió con la confianza que había mostrado hasta el momento y esperó a que él iniciara la subida y la guiase por un territorio desconocido. El ambiente empezó a cambiar a medida que ascendían, la música bajó de volumen, haciéndose más difusa, las luces más íntimas e incluso la temperatura era algo más cálida. Aquí

arriba no había multitudes, solo puertas cerradas y un silencio cautivador.

Se detuvo delante de una de ellas. Era una réplica de la principal, todas las de ese piso lo eran, la única diferencia estaba en que la placa que daba nombre a cada una era algo más grande, pero igual de elegante. Ladeó la cabeza para encontrarse con la curiosa mirada de Lara, quien miraba con curiosidad aquel ancho pasillo.

—Si lo deseas, todavía estás a tiempo de dar marcha atrás —murmuró—. No te detendré.

Debía ser su elección. Ella era la única que podía decidir si quería traspasar o no esa puerta y, sobre todo, quedarse una vez que lo hiciese.

La vio acercarse y mirar con atención la placa.

—*Dalia Negra* —leyó en voz alta. Sus ojos se volvieron hacia él con una mezcla de inquietud y diversión—. Menuda elección. —Desvió la mirada y señaló el resto de las puertas con un gesto—. Por favor, dime que las otras no se llaman *«Viuda Negra»* o algo así.

No pudo menos que sonreír ante la manera en la que lidiaba con su propio nerviosismo, ese que escondía bastante bien.

—*Dama de Noche*, *Orquídea Púrpura* y *Rosa Negra* —señaló cada una de las puertas de esa parte del pasillo—. Son… digamos que las fragancias que dominan el *Obsidian*.

Su explicación la hizo volverse sobre sí misma, como si acabase de encontrar alguna respuesta en particular.

—Así que… esa era la fragancia —murmuró, obviamente para sí misma—. Interesante. —Se volvió hacia él y miró de nuevo la puerta —. Sigo queriendo quedarme, Eryx.

Escuchar su nombre saliendo de esa boca le gustó más de lo conveniente. Se limitó a asentir y abrió la puerta. El interior no era ostentoso, ni excesivo. Entraron a una estancia amplia, en tonos oscuros y con una iluminación suave dibujaba algunas sombras aquí y allá. Contaba con sofá bajo, una mesa de cristal y una barra auxiliar con bebidas y, al fondo, un enorme cuadro con una *Dalia Negra* cubría una parte de la pared, mientras que las pesadas cortinas cubrían la ventana, aislándoles del mundo exterior por completo.

El espacio había sido diseñado para una única cosa: hacer que las personas que entraban voluntariamente en este lugar, deseasen quedarse.

Se movió a un lado y esperó a que ella decidiese dar ese último paso. No había prisa, podía esperar lo que fuese necesario, pero, una vez más, Lara la sorprendió atravesando el umbral con decisión.

La puerta se cerró entonces a su espalda con un leve clic y, ahora sí, se permitió mirarla de verdad, sin la distracción del bar, ni de la música ni de la gente que había en la planta baja. Aquí y ahora, solo estaban ellos dos y Eryx se permitió un poco más de libertad.

—Otra Dalia negra —murmuró ella, mirando la pintura—. Es preciosa.

Siguió su mirada hacia el cuadro y luego volvió a concentrarse en ella, aprovechando para estudiarla mientras ella miraba la obra de arte.

—Y la salita resulta… de algún modo acogedora y también… impactante —mencionó, sin dejar de hablar, necesitando mantener a raya la ansiedad—. Desde luego no es lo que parecía desde fuera…

—¿Qué creías que era?

—¿Una habitación de hotel?

—Podría serlo… —admitió él y fue directo a la zona del bar. Abrió una pequeña nevera y sacó de su interior una botella de vino —, si es eso lo que buscas.

Levantó la cabeza y sus miradas se encontraron a través de la habitación.

—Dime, Lara… —Su nombre se deslizó con bastante facilidad de su lengua—. ¿Qué crees que te ha traído esta noche aquí? ¿Qué has venido a buscar?

No eran preguntas casuales, sino una invitación a que se abriese, a que respondiese con total sinceridad, si es que conocía las respuestas. Porque él creía que sí, que al contrario que muchos de los que cruzaban la puerta negra de la entrada, ella sabía qué era lo que venía buscando, después de todo.

No respondió de inmediato, dejó que la pregunta se asentase entre ellos y él le permitió sus ritmos. Descorchó la botella, sirvió el

vino color burdeos en un par de copas y le ofreció una a ella.

—Te atreviste a cruzar, pero, ¿por qué? —inquirió en voz baja, dejando que los dedos femeninos se deslizaran lentamente en torno a la copa.

—¿La verdad? —preguntó, levantando la cabeza para mirarle.

—Siempre.

—No lo sé —respondió con honestidad, entonces, como si aquello no fuese todo lo que tenía que decir, añadió—. O quizá sí. Puede que solo… buscase algo distinto, algo que se saliese de lo común…

Se limitó a observarla, a esperar qué salía de su boca, cómo daba rienda suelta a lo que quisiera que llevase dentro. A eso que la hacía tan particular a sus ojos.

—Supongo que me he pasado tanto tiempo haciendo lo que debía, lo que se esperaba de mí, siendo tan jodidamente prudente que… —Se encogió de hombros y se llevó el borde de la copa a los labios—. Por una vez quería hacer algo que fuese temerario, que no habría hecho si fuese… la misma de antes.

Saboreó el vino, pero también usó ese instante para darse tiempo y asimilar lo que acababa de salir de su boca, una inesperada verdad a la que había dado voz.

—Y aquí estoy, en una… habitación de un local clandestino, bebiendo vino con un hombre atractivo cuyo rostro se oculta detrás de una máscara y… queriendo hacerlo —admitió, aparentemente sorprendida de que así fuese—. Supongo que he venido a ver hasta dónde puedo llegar.

Una respuesta peligrosa, pero que sin duda confirmaba la presencia de esa mujer en el *Obsidian* y el que ahora se encontrase en esta habitación.

—Entonces estás en el lugar adecuado —respondió avanzando hacia ella, pero manteniéndose al mismo tiempo a una distancia prudencial. No quería invadir su espacio, solo ver hasta dónde podía llegar—. El *Obsidian* no te dirá quién eres, ni lo que debes hacer, pero sí te mostrará hasta dónde puedes llegar… si te atreves a cruzar los límites.

Vio como algo cambiaba en su mirada, como se tensaba alguna cosa en su interior, cambiando su percepción. No era miedo, una vez más, carecía de temor, lo que veía en esos ojos verdes era anticipación.

—¿Y tú? —preguntó ella, sin apartarse—. ¿Eres parte de esa… demostración o solo eres un maestro de ceremonias?

Eryx le sostuvo la mirada durante un segundo más de lo necesario y dejó que los labios se le curvasen en una lenta sonrisa.

—Puedo ser ambas cosas o ninguna —declaró y abrió los brazos en una burlesca invitación—. Depende de hasta dónde estés dispuesta a llegar.

Ella dejó escapar un pequeño resoplido con un toque de risa.

—Siempre respondes de esta manera, ¿o es solo conmigo?

—Solo contigo —admitió. Y era verdad. Por lo general ni siquiera se esforzaba tanto con una mujer, pero ella lo había descolocado desde el principio. Cuando la miró, no fue directo hacia él como esperaba, sino que lo sobrepasó y dejó que fuese él quien la siguiese. Inusual, desde luego, tanto como para cautivarle aún más.

La vio dejar la copa encima de la mesita de cristal, un gesto suave, medido, que hizo de antesala a sus próximas palabras.

—Me has dicho que debo elegir, que nadie me obligará a nada…

—Así es.

—Entonces supongo que eso quiere decir que también puedo elegir hasta dónde quiero llegar contigo… ¿no?

Eryx sonrió, levemente.

—No esperaría menos.

El silencio cayó entre ellos, pero no como algo pesado, sino como una pausa reflexiva. Entonces, fue ella la que acortó la distancia entre ambos, sus ojos buscaron los suyos con curiosidad, pero también con intención.

—¿Y si no me gusta lo que encuentro en este lugar? —Directa, como lo había sido desde el momento en que entró.

—Podrás irte.

Enarcó una ceja, desconfiando de la rapidez de su respuesta.

—¿Así de fácil?

—Siempre lo es —respondió, aprovechando la pausa para tomar un sorbo de su propia copa, entonces la miró con intención—. Lo difícil es querer quedarte.

Sus miradas se anclaron de nuevo y vio una profunda consciencia en ella. No era una jugadora, no de la manera en que lo eran algunas mujeres, pero sabía en qué se estaba metiendo o, al menos, su intuición no le fallaba.

Dio un paso más hacia él, acortando la distancia hasta el punto en que alzó la mano, queriendo tocar su máscara, pero conteniéndose a escasos centímetros.

—¿Y si, por el contrario, me gusta demasiado lo que encuentre?

Bajó la mirada a sus labios, unos que había contemplado muchas veces antes y que solo hoy los veía como algo más que la salida de sus palabras. Volvió a sus ojos y los contempló un segundo más.

—Entonces… no querrás marcharte —respondió en voz baja, suave, acariciándola con tan solo su voz—, porque tampoco querrás parar.

El aire entre ambos se volvió más denso, más íntimo y, por primera vez desde que la vio en la sala principal del club, supo que había dejado de preguntarse por qué había venido aquí.

Eryx no se movió, dejó que la cercanía entre ambos obrase su propia magia, que creciese, haciéndose imposible de ignorar. La mano que ella había bajado, antes de tocarle siquiera, volvió a subir y, al verla detenerse una segunda vez, sonrió de soslayo.

—No sueles dudar.

—Tampoco suelo estar frente a un hombre que oculta su rostro —respondió ella y, esta vez, cuando volvió a acercar los dedos a su máscara, estos descendieron solo para tocarle la piel desnuda de la mejilla.

La caricia de Lara fue igual que una descarga eléctrica y supo al verla abrir los ojos que no fue el único en sentir algo similar.

Se quedaron inmóviles, mirándose el uno al otro, hasta que ella dejó caer la mano y musitó:

—Representas un gran misterio, Eryx.

—Es lo que soy.

Ella bufó, pero sus labios se estaban estirando en una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿cuáles son las reglas del juego? —preguntó, dando un paso atrás, como si necesitara esa minúscula distancia extra para concentrarse—. Porque intuyo que las hay.

—En el *Obsidian* todo gira en torno a una sola cosa… —le dijo, corroborando sus palabras—. Tu elección.

Asintió.

—Eso ya lo has mencionado —replicó, apoyándose ligeramente contra el borde de la mesa—. Y suena genial, en serio… pero también… demasiado conveniente.

Una sombra de sonrisa le cruzó los labios al escucharla.

—Lo es. —No lo negó—. Nada de lo que pase aquí se te va a imponer, nadie decidirá por ti, nadie cruzará un límite que tú no hayas permitido antes…

Dejó que las palabras flotaran en el aire, que las interiorizase, cosa que hizo con rapidez, ya que no dudó en soltarle:

—¿Pero…? —Insistió, entrecerrando los ojos sobre él—. Siempre hay un *«pero».*

—Aquí las decisiones tienen peso —continuó, acercándose ahora a ella—. Y una vez que las tomas… no siempre querrás deshacerlas… —Se quedó delante de la chica, recorriéndola ahora con la mirada—. Hay tres cosas que debes tener muy claras. —Su voz descendió, haciéndose más íntima—. La primera es que puedes detenerte en cualquier momento. —Hizo una pausa a propósito, queriendo que comprendiese cada palabra, que la interiorizase—. La segunda es que si decides continuar es porque así lo deseas y la tercera y última… —Se inclinó hacia delante, hasta que estuvo lo bastante cerca de ella como para notar su aliento—, es que nada de lo que pase aquí saldrá de estas paredes.

Lara dejó escapar una lenta exhalación.

—Lo que pasa en el *Obsidian*…

—…se queda en el *Obsidian* —corroboró él, completando la frase.

Eryx la observó lamiéndose los labios, un gesto de lo más tentador.

—Qué conveniente… —La respiración femenina se hizo más acusada.

—Qué necesario —concretó él.

Se miraron a los ojos durante unos instantes, echando un pulso a ver quién apartaba antes la mirada.

—¿Y tú? —preguntó ella por fin—. ¿En qué parte de esas *«reglas»* entras?

La respuesta era más clara para él que para ella, lo supo en el mismo instante en que esa pequeña lengua asomó para mojarse los labios. Era un gesto que empezaba a reconocer a pesar de que casi todo en ella seguía siendo una incógnita para él.

—Yo soy quien te acompañará a descubrir hasta dónde quieres llegar.

Y era una promesa que estaba más que dispuesto a cumplir.

Lara ladeó la cabeza, necesitando asegurarse de algo que ya sabía, pero a lo que una parte de ella todavía parecía querer resistirse.

—¿Y si decido no descubrir nada?

—Entonces te abriré la puerta para que te marches —le aseguró, con la verdad presente en su voz.

—¿Y si quiero descubrirlo… todo?

Eryx esta vez se permitió sonreír con toda la intención.

—En ese caso, no necesitarás que abra esa puerta… hasta mañana.

El aire entre ambos volvió a tensarse, pero no se trataba de incertidumbre, sino de la conciencia de que la decisión había sido tomada.

Lara dio ese paso adelante que necesitaba para reducir al máximo su separación.

—Bien… —murmuró—. Supongo que ya que he cruzado la puerta, sería absurdo detenerme ahora…

Le sostuvo la mirada mientras volvía a recordarle una vez más que ella era la que tenía la última palabra.

—Como dije, esa ha de ser tu elección.

—Entonces, aquí y ahora, decido… quedarme —murmuró ella, subiendo de nuevo la mano a su rostro. Esta vez no dudó, resbaló los nudillos por su mejilla y sonrió casi con timidez, lo que resultó nuevamente extraño, dada su actitud—. Si tengo algo de lo que arrepentirme, que sea después de dejar estas paredes.

Eryx le cogió la mano y se la llevó a los labios con un gesto lento, medido y le pellizcó la yema del dedo corazón con los dientes, haciéndola estremecer.

—No tendrás nada de lo que arrepentirte, Lara —aseguró en voz baja, repitiendo la erótica caricia en otro de sus dedos—. No mientras yo esté a cargo.

Y, con esa afirmación, buscó finalmente su boca, besándola con suavidad, tan solo una caricia como promesa de lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO 6

Nunca pensó que un beso podría cambiarlo todo.

Sus dudas, sus reticencias, esa parte de sí misma que agitaba las manos como dos balizas de señalización, diciéndole que estaba yendo cuesta abajo y sin frenos… Todo eso desapareció en el preciso instante en que esos labios rozaron los suyos e hicieron que volviese a sentir mariposas en el estómago.

¿Cuándo había sido la última vez que había sentido algo así? ¿Qué su cuerpo había reaccionado por algo más que costumbre? Eryx era un completo desconocido, sí, pero puede que en ello radicase también lo atractivo de este momento, en el conocimiento de que él no sabía nada de ella ni de su pasado, que era alguien completamente ajeno a todo eso y con quien podía dar rienda suelta lo que había estado reprimiendo durante más tiempo que el que quería admitir.

No se trataba solo de este último año, sino también de los últimos de su matrimonio, cuando ya no pudo seguir con la venda en los ojos y empezó a verlo todo desde otra perspectiva. Se había conformado, pero ya no volvería a hacerlo. Nunca volvería a ser quien había sido, por ese motivo, pensaba llegar al final de esta aventura, fuese lo que fuese lo que le deparase.

Suspiró y se entregó por completo a ese beso, al sabor del vino en su boca y a algo más que no sabía identificar. Su aroma le resultaba embriagador, una mezcla de ámbar oscuro y ciruela madura, con un ligero toque de incienso que evocaba algo prohibido, pero elegante. Había algo en este hombre que la perturbaba, pero no sabía qué era. Su manera de mirarla, de vigilar cada uno de sus pasos, debería haberla asustado, preocupado incluso, pero luego estaba esa extraña curiosidad, las particulares

sonrisas y la sinceridad con la que parecía pronunciar cada palabra… No sabía por qué, pero sentía que lo que había visto de ese hombre hasta ahora no era más que la punta del iceberg.

—Todavía puedes irte, si es lo que deseas… —susurró él, abandonando sus labios para rozarle el oído con tal intimidad que casi se sale de su propia piel—. Dime que quieres irte y yo mismo te acompañaré a la puerta…

Sacudió la cabeza, solo para echarse hacia atrás y apreciar la etérea belleza de esos ojos marrones. Ahora que los veía de cerca, advirtió que su tono se asemejaba más al de la canela, con unos toques dorados aquí y allá y un iris tan negro que destacaba sobre todo lo demás.

—No quiero irme —murmuró en respuesta, recorriendo la máscara, una verdadera obra de arte. Le recordaba a las del carnaval de Venecia, pero más oscura, menos ornamentada y… ¿Cómo se sujetaba de su rostro? Imaginaba que usaba esas tiras de silicona—. ¿Por qué la máscara?

La pregunta brotó de sus labios antes de poder detenerla.

—Porque todos necesitamos dejar de ser quien somos aunque solo sea durante una noche —respondió, apartándole el pelo de la cara con una delicadeza exquisita—. Y porque, al igual que tú, todos tenemos una vida ahí fuera.

Claro. Aquello era comprensible. Proteger su identidad, cuando se dedicaba a… Bueno, no iba a ser ella quien juzgase a Eryx por lo que hiciera o dejase de hacer en sus ratos libres. A la vista estaba de que era un hombre adulto, capaz de tomar sus propias decisiones. Uno no se metía en un estilo de vida semejante si no le gustase, si no encontrase en ello alguna manera de… ¿escapar de la rutina diaria, quizás? ¿Encontrarse a sí mismo?

—¿A qué te dedicas cuando no estás aquí? —la pregunta emergió de su boca antes de que pudiese detenerla.

—Eso, Lara —le acarició la oreja con los labios para luego darle un pequeño mordisco en el arco superior que la estremeció de la cabeza a los pies—. Es un secreto.

—Vale. No más preguntas —declaró ella, solo para escucharle reír.

—Puedes preguntar lo que quieras, pero… —añadió separándose de ella lo justo para mirarla a la cara—, algunas de tus preguntas se encontrarán sin respuesta.

Dicho eso, dio un paso atrás, privándola del calor de su cuerpo, pero solo para deshacerse de la americana, la cual dobló con cuidado antes de dejarla en el respaldo del sofá, para luego seguir con la corbata.

Se aflojó los primeros botones de la camisa, se desabotonó los puños y remangó la tela de las mangas hasta casi el codo. Con el chaleco y todo vestido de negro, era la pura imagen de la sofisticación. Se había puesto cómodo, no le cabía duda, antes de recuperar las copas de ambos y ofrecerle de nuevo la suya.

—Toma. Solo un sorbo —le dijo y esperó a ver cómo se llevaba la copa a los labios para imitarle—. No tenemos que seguir si no es lo que deseas. —Señaló el sillón y sugirió—. Podemos hablar…

Hablar. Con él. Se habría reído si no pensase que podría ofenderle.

—¿Qué deseas tú? —La pregunta pareció cogerle por sorpresa, pues se quedó con la copa a medio camino—. ¿Nunca nadie te lo ha preguntado… estando aquí?

Esos ojos marrones se clavaron en ella y, durante un breve segundo, llegó a pensar que había metido la pata.

—Aquí no se trata de lo que yo deseo, pequeña, sino de lo que tú deseas —aseguró, pero tenía la sensación de que era una frase ensayada, aun cuando sonaba rematadamente sincero—. Así que pregúntate esto, Lara. ¿Qué es lo que deseas ahora mismo, en este preciso instante?

—Perder la ropa contigo. —Tan pronto como las palabras salieron de su boca se la cubrió con las manos.

Él, más que escandalizarse o dedicarle una de esas miradas típicas de los hombres, se limitó a sonreír, dejar la copa encima de la mesa de cristal y coger luego la suya. Un segundo después, sus manos estaban sobre ella, sobre la cremallera de su vestido, para ser más exactos.

—No te avergüences por decir en voz alta lo que deseas —le dijo él a su espalda, besándole el cuello mientras notaba como el

vestido cedía al aflojarse la cremallera—, te puedo asegurar que es el sonido más hermoso de todos… Y su sabor… —Gimió cuando él hizo ademán de morderla, aunque solo le succionó la piel—, es delicioso.

Por el amor de Dios.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se le aflojasen las piernas y acabase cayendo de culo al suelo ante el tono de su voz y la sensualidad con la que dijo aquello.

—Un deseo por otro deseo —borbotó. Estaba claro que su mente había cortocircuitado, porque no entendía de dónde salía esa necesidad suya de conocer los deseos de ese hombre—. Te he dicho lo que yo deseo, dime ahora lo que deseas tú.

—A ti. —El vestido resbaló por su cuerpo hasta formar un pequeño charco negro a sus pies. Eryx la rodeó entonces, quedándose frente a ella, su mirada bajando por todo su cuerpo haciendo que se le tensase el estómago. No era la mirada de alguien que hacía aquello por obligación, ni siquiera por apetencia, había verdadero deseo y sobre todo hambre, un hambre que despertó la suya propia—. Te deseo a ti, porque satisfaciendo tus deseos, puedo satisfacer también el mío, la más cruda de todas mis necesidades.

Cuando volvió a levantar la cabeza y sus ojos se encontraron vio en ellos un brillo extraño, pero fue tan rápido que pensó que lo habría imaginado.

—¿Me deseas, Lara? —Una pregunta directa, sin adornos, para la que solo encontró una respuesta en su interior.

—Sí… —confesar aquello había sido más fácil de lo que debería.

—En ese caso, déjame darte lo que quieres… —Le guiñó el ojo. Un gesto tan inesperado como sexy, que continuó con más piezas de ropa masculina abandonando su cuerpo. El chaleco, el cinturón, los zapatos, la camisa… Hasta que ya solo le quedaba el pantalón.

—*Jesús, María y José* —jadeó ella, admirando al hombre de pie ante ella, alguien cuya piel tenía un bonito tono bronce y ni un maldito gramo de grasa. Era puro músculo, aunque sin exagerar, de esa clase de hombres que ves en las revistas, en las pasarelas de moda, pero que nunca esperas encontrarte en la vida real. Y, sin

embargo, aquí estaba él y cuando más lo miraba, más sabía que no había vuelta atrás para ella.

La sonrisa de Eryx se hizo más ancha y ese brillo extraño volvió a sus ojos, pero para entonces ya se había convencido que era cosa de la luz. Su rostro, o al menos la parte que veía de él, cambiaba cuando sonreía de esa forma, se volvía más… humano.

¿Y qué coño iba a ser si no? ¿Un demonio?

Sacudió la cabeza y se movió sobre sus tacones, los cuales todavía llevaba, al igual que el conjunto de ropa interior negro que se había puesto para la ocasión.

Eryx empezó a caminar hacia ella y sus pasos eran medidos, controlados. Se movía con una gracia sobrenatural, como un verdadero cazador y, por segunda vez en aquella noche, ella se sintió la presa.

—¿Qué es lo que deseas ahora, Lara? —Su voz pareció bajar una octava, haciéndose más grave, más espesa—. Dímelo.

Si tan solo pudiese recuperar el habla para…

—Los pantalones. Fuera.

¿En serio? Pues sí. Lo había dicho. En voz alta además. Bien. Ya podía irse derechita al infierno, ¿pero qué importaba? Al menos iría feliz.

—*Um…* —Él la miró una vez más, con premeditada lentitud—. En este juego de las prendas al que estamos jugando, tú deberías perder alguna más, ¿no crees?

—¿Qué tal se te da desatar las hebillas de los zapatos? —sugirió, levantando ligeramente el pie y agitándolo en el aire antes de volver a ponerlo en el suelo para mantener el equilibrio.

—Veámoslo.

Un minuto después quedó demostrado que se le daba maravillosamente bien, quitarle los zapatos y también las medias.

—Eryx, por favor… —acabó suplicando después de que la dejase temblando de deseo con solo arrastrar la media por su pierna. Pero claro, el muy… no había usado las manos, sino la boca para semejante tarea.

Se rio, la media voló y un instante después, estaba entre sus brazos, pegada a esa piel desnuda, con los pantalones y su propia

ropa interior haciendo todavía de barrera.

—¿Sí, Lara? —respondió demasiado cerca de su boca, pero sin besarla todavía—. ¿Qué deseas?

—Que dejes de torturarme y me folles de una vez —gimió. No iba a escandalizarse por sus propias palabras, nunca había dicho nada tan en serio en su vida, y tampoco lo había deseado con tantas ganas antes—. Por favor.

—Eres todo un enigma, pequeña —aseguró él, sus manos desabrochando el cierre del sujetador. Este cayó de inmediato al suelo, seguido no mucho después de sus bragas y los jodidos pantalones de él.

Y, buen Dios. Verle completamente desnudo era una de esas cosas que jamás se le olvidarían en la vida. Lo recorrió con la mirada, sin pudor alguno, y disfrutó de cada centímetro de él al descubierto, lamiéndose los labios automáticamente al ver su miembro ya erecto.

—Eres todo un privilegio para los sentidos, Lara —mencionó él con voz ronca, recorriéndola a su vez con la mirada—. Y uno del que voy a disfrutar inmensamente.

Un segundo después estaba de nuevo entre sus brazos, piel con piel ahora, su boca bebiendo de la suya como un hombre que hubiese pasado cien días en el desierto sin una gota de agua.

—¿Dónde me quieres?

Se estremeció de la cabeza a los pies.

¿Por qué tenía que hacer que una simple pregunta sonase tan erótica en sus oídos?

—¿Mi decisión, no es así?

—Siempre —confirmó.

Ella dio un paso atrás, arrancándose de su contacto y lo miró con una naturalidad que le sorprendió incluso a ella.

—En el sofá… —ordenó, posando las manos sobre su plano vientre, empujándolo y este cediendo solo por propia voluntad. Cayó hacia atrás y ella con él, sus rostros quedaron de nuevo tan cerca que fue inevitable reclamar su boca y besarle con las mismas ganas que había puesto él antes—. No te muevas… —ronroneó y, antes de pensárselo dos veces, se escurrió sobre su cuerpo, bajando al suelo

y quedándose entre sus piernas—. Espero que sepas suplicar, Eryx. Porque vas a acabar haciéndolo…

Él sonrió con una arrogancia que le hizo cosquillas, extendió ambos brazos sobre el respaldo y se puso cómodo… para su placer.

—Soy todo tuyo, Lara.

Oh, sí. Lo era. E iba a disfrutar de cada pulgada de él.

Se lamió los labios, disfrutando de la enorme polla que tenía delante de ella. Su miembro erecto era toda una tentación, una de la que no había disfrutado en… No. No iba a pensar en ello. Este era el aquí y el ahora. Este era Eryx y ella… ella no era quién había sido. Este era su momento, su noche y pensaba disfrutarla hasta las últimas consecuencias.

Abrió la boca y lamió la punta, recogiendo con su lengua una gota de líquido preseminal que había brotado ya. Su sabor era salobre, pero también picante, una combinación que la excitó más de lo que jamás creyó posible. Era como si le hubiese caído una gota de afrodisíaco en la lengua.

Se relamió mientras deslizaba los dedos por su dureza. Notó el ligero respingo en él, pero por lo demás estaba inmóvil, relajado, con la mirada fija en ella, lo que le daba una pizca de morbo añadida a su tarea.

—No te lo pienses, bonita. Solo hazlo —ronroneó él—. Muero por ver esa dulce boca alrededor de mi polla.

Si le había quedado alguna reserva al respecto, en ese momento se esfumaron todas y ya no pensó, se dedicó a disfrutar y hacerle disfrutar a él. Se recogió el pelo detrás de la oreja y bajó la boca sobre la punta de la dura polla y la lamió.

Eryx jadeó cuando lo introdujo en su boca, llevándolo tan profundo como podía. Disfrutó de la sensación, tanto como de la entrega del hombre. Lo trabajó con lentitud, disfrutando de cada segundo de aquello, sintiéndose por una vez poderosa y más cuando lo escuchó soltar algún gruñido de placer.

—Joder, pequeña, esto se te da la mar de bien —le dijo, con la voz más densa, más oscura, pero igual de sexy, echando las caderas hacia delante por acto reflejo. Sus dedos se encerraron en su pelo, pero no la empujaron, se limitó a tenerla allí, necesitando tocarla.

Seguramente, cuando bajase de esta nube, se tiraría de los pelos por su audacia, por lo que había hecho, pero en este preciso instante solo quería disfrutar del momento y de la polla que chupaba como si fuese el más dulce de los caramelos.

Lara gimió de puro deseo, disfrutando tanto del acto como de ver a un hombre como Eryx, tan contenido, tan firme, resquebrajar un poco su control. Deslizó la mano entre sus testículos y se los apretó, lo que lo tensó al momento, empujándose en su garganta.

—Joder…

Se rio en torno a él y volvió a apretarle, alternando sus dedos con la succión de su boca. Empezó a chuparlo más rápido, con más fuerza, hasta que él le tiró del pelo y, con un espasmo de las caderas se hundió en ella para vaciarse en su garganta.

Tragó un par de veces, saboreando de nuevo el salobre y picante semen antes de retirarse por completo y terminar de vaciarlo con las manos. Ver su rostro contorsionándose de puro placer, su cuerpo tenso y sudoroso y esos ojos brillantes de puro deseo, fue el mayor premio de todos.

—Gracias por dejarme hacerlo… —murmuró.

Él la miró y aquella mirada la atravesó por completo, endureciéndole los pezones, humedeciéndole el ya empapado sexo.

—Ni se te ocurra… darme las gracias… por hacerme una mamada —respondió él entre resuellos, inclinándose al momento hacia delante—. Soy yo el que tendría que dártelas por la mejor corrida que he tenido… nunca.

Y dicho eso la besó, saboreándose a sí mismo en su boca, devorándola con tal necesidad que Lara acabó chillando cuando la levantó en vilo y la empujó contra el sofá.

—¿Cómo me quieres? —ronroneó él, cerniéndose sobre ella.

—La pregunta ahora sería… ¿Cómo me quieres tú a mí? —murmuró, sosteniéndole la mirada—. También deseo ser tuya, Eryx.

Se la quedó mirando con esa extraña intensidad, barajando la idea de negarse, de insistir en que ella decidiese, pero entonces se levantó y la llevó con él sin esfuerzo alguno. ¡Y ella no era precisamente una pluma!

—Contra la ventana —le susurró al oído, mientras la empujaba hacia aquel lugar, para luego descorrer la cortina y dejar a la vista la calle—. Las manos contra el cristal, Lara. —Su voz la hizo estremecer —. No las apartes de ahí.

El shock de ver la calle frente a ella, más la conciencia de que aquella no era la calle por la que había entrado, la estremecieron, pero no de miedo, ni de disgusto, sino de una extraña anticipación. Allí había gente, salían de algún local nocturno, se reunían y charlaban… Y ella estaba completamente desnuda, si alguien mirase hacia arriba…

—Eryx… —Jadeó, volviendo la cabeza hacia él solo para recibir un beso que le voló la cabeza.

—Lo he sentido en ti… —murmuró sobre sus labios—, así que déjame dártelo… Concédeme este deseo tuyo, pequeña…

¿Cómo podía saber él…? ¡Solo era una fantasía! ¡Una fantasía absurda!

—Míralos mientras te follo —añadió él en su oído, mientras resbalaba su polla contra sus pliegues, empapándose con su humedad—. Imagínate qué pasaría si levantasen la cabeza, la escena que verían… Una en la que tú y yo seremos los protagonistas.

—No puedes… hablar en serio…

Él se rio, una risa ronca, fuerte.

—Nunca he hablado más en serio.

Y entonces la penetró. Lara se quedó sin respiración. Hacía tanto tiempo que no se acostaba con alguien que acoger semejante miembro la dejó temblando. Pero la sensación era tan buena, tan agradable y ella estaba tan caliente, que pronto se encontró jadeando y empujando las caderas contra él.

Joder. Nunca se había sentido tan caliente. El sexo con su ex marido no había sido malo, pero con el tiempo se había convertido en algo casi evitable. Y ahora, Eryx y esa absoluta falta de contención… Se sentía más lujuriosa que nunca, como si ese hombre la estuviese contagiando con su propio deseo.

—Joder, qué bien te siento a mi alrededor —gruñó él, aferrándose a sus caderas con ambas manos, mientras se retiraba

de ella solo para volver a hundirse con lentitud—. Oh, sí, Lara. Eres perfecta…

Sus palabras la calentaron por dentro, llenando un agujero que había estado vacío mucho tiempo, esperando escuchar una apreciación íntima semejante.

—Eryx… —gimió, presionando las palmas contra el cristal, dejando caer la cabeza entre los brazos, disfrutando de la sensación de ser completamente llenada por él.

—Mira a la calle, pequeña, mira toda la gente que te mira —gruñó volviendo a empujar en ella—. Fíjate bien. Se morirán de envidia, querrían estar en tu lugar y ser follada de esta manera…

Sus ojos se desviaron por sí mismos hacia el cristal, a la gente que allí se reunía y todo su cuerpo se tensó en respuesta. Rechazo por un lado, pudor, pero por otro, un creciente deseo de ser observada, de que alguien mirase hacia arriba y… Jadeó cuando sus ojos conectaron con alguien de abajo. Quiso retirarse, pero Eryx empujó en ella, impidiéndole cualquier retroceso y jadeó.

Era un hombre joven, lo vio apartarse un poco del grupo y apoyarse en una farola, con gesto descuidado, mientras su mirada seguía sobre ella, con un interés morboso.

—Oh, Dios… —Aquello la estaba poniendo más y más caliente, sintió que se mojaba aún más y eso la mortificó, pero no podía dejar de mirar hacia abajo, al hombre que seguía con la mirada clavada en ella, lamiéndose los labios, disfrutando del espectáculo—. Eryx…

—Parece que le gusta lo que ve, Lara. —Siguió follándola con lentitud, disfrutando a su vez de que otro hombre la mirase mientras se la tiraba. Era todo tan primitivo, tan jodidamente caliente que acabó gimiendo en voz alta antes de poder darse cuenta de lo que hacía—. Um… Lo estás poniendo caliente. Y eso también te está excitando, ¿no es así? Esto es lo que deseas, ¿no es así, Lara? Deseas que te miren mientras te follan. Concédeme ese deseo, pequeña, dime que es justo lo que quieres y dámelo…

Admitir aquello en voz alta, concederle ese deseo…

—Sí… —gimió, avergonzada—. Me… me pone cachonda… Saber que me está mirando, mientras me follas… me pone muy cachonda, Eryx… Y lo deseo, es lo que deseo ahora mismo.

Él inspiró hondo, hundiendo la nariz en su cuello, queriendo aspirarla entera.

—Delicioso… —gruñó—. Un aroma tan delicioso… —Empezó a empujar más fuerte en ella, cada movimiento de sus caderas la empujaba contra el cristal, hasta el punto de que acabó apoyándose con el brazo por encima de la cabeza—. ¿Sigue mirándote, Lara? Dime. ¿Sigue viéndote así de desnuda y follada por mi polla?

Sí. Sus ojos seguían clavados en ella, hipnotizado, pero no era lo único. Llegó a vislumbrar un movimiento. ¿Tenía la mano dentro de los pantalones?

—Oh, Dios —jadeó y pronunció aquellas palabras en voz alta—. Se está masturbando.

—Eso quiere decir que tú también le pones cachondo, nena —le aseguró él, inclinándose sobre su oído—. Y te confesaré algo, a mí también.

Dicho eso se retiró de ella por completo, arrancándole un gemido y, antes de que pudiese protestar, la giró y la levantó, pegándole la espalda contra el cristal de la ventaba para volver a hundirse de nuevo en ella.

En esa posición su penetración era aún mayor. Se aferró a su cuello y se dejó ir mientras él la montaba a placer, volviéndola completamente loca. Ya no podía pensar con coherencia, no podía hacer nada más que dejarse ir y rogar porque ese hombre la sostuviese cuando se hiciese pedazos.

—Córrete para mí, Lara —gruñó él empujándose más duro, más profundo, tocándola en zonas que nadie la había tocado antes —. Dámelo todo.

El orgasmo que se había estado construyendo estalló, se corrió tan fuerte que acabó gritando su nombre mientras él seguía empujando en ella, para finalmente retirarse y correrse él fuera.

—Usaré un condón la próxima —le dijo él, besándole la cabeza —. Estoy limpio, pero…

Aun con la cabeza dándole vueltas y el cuerpo surfeando el orgasmo, consiguió articular.

—La próxima vez… puedes correrte dentro —le dijo, enterrando la cabeza contra su cuello, agradeciendo que esos

fuertes brazos la sostuviesen en esos momentos—. Estoy… protegida.

Él gruñó, fue todo lo que dijo antes de arrancarla de la ventana, correr la cortina y musitar un:

—Se acabó el espectáculo… por ahora.

No se atrevió ni a preguntar qué quería decir con eso, no tenía ni fuerzas para ello.

CAPÍTULO 7

—¿Estás cómoda?

Lara se negaba a abrir los ojos. Lo que había ocurrido en las últimas horas estaba más allá de cualquier pensamiento razonable, así que no quería hacer ni siquiera un pequeño balance.

Eryx se movió lo justo para hacer que el agua de la bañera se moviese, acariciándole la piel.

Esta había sido su última parada después de una sesión de sexo inolvidable en el dormitorio que se encontraba tras el cuadro de la Dalia negra. El espacio contaba también con un baño completo entre las que se encontraba una bañera tan grande como para que cupiese un hombre del tamaño de Eryx y ella misma.

Debía de llevar allí dentro a remojo algo más de media hora y no pensaba moverse. Estaba demasiado agotada, demasiado bien follada y sobre todo, demasiado a gusto para abandonar el lugar.

—Estoy tan cómoda que no me importaría quedarme aquí el resto de la noche.

—El agua se enfriaría y tú también.

Se rio, no pudo evitarlo. En algunos momentos las respuestas de ese hombre eran breves y concisas, hablaba con una seguridad apabullante, en completa posesión de la verdad o sabiendo más que ella.

—De acuerdo. Que sean solo diez minutos más.

La besó en el cuello, haciéndola estremecer de nuevo.

¿Cómo podía seguir deseándole después de todo lo que habían hecho? Ese hombre era un peligro, en el sentido más erótico de la palabra. Era ingenioso, imaginativo y no tenía prejuicios sobre nada. La había hecho correrse más veces en lo que iba de noche que su ex en un buen año de matrimonio.

Borró automáticamente de su mente a su ex. No iba a volver a pesar en él ni ahora ni nunca. Ya no tenía que hacerlo, esa parte de su vida había terminado justo hoy y no volvería a ella.

—Eryx…

—¿Sí?

—Gracias —echó la cabeza hacia atrás, para encontrarse con sus ojos—. Por haberme elegido a mí.

Le sostuvo la mirada durante un rato, entonces la abrazó y la besó en los labios. No con la misma urgencia de antes, más pausado, saboreando el beso.

—Desde que entraste en el *Obsidian* fuiste mía —aseguró—. Pero fuiste tú la que me eligió a mí, de lo contrario no estaríamos aquí ahora, ni así.

—¿En remojo?

—Entre otras cosas —sonrió, divertido—. ¿Lista para salir?

—Tus diez minutos son mucho más cortos que los míos, que lo sepas —resopló.

Él se rio, pero fue implacable. La empujó y la ayudó a levantarse, para poder hacerlo él. Salir de la bañera le costó un mundo, el cuerpo le pesaba tanto que prácticamente tuvo que dejarse transportar e incluso secar antes de ser acomodada de nuevo en el sofá. Ambos prescindieron de la ropa una vez más, pero optaron por los albornoces, mullidos y calentitos y un inesperado picoteo que les esperaba sobre la mesita de cristal.

No se dio cuenta de que estaba hambrienta hasta que vio el queso y se le hizo la boca agua.

Se comió dos trocitos y unas uvas, sorbió un poco de vino y disfrutó de ese tranquilo interludio.

—Dime algo sobre ti, algo que puedas compartir sin que suponga un secreto de estado.

—No tengo secretos de estado.

—Sigues manteniendo la máscara —le dio un toquecito en ella —. Eso es un secreto de estado.

Sonrió, le cogió el dedo y se lo besó.

—Es parte de las normas.

—Bien. Ciñámonos al club, entonces —sugirió—. ¿Cómo acabaste aquí?

—Soy uno de sus fundadores —admitió él.

Así que no solo era miembro, sino uno de los dueños. Eso explicaba su insistencia en seguir las normas.

—¿Por qué el *Obsidian*?

—¿Por qué no?

—No se te da muy bien jugar a las preguntas, Eryx.

—Será que no haces las correctas, Lara.

Bufó, eso había sonado bastante condescendiente.

Estaba claro que el hombre no quería hablar, lo había dejado claro desde el principio, pero aquí estaba ella, insistiendo, intentando ver aunque fuese un pequeño resquicio de él.

Debería seguir su ejemplo, limitarse a disfrutar del momento y ya, pero había algo en él que le resultaba por ratos familiar, como si ya se hubiesen visto antes.

—¿Vives en esta ciudad?

Su respuesta fue un suspiro, lo que la llevó a pensar que se había cansado del juego, pero, cuando al fin le dio una respuesta, entendió que era tan solo una pequeña rendición.

—Sí. Vivo en esta ciudad —confirmó, removiéndose en el sofá para ponerse cómodo—. Y tú eres demasiado curiosa para tu propio bien.

—A veces la curiosidad es todo lo que te queda, lo que hace que veas el mundo como es en realidad —mencionó ella—. Sí, puede tener consecuencias, pero, en ocasiones, esas consecuencias son todo lo que te separa de vivir encerrada o aprender a echar a volar.

—¿Y tú lo hiciste? ¿Aprendiste a volar?

—Digamos que me llevó algo de tiempo, unos once años, pero ahora mis alas son solo mías y estoy dispuesta a surcar los cielos y dejarme llevar por el viento.

—¿Y fue el viento el que te trajo aquí?

—Fue una estúpida tarjeta que encontré en el bolso —se rio—. Ni siquiera sé cómo llegó allí, pero… aquí estoy, celebrando de la manera más inesperada y caliente que por fin me han dado la sentencia del divorcio y soy libre.

Aquellas palabras salieron con demasiada facilidad, una confesión que no tenía intención de hacer, pero ahí estaba, colgando entre ellos.

Y parecía que no había terminado.

—He estado todo este último año luchando para dejar atrás un matrimonio prematuro y fallido, intentando recomponer los pedazos rotos de mi vida y aprendiendo a vivir de nuevo —murmuró—. Hoy, por primera vez, he sentido que volvía a ser dueña de mí misma y, para ser honesta, no sabía qué hacer con tal libertad. Por eso cogí esa tarjeta, conduje al otro lado de la ciudad y crucé esa puerta negra.

—Eres valiente. Cualquier otra mujer en tu situación estaría… rota.

—Yo lo estuve. Durante mucho tiempo. Hasta que me di cuenta de que llorando no se solucionaba nada, que no quería seguir siendo una víctima el resto de mi vida y, sobre todo, que quería vivir —aseguró decidida—. Así que después de patalear y cogerme la mayor borrachera de mi vida, decidí que tenía que salir adelante. Sonrisa en la cara y buen humor, la amargura no lleva a ningún lugar, pero la risa hace milagros.

Dejó escapar una risita y lo miró.

—Al final la que ha terminado hablando soy yo —se burló.

—Se me da bien escuchar —aseguró y se inclinó sobre ella, deslizándole el albornoz del hombro para besarle la desnuda piel—, y otras cosas.

—Oh, en esas otras cosas eres un maestro —se burló ella, dejándole hacer—. Uno muy bueno, además.

—Todo depende de los deseos de la alumna —aseguró, abriéndole el albornoz. Resbaló la mano sobre su piel, acunándole uno de los pechos y frotándole el pezón con la palma, lo que la estremeció al instante—, y los tuyos son deliciosos.

Se rio.

—Hablas como si los saboreases…

—Lo hago. —Tiró de ella hasta su regazo. La facilidad que tenía para moverla, igual que si no pesara nada, la asombraba. Ni siquiera resollaba. El albornoz acabó abriéndose del todo cuando se sentó

sobre él, sus piernas colgando sobre las de Eryx, dejándole completamente abierta a sus juegos—. Y su sabor no se parece a nada que haya probado antes, su intensidad es potente, rica, porque tú no deseas a medias, Lara, cuando te entregas, lo haces hasta el final… —Los dedos la acariciaron, resbalando sobre su ya empapado sexo, dejando claro lo que venía a continuación—. Y eso sacia mi hambre como nunca la había saciado nadie.

—Eryx —jadeó al sentir como introducía un par de dedos en su interior, mientras los que habían dejado sobre su pecho le pellizcaban el pezón.

—¿Deseas que me detenga?

—¡No! —Una respuesta demasiado franca y desesperada que lo hizo reír.

—En ese caso, sigamos jugando un poco más —le acarició la oreja con los labios, hablándole suave, con esa voz ronca—. Y vuelve a correrte para mí.

Ese hombre era jodidamente bueno torturándola, haciendo que suplicase por cosas que no sabía ni que deseaba hasta esta noche. Estaba descubriendo una parte de sí misma que llevaba tanto tiempo escondida, reprimida, que le avergonzaba verla como propia. Pero entonces él se la mostraba con tanta naturalidad, con tal aceptación que solo podía entregarse a experimentar y disfrutar con ello.

Mucho se temía que después de esta noche nada fuese igual para ella.

Los gemidos escaparon de sus labios mientras la masturbaba, estiró los brazos, llevándolos hacia atrás para enterrar los dedos en su pelo, aferrarse a su cuello o simplemente mendigar un beso, volviendo la cabeza hacia él.

Cuando la besaba lo hacía como un hombre hambriento queriendo devorarla. Eryx era así, se daba a sí mismo por completo, sin ahorrarse nada y eso la hacía sentirse tan afortunada…

—Mírate —ronroneó en su oído—. Estás hecha para el placer, para mi placer…

Sus palabras eran eróticas y dulces. Incluso cuando usaba un lenguaje más burdo notaba la ternura, el cuidado en cada uno de sus actos.

—Eryx… —gemir su nombre se había convertido en su mantra, en lo único que era capaz de vocalizar en medio de esa vorágine de deseo—. Más…

—¿Dónde me quieres, Lara?

—Dentro de mí —jadeó, contoneándose en su regazo, notando su miembro duro contra su trasero—. Por favor…

—Entonces… —le susurró al oído—, monta mi polla.

Esa crudeza, unido al tono bajo y sensual, la pusieron aún más caliente.

El pobre sofá llevaba ya unas cuantas rondas esa noche y, a la vista estaba que iba a ser testigo de otra más. Se bajó de su regazo solo para volver a subirse a él, pero ahora ambos se miraban a los ojos, no había forma de esconderse, ni de disimular, pero tampoco necesitaba hacerlo. No cuando Eryx la había visto esa noche como ningún hombre antes.

Se encaramó al sofá, hundiendo las rodillas a cada lado de sus muslos, montándole tal y como había ordenado. Porque él no rogaba, exigía, aun cuando te hacía creer que la idea había salido de ti.

Se apoyó en su hombro y deslizó la mano entre sus cuerpos, acariciando ese duro miembro antes de guiarlo a su propia entrada. Y entonces descendió lentamente sobre él, disfrutando de cada segundo de aquel íntimo momento, de la forma en que sus ojos parecían volver a brillar con hambre contenida, de sus manos, las cuales acabaron sobre sus nalgas, acercándola aún más. Terminó sentada en su regazo, tan unidos como podían estarlo dos cuerpos, jadeando de pura necesidad.

El albornoz acabó en el suelo y ella completamente desnuda sobre él.

—Eres una verdadera visión —gruñó él—. Podría quedarme así, enterrado en ti y mirándote sin llegar a aburrirme nunca… —La recorrió con la mirada, relamiéndose al hacerlo—. Móntame, Lara. Quiero verte cabalgando mi polla.

No tuvo que darle más instrucciones, ni convencerla de ello, pues se moría por hacerlo, por darle a su cuerpo la salida que necesitaba una vez más.

Se sintió completamente desinhibida y se dejó llevar. Disfrutó de lo que él le ofrecía, de esta noche libre de compromisos y lo montó como quería. Suave al principio, más rápido después, hasta alcanzar un ritmo frenético en el que ambos acabaron jadeando.

—Eryx… —jadeaba su nombre igual que si fuese su tabla salvavidas y nadie excepto él pudiese mantenerla anclada al presente, a este momento—. Eryx, oh Eryx.

—Lara… —su nombre sonó ronco en su voz, casi una súplica—. Joder, nena. No pares…

Se rio entre dientes y siguió cabalgándolo con las piernas pidiendo a gritos un descanso y su orgasmo construyéndose más y más cerca.

—¡Eryx!

Gritó su nombre al correrse, aferrándose a sus hombros en busca de algún punto de apoyo, mientras las manos de ese hombre le ceñían la cadera y empezaba a moverse el mismo para alcanzar su propia liberación, vertiéndose unos instantes después dentro de ella, como ya había hecho en un par de ocasiones antes.

Ambos acabaron desplomados en el sofá, todavía unidos, demasiado agotados para moverse.

—¿Estás bien?

Siempre le hacía esa pregunta. Sus manos la mimaban, pensando que podría romperse de un momento a otro, reforzando una conexión que debería ser pasajera.

—Mejor que bien —susurró, pegada a su pecho—. Pero no me pidas que me mueva, porque cada uno de mis huesos se ha licuado y ya no me sostienen.

Lo escuchó reír por lo bajo. Un sonido ronco, sexy, que se diluyó hasta que solo quedó silencio entre ellos.

—Necesitas echarte una pequeña siesta —añadió tras unos instantes en ese cómodo silencio en el que solo se escuchaban sus respiraciones y los latidos de sus corazones—. Pero primero, una ducha.

—No quiero moverme —rezongó—. No tengo fuerzas…

—Por suerte para ti —le susurró al oído—, yo todavía las conservo.

Y lo demostró levantándola lo justo para resbalar fuera de ella y, acto seguido, levantarse sin soltarla.

—Di la verdad —murmuró, agotada—. Tú no eres humano.

Su respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo sonó tan sincera que le creyó.

—No. No lo soy.

Ella sonrió, acurrucándose en sus brazos.

—Lo sabía.

Lara solo empezó a espabilarse de nuevo bajo la ducha, aunque para ser sincera no recordaba mucho de ese episodio, ni del momento en que incluso le lavó el pelo y se lo secó. El agotamiento le había clavado las garras y se negaba a soltarle.

Cuando notó la firmeza del colchón bajo su cuerpo, murmuró:

—Solo unos minutos…

Le pareció escucharle reír, pero su cerebro ya estaba en modo desconexión, así que se acurrucó, pegándose al cálido cuerpo que la acompañaba en la cama y sucumbió al sueño con una pequeña sonrisa en los labios.

Nunca olvidaré esta noche.

Con ese último pensamiento, se durmió.

CAPÍTULO 8

El tiempo se volvió extraño en algún punto de la noche. Los minutos se hacían eternos, las manecillas del reloj se negaban a moverse. Incluso el silencio, que nunca le había molestado, se convirtió en el eco de todo lo que había pasado dentro de esas cuatro paredes.

Eryx no cerró los ojos ni un solo instante. Se limitó a verla dormir, abrigada en sus brazos, como si fuese el lugar más seguro para ella. Se había acurrucado contra él igual que si… perteneciese allí. Pero no lo hacía.

Levantó la mano y le apartó con suavidad un mechón del rostro, tenía el pelo revuelto, desordenado, pero incluso así le parecía atractiva, de una manera mucho más íntima de la que le convenía.

—Deberías haberte marchado antes —murmuró en voz baja. No se lo reprochaba a ella, sino a sí mismo. Lara había hecho lo que tenía que hacer. Había decidido. Con lo que él no contaba era con sus propias respuestas, que el deseo de ella, su fragilidad interior y lo que había visto a través de esa pequeña grieta en su coraza le afectase más de la cuenta.

Se removió ligeramente, aún medio dormida. Sus dedos se aferraron instintivamente a él. Incluso en sueños seguía sin querer soltarlo. Y eso… no ayudaba.

Tensó la mandíbula ante su propia reacción, ante lo que había cambiado en tan solo unas cuantas horas, en una sola noche. Había hecho esto cientos de veces, miles… y todo con un único objetivo, saciar su hambre demoníaca. Ninguna le importaba, ninguna se quedaba más allá de la tercera noche. Era como tenía que ser, como siempre había sido, pero ella…

—Eryx… —Su voz le llegó somnolienta, apenas un susurro—. ¿Sigue siendo de noche?

Bajó la mirada, ni siquiera había abierto los ojos, pero su cuerpo ya estaba despertando.

—Por el momento…

Una mentira parcial, pues el amanecer se acercaba con rapidez, listo para dar por terminada una noche que debería haber sido muy distinta a como había sido.

Los labios femeninos se curvaron en una leve sonrisa, todavía sin abrir los ojos.

—Bien… —Volvió a acurrucarse contra él, poniéndose cómoda —. No quiero que se acabe.

Ese pesado silencio volvió, el aire se hizo más pesado y él no respondió, no todavía.

Podría decírselo.

Podría explicarle lo que ocurriría en el mismo instante en que cruzase de nuevo la puerta negra, advertirla de que…

No. Las normas estaban ahí por algo. Las habían redactado para protegerse, para proteger lo que eran frente a la humanidad. No podía permitirse tal egoísmo, no cuando en lo más profundo de sí mismo sabía lo que pasaría después.

Ella volvería a entrar. Incluso sabiendo la verdad… volvería a verla cruzar el umbral y, cada vez que lo hiciera, él tendría que verla, quizá incluso irse con otro… Y eso sería mucho peor.

—Nada dura para siempre, Lara —murmuró al final.

No era la respuesta que buscaba, pero era lo único que estaba dispuesto a darle a cambio de todo lo que le había dado ella. Su hambre estaba completamente saciada, algo que no le había sucedido en siglos.

La vio arrugar ligeramente el ceño, como si esa respuesta no fuese la que quería escuchar o no encajase en lo que tenía en mente.

—Esta noche sí —susurró, igual que si se lo estuviese prometiendo a sí misma.

Eryx cerró los ojos un instante, prefiriendo guardar silencio antes que decirle algo que pudiese herir un corazón tan tierno como

el suyo. Ahora que la había visto como era en realidad, que había sentido cada uno de sus deseos, incluso aquellos a los que no daba voz, sabía que ella era mucho más delicada de lo que le permitía ver al mundo que la rodeaba.

No. Murmuró la respuesta en su mente, incapaz de compartirla con ella.

Ella alzó la mano, todavía medio dormida, sus ojos apenas abiertos lo suficiente para verle, y la llevó hasta su rostro. Le rozó la máscara con una familiaridad que no debería existir entre ellos. Por lo general no dejaba que nadie se le acercara tanto, no era necesario, pero ella… Ella se había abierto paso a través de él y ni siquiera sabía cómo lo había hecho.

—Cuando vuelva… —murmuró—, quiero verte sin esto.

Ese gesto lo tensó. Era una petición simple, una que no podía concederle.

Nunca se quitaba la máscara en *Obsidian*, de hacerlo vería algo más que un rostro humano, vería sus marcas, aquellas que lo identificaban como un demonio de rango superior. Era una de las pocas cosas que jamás mostraría a un humano. Ninguno de ellos confiaría jamás tanto en uno para mostrarse así de desnudo, ni siquiera ante una mujer que los tentase tanto como Lara lo estaba tentando a él.

—Quizá algún día —respondió. No podía ofrecerle la verdad, la única que le picaba en la lengua, así que tuvo que rodearla. Las mentiras eran demasiado desagradables, su sabor amargo duraba horas y no quería tenerlo en la boca después de ella.

El silencio regresó, más denso, más consciente, trayendo consigo de nuevo los ecos de la noche que habían pasado juntos. Se dejó llevar por esos últimos instantes, necesitando recordar el tacto de su piel, y deslizó los dedos por su espalda, memorizándola, porque sabía que ella no podría hacerlo.

No recordaría nada. Ni un solo instante de lo ocurrido en el *Obsidian*, en la habitación de la *Dalia Negra*; su habitación. Solo se llevaría consigo la liberación de sus deseos, esa ligereza en el alma, una nueva confianza en sí misma, en quién era, en quién quería ser.

Pero nada más.

—Tienes que descansar —murmuró, sin dejar de acariciarla.

—Estoy descansando —replicó mimosa, suspirando satisfecha de puro cansancio—. Justo dónde quiero hacerlo…

Siempre decían eso, pensó, aunque no de la manera en que ella lo proclamaba. Incluso eso era distinto esta noche. Nunca había creído en esas promesas, porque para él no significaban nada, a la semana siguiente elegiría a alguien más para saciar su hambre y una vez más se movería a la siguiente. Así era como funcionaba el *Obsidian*, como funcionaba él.

Pero esta vez… Todo era distinto.

El primer atisbo de luz no tardó mucho en filtrarse por el borde de las cortinas, trayendo consigo el final de una velada que había superado todas sus expectativas y también destruido sus propias reservas.

Miró a la mujer que tenía entre sus brazos, a la que debería acompañar en pocos minutos a la puerta principal y decirle adiós, algo para lo que no sabía si estaba preparado.

No puedes hacer otra cosa.

Respiró hondo y no lo demoró más. Hizo a un lado las sábanas, dejando que el aire tibio del dormitorio le acariciase la piel.

—El amanecer está aquí y la noche ha llegado a su fin —le informó con, quizá, demasiada dureza—. Vamos. Te acompañaré abajo.

Ella abrió los ojos, alzando el rostro para mirarlo.

—¿Esto también forma parte de tus reglas?

—De todas ellas —afirmó, sin darse opción a decir otra cosa. Dejó la cama y regresó al salón, donde habían quedado sus ropas.

—¿Y si no quiero seguir tus reglas? —la escuchó desde el dormitorio. Su voz clara, acompañada por el sonido del colchón cuando lo abandonó.

No importaba lo que ella quisiera, debía seguirlas.

—Las seguirás de todos modos —respondió y añadió en voz baja, para sí mismo—. No podrás hacer otra cosa.

Optó por guardar silencio mientras se vestía metódicamente, con rapidez. Estaba terminando de anudarse la corbata cuando ella salió de detrás del enorme cuadro con la *Dalia Negra* que mantenía

oculto aquella parte de la *suite*. Ya se había vestido, aunque traía los zapatos en la mano, dejando que se balanceasen ligeramente.

—¿Puedes, al menos, ayudarme con las hebillas? —pidió. Su voz era estable, su rostro volvía a ser el de la mujer que entró anoche en el club, pero ahora él podía ver más allá, detectar la tensión en la comisura de los labios, la brevedad con la que le sostenía la mirada.

Señaló con un gesto el sofá, pidiéndole que se sentase. Lo hizo, se puso los zapatos y levantó esas largas piernas, primero una, y luego la otra, para que se ocupase de las hebillas.

—¿Volveré a verte? —La pregunta llegó tras una silenciosa pausa. No era una súplica, ni siquiera una imposición, tan solo una pregunta que necesitaba una respuesta.

Sí. Volverás a verme en cuanto entres por la puerta de la cafetería y yo te atenderé, como cada día, aún si no sabes que soy el mismo hombre que oculta su rostro tras una máscara.

Ojalá pudiese decirle aquello. En su lugar, dijo lo único que podía decir sin que fuese una amarga mentira.

—Si decides cruzar esa puerta negra otra vez… —contestó finalmente—, me encontrarás aquí.

Eso sí era cierto. Siempre lo sería.

Sus ojos verdes le miraron durante un momento y asintió levemente.

—Entonces… volveré.

Eryx la observó en silencio y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba seguro de si eso era lo que quería.

Se apartó de ella, cogió la americana y se la puso. Solo entonces se permitió dirigirse de nuevo a la puerta que había cerrado al inicio de la noche y abrirla una vez más.

—Ven. Te acompañaré a la puerta.

Ya no había música, ni voces, el silencio imperaba ahora en el club tan cerca del amanecer. Sabía que ellos eran los últimos, que ella era la última humana que permanecía todavía en el local. Lo normal era que se hubiese marchado antes, que él la hubiese persuadido para hacerlo una hora antes del amanecer.

Así era como había sido siempre, una rutina que esta noche había saltado por los aires.

Esta vez bajaron juntos las escaleras, uno al lado del otro. No la precedió, ni siquiera al guiarla hacia la salida. Solo al llegar a la puerta principal, se permitió dar un paso adelante y abrir esa última barrera.

—Supongo que… esta es la despedida —mencionó ella, pasó por delante de él, pero no cruzó el umbral, antes se volvió y le tocó el rostro con la mano—. Gracias por regalarme la noche más bonita de mi vida, Eryx.

Se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos antes de, ahora sí, girarse y, sin mirar atrás, salir a la luz de la mañana.

Dejó que la puerta se fuera cerrando poco a poco, quedándose con la imagen de ella bajando las escaleras con decisión, dejando atrás todo, incluido a él. Cuando llegó el clic, el silencio que siguió fue demasiado para soportarlo, se arrancó la máscara, dejando que su rostro mostrase las marcas del demonio. Unas líneas tribales de color rojo que le recorrían un lado de la cara y se envolvían en torno a su ojo izquierdo. Sus iris también cambiaron, dejaron la tonalidad marrón y cobraron la profundidad del borgoña, su verdadero color.

—Mierda… —siseó antes de darle la espalda a aquella puerta y volver al interior del club.

CAPÍTULO 9

Lara se quedó mirando el salón de su casa como si fuese la primera vez que lo veía. No porque fuese nuevo, ni tampoco porque no lo reconociese, sino porque no tenía la menor idea de como había llegado hasta allí.

Acababa de despertarse de golpe a causa del timbre del teléfono. Una llamada SPAM. Estuvo a punto de lanzarlo contra la pared, solo para darse cuenta de que no estaba en su cama, sino en el sofá de su casa. Sentía la cabeza tan embotada que no estaba segura de no haberse bebido una botella de vino ella sola la noche anterior.

Y, dado que llevaba puesto el vestido negro y los zapatos de tacón con los que siempre salía a tomar algo, así como el bolsito todavía colgando de la muñeca… Blanco y en botella.

¿Había salido anoche a celebrarlo, entonces?

Se pasó una mano por el pelo solo para detenerse y llevarse la mano y luego el brazo a la nariz. Ese aroma… No era suyo, pero lo reconocía, solo que… ¿de dónde?

Frunció el ceño y dejó caer la cabeza hacia atrás, hasta que colgó del respaldo.

—Genial, Lara. —Se reprendió a sí misma—. Sales de fiesta y te lo pasas tan bien que olvidas incluso lo que has hecho.

Y eso era malo, pero que muy malo. ¡Porque ella no era así!

Ladeó la cabeza y, sobre la mesa, vio de nuevo el sobre y los papeles del divorcio.

Era libre. ¡Al fin!

Una amplia sonrisa le curvó los labios. El solo pensamiento la hacía sentirse ligera, mucho más de lo que había estado hasta ahora.

Y eso fue raro.

Se incorporó, volvió a mirar a su alrededor y sacudió la cabeza.

Tenía la sensación de que estaba olvidando algo importante, una pieza clave del puzle.

—Será mejor que me dé una ducha y me espabile… —murmuró para sí, poniéndose de pie y encontrando que notaba las piernas de gelatina y el cuerpo tan sensible como hacía tiempo que no lo sentía—. ¿Pero qué coño hice anoche?

Recuperó el teléfono, alegrándose de no haberlo estampado, y comprobó sus últimas llamadas.

—Vale, hablé con Erika y… —Abrió los ojos como platos al ver la hora que era—. ¡Las doce del mediodía! ¡La madre que me…!

¡Había perdido toda la mañana! ¿Cómo era eso posible? ¿Es que había llegado de madrugada? ¿Por eso se había quedado frita y con lo puesto en el sofá?

—Ay, madre. ¿Qué has hecho, Lara? —Se llevó las manos al rostro, acunando su propia cara y aquel gesto… Algo cruzó por su mente, una imagen, pero fue tan fugaz que no consiguió retenerla —. ¿Pero qué coño me pasa?

Sacudió la cabeza y se dirigió derecha al cuarto de baño. Sería mejor que se diese una ducha, quizá entonces su mente… Se quedó parada frente al espejo, mirándose con cierto recelo.

Había algo distinto en ella, no sabría decir el qué, pero estaba allí. ¿Sus ojos? ¿Su expresión? Desde luego no parecía alguien que se hubiese ido de fiesta toda la noche y hubiese vuelto para quedarse frita sobre el sofá. Se la veía más… descansada, mucho más ligera, casi como si algo se hubiese colocado de nuevo en su sitio.

Y sin embargo…

—¿Qué hiciste anoche? —murmuró, clavando la mirada en su reflejo, en sus propios ojos.

Una sombra cruzó por su mente, una que poseía una voz ronca, profunda, que hacía que se le acelerase el corazón y el calor le recorriese la piel. Fue fugaz, como el eco de un recuerdo, y el escalofrío que le siguió no sabría decir si era de temor… o placer.

Se apoyó en el lavabo y cerró los ojos, intentando reconectar con ese pensamiento, buscando construirlo, pero no era capaz de llegar a él, se alejaba… ¡Qué frustración!

—Maldita sea… —resopló y volvió a levantar la cabeza, mirando su reflejo con gesto acusador—. ¿Qué hiciste anoche, Lara?

Porque tenía todas las papeletas de haber hecho algo que merecía la pena recordar. Algo lo bastante importante para que siguiese allí, en algún lugar de su mente, y sintiese la imperiosa necesidad de recuperarlo.

—Joder.

Le dio la espalda al espejo y optó por reorganizar su día. Se duchó, hizo algo rápido para comer y valoró la posibilidad de seguir con la novela donde la había dejado, pero el silencio de su casa le pareció de repente demasiado asfixiante.

Casi al instante le vino a la mente su cafetería favorita, el guapo y agradable propietario. Eryx… Tan pronto como el nombre saltó a su mente sintió una punzada en el pecho.

¿Por qué ese nombre hacía saltar sus alarmas? ¿Por qué le sonaba distinto ahora?

Sí. No era precisamente un nombre al uso, pero tampoco era tan extraño. El tipo parecía extranjero de hecho, puede que incluso fuera europeo, quizá fuese una herencia familiar o algo.

Negó con la cabeza, desechando esos repentinos pensamientos conspiranoicos que no sabía ni de dónde le venían. Recogió el portátil, que seguía en su funda, se puso el bolso al hombro y, cogiendo las llaves de casa del cuenco de siempre, se dirigió a la puerta. Salió mientras se llevaba el teléfono a la oreja, esperando escuchar de un momento a otro la voz de Erika al otro lado.

Esta no se hizo esperar.

—Dime, por favor, que tienes tiempo para tomarte un café. —Fue lo primero que le dijo su amiga nada más descolgar. Ni un «hola», sino directa al grano.

Lara sonrió mientras maniobraba con el teléfono ahora sujeto entre la oreja y el hombro para cerrar la puerta.

—Pues estoy saliendo de casa en este mismo instante y tenía pensado pasar un rato escribiendo en la cafetería de siempre…

—¿Estás saliendo de casa ahora? —Sí. Tenía que sonarle raro de narices, pues ella era una persona de costumbres.

—Sí —confirmó. No quería hablar demasiado alto, para que no la escucharan los vecinos, así que se apresuró a bajar por las escaleras, lo cual hoy incluso le resultaba más fácil—. Bueno, es que… Parece que anoche, después de hablar contigo… salí a celebrar que soy libre y… Creo que es posible que haya bebido un poquito más de la cuenta.

—¿Crees? —El escepticismo en la voz de su amiga era obvio.

Se mordió el labio inferior y se preparó para soltar la bomba.

—Me he despertado a eso de las doce de la mañana en el sofá, llevando el vestido negro y los tacones de salir y sin tener puta idea de dónde estuve.

—¡Qué! —Tuvo que apartar el aparato de inmediato para evitar quedarse sorda—. ¿Te has ido de pendoneo, sin mí, y aún encima no recuerdas ni lo que has hecho? Santa María, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi correcta y sensata amiga?

—Pues parece que la llevé de copas y la emborraché —se rio. Aunque interiormente sabía que había hecho mucho más que eso, algo mucho más importante y, sobre todo irreversible, pero por más que intentaba recordar, solo encontraba sensaciones… Algunas bastante incongruentes—. Como sea, estoy saliendo ahora de casa, si tienes tiempo, pásate por la cafetería y nos tomamos ese café.

—Oh, vamos a hacer mucho más que tomarnos un café, señorita —replicó Erika, con ese tonillo aleccionador suyo—. Vas a darme un reporte completo sobre qué narices hiciste.

—Si tan solo lo recordase… —suspiró.

—Ey, soy abogada. Si alguien puede sacarle información hasta a un amnésico, esa soy yo —declaró ella—. *Um*… Vale. Dame una hora y me reúno contigo.

—Te veo allí —colgó el teléfono y lo metió en el bolso. Atravesó el portal del edificio, saludó brevemente al portero y se plantó en la calle, dejando que el aire le acariciase el rostro—. Primero un café, luego algo de trabajo y… ya veremos como terminamos la jornada.

Con aquello en mente, se dirigió al lugar en el que siempre dejaba el coche, se subió a él y condujo hacia la calle en la que se

encontraba la cafetería más cómoda y agradable de toda la ciudad.

CAPÍTULO 10

La cafetería olía igual que cada mañana. Café recién molido, pan caliente, un leve rastro de canela que se había impregnado en la madera con el paso del tiempo… Todo estaba en su sitio. Las tazas alineadas, la máquina siseando con precisión, el murmullo constante de la ciudad filtrándose a través de los cristales...

Todo… excepto él.

Eryx apoyó las manos sobre la barra, mirando sin ver el reflejo oscuro que le devolvía la superficie pulida. La noche anterior seguía adherida a su piel, no como un recuerdo —ojalá lo fuera, así podría olvidarlo—, sino como una presencia persistente y cálida. Demasiado viva.

Por primera vez, desde que tenía la cafetería, había tenido que recurrir a alguien más para que la abriese y diese servicio desde primera hora de la mañana, pues él había sido incapaz de regresar a su otra rutina. No necesitaba dormir, no de manera urgente, pero aquella noche tampoco habría podido hacerlo ni aunque lo hubiese intentado.

Y había estado tentado de hacerlo, de cerrar los ojos a su lado, algo que jamás había querido hacer con ninguna otra de sus anteriores encargos.

Había algo que no encajaba, que no podía quitarse de encima… y el no ser capaz de dar con ello lo frustraba.

Se irguió ligeramente cuando la campanilla de la puerta sonó. Ni siquiera levantó la cabeza, no necesitaba mirar para saber quién entraba en su local ya que podía sentirlos. El flujo constante de emociones humanas entrando y saliendo, deslizándose como una corriente suave bajo su piel, hoy lo irritaba especialmente. Ansiedad,

prisa, hastío… era lo habitual, nada destacable. Nada que le interesase realmente… No desde anoche.

—Un café solo para llevar —pidió uno de los habituales.

Asintió con su habitual amabilidad, moviéndose con la misma eficacia de cada día. Sus manos funcionaban solas, automáticas, su cuerpo seguía cumpliendo con su papel mientras su mente estaba en otra parte y, sobre todo, en otra piel.

El vapor ascendió cuando colocó la taza bajo la cafetera. El sonido le resultó demasiado fuerte por un segundo o quizá fuera el silencio dentro de él lo que lo hacía parecer así.

—Gracias, Eryx.

Sonrió por inercia. Ni siquiera recordaba su nombre y tampoco es que le importase, así que se limitó a dejar la taza en la barra, le cobró y dejó que el dinero desapareciese en sus manos sin necesidad de abrir la caja. Un gesto tan natural para él que nadie reparó en ello.

La jornada discurría igual que otras, cualquier persona que lo viese, que se acercase a charlar, obtendría el mismo trato de siempre, pero para él… para él nada estaba en su sitio ni como debería.

Pasaron los minutos, los cuales se convirtieron en horas. Siguió con los pedidos, se perdió en la mecánica de la hora punta de la comida y, todo ello, mientras echaba fugaces vistazos hacia la puerta, esperándola.

¿Qué mierda estoy haciendo?

No era así como funcionaban las cosas. Ella había cruzado el umbral, él había tomado lo que necesitaba, dándole a cambio lo que deseaba y se había ido. Fin. Sin más dramas. Así era como funcionaban las cosas, como habían funcionado siempre… hasta anoche.

No debería haberle dado esa tarjeta. No debería habérsela entregado a alguien que veía todos los días y que había despertado en él una curiosidad que iba mucho más allá del *«trabajo».* Apoyó ambas manos en la barra y exhaló despacio, tensando ligeramente la mandíbula.

—Estás distraído.

La voz llegó desde el otro lado de la barra, con ese toque femenino, con un deje juguetón que ya conocía. Alzó la mirada lo justo para encontrarse con Stela, inclinada ligeramente hacia delante, observándolo con más atención de la habitual.

—¿Lo estoy? —respondió, con una leve curva en los labios.

—Un poco —replicó ella—. Me has puesto azúcar sin que te lo pidiera.

Miró la taza y, en efecto, le había puesto azúcar.

Se quedó en silencio un segundo… y luego sonrió, como siempre.

—Hoy me siento generoso.

Stela rio, encantada con la respuesta, con esa inesperada muestra de atención, y se llevó la taza sin darle mayor importancia. Pero él sí lo hizo. Eryx no era de cometer errores, no de esta manera, no con algo tan simple.

Deslizó la mirada hacia la puerta una vez más. Kae le había dicho que ella no había estado allí en toda la mañana. El cabronazo de su mejor amigo, y uno de los demonios del *Obsidian*, solía echarle una mano en el local cuando tenía que ausentarse. No sabía cómo se había enterado, pero tratándose de él cualquiera sabría.

Ella no ha venido como cada mañana.

Miró el reloj, eran más de las dos. Los comensales de la hora de la comida ya se habían ido yendo y solo quedaban algunas mesas por recoger y un par de clientes más al final de la barra. Era una de las horas muertas, con menos afluencia, así que no creía que ella fuera a presentarse ya.

Y aquello debería haberlo alegrado, pero contribuyó a aumentar aún más su mal humor.

Dejó la barra y se concentró en recoger las mesas y limpiarlas. Se llevó los platos y cubiertos sucios tras la barra y los fue colocando en el pequeño lavavajillas que tenía para estos menesteres. El aparato era tan silencioso que nadie, excepto quienes estaban tras la barra, sabían siquiera de su existencia.

La campanilla volvió a sonar, no fue diferente de otras veces, pero el aire cambió. Fue sutil, inconfundible, con ese toque de cítrico suave y madera cálida que reconocería ya en cualquier lugar.

Levantó la mirada antes incluso de que la puerta terminase de cerrarse y allí estaba ella.

Lara.

No había venido a las ocho en punto como cada día, pero aquí estaba, con su mismo bolso, con el portátil y esa sonrisa siempre presente. La recorrió de arriba abajo con la mirada en un solo instante. Llevaba el pelo desordenado, como si el viento hubiese jugado con él y vestía unos jeans y un suéter, debajo del abrigo. Se desenroscó la bufanda, como solía hacerlo cada mañana, echó un vistazo al local y se dirigió hacia su rincón.

Era la misma de siempre y, aun así… distinta. Caminaba con mayor ligereza, pero con seguridad. La vio sonreír, saludando a uno de los comensales y con esa sonrisa le llegó una sensación de lo más particular. No era tan intensa como su deseo, sino más bien un eco, la vibración en su aura que conectó de manera inmediata con él. Lo que había ocurrido anoche entre ellos no había terminado al llegar el amanecer, sino que seguía allí, esperando a prenderse de nuevo.

La siguió con la mirada, viéndola vacilar a tan solo unos pasos de su sitio; porque aquel sería su lugar para siempre, eso lo tenía más que claro. Algo pareció desconcertarla brevemente, pues vaciló, mirando a su alrededor esperando encontrar algo, o a alguien, hasta que fueron sus ojos los que se cruzaron en el camino.

El tiempo se detuvo, no podía explicarlo de otra manera.

Un segundo. Dos. No podía apartar la mirada de ella. Ahora no había una máscara de por medio, no había sombras, ni encorsetadas reglas, tan solo la luz del día y una evidente distancia entre ellos.

—Buenos días… *er,* quiero decir, tardes —se aturulló ella, riendo y sacudiendo la cabeza—. A ver, intentémoslo otra vez. Buenas tardes —saludó finalmente, con esa naturalidad de siempre, aunque él sabía que ya no era la misma. Y, por un peligroso instante, se preguntó si ella sería también consciente de ese cambio.

—Buenas tardes, Lara. —Pronunciar su nombre en este momento era extraño y a la vez, incluso más íntimo. Porque se convertía en algo real y cercano, quizá incluso demasiado.

Ayer ella había sido tan solo una clienta habitual, pero hoy ya no era así de anónima para él.

Se acercó a la barra, dejando el bolso como hacía cada mañana, pero con un gesto ligeramente más lento, menos consciente.

—¿Quieres lo de siempre o…?

Dejó la pregunta en el aire, observándola un segundo más. Quería asegurarse de que lo que había pasado anoche, ya no estaba en su mente o, de estarlo, sería tan solo un cúmulo de sensaciones, algo indefinido.

Y, aun así, había algo en ella que todavía le recordaba a esa mujer libre y desinhibida, a esa parte de Lara que había despertado en el club y que ahora también era parte de la mujer que tenía delante.

—*Um*… Ponme un café y… —Entrecerró los ojos sobre el expositor de los dulces—. Creo que hoy me comeré también un pedazo de esa tarta de queso.

Otro cambio más. Mantenía su café, pero había optado por acompañarlo con algo más dulce.

—Enseguida —respondió al fin, girándose hacia la cafetera.

Sus movimientos fueron precisos, controlados, pero su atención no estaba precisamente en el café. Sino en la manera en que ella se sentaba, en cómo se recogía el pelo detrás de la oreja, en el leve gesto de sus dedos sobre la barra… Esos pequeños detalles íntimos y demasiado familiares que observaba a través de la superficie espejada de uno de los típicos regalos que le dejaban los comerciales.

Se volvió y colocó la taza frente a ella rozándole los dedos en un contacto íntimo y accidental, uno que normalmente no habría tenido mayor importancia, pero que ahora causó una respuesta inmediata en ella.

Lara se quedó inmóvil, pero no apartó la mano de inmediato. Bajó la mirada sobre sus dedos y luego volvió a posarla en él, frunciendo ligeramente el ceño.

—Es raro… —murmuró, casi para sí misma.

Eryx no se movió, no creía que pudiese, a decir verdad.

—¿El qué?

Ella dudó durante un par de segundos y luego negó suavemente con la cabeza.

—Nada —sonrió, restándole importancia—. Supongo que sigo medio dormida.

Retiró la mano, cogió la taza y vio cómo se la llevaba a los labios, dando un pequeño sorbo, sin alterarse, como si… no hubiese sentido lo mismo que él.

Como si él no hubiese sido el último hombre al que había susurrado su nombre entre jadeos horas antes.

Se apartó de ella, aunque no fue demasiado lejos, ya que todavía tenía que servirle la porción de tarta que le había pedido. Eligió la que le pareció más apetitosa y la dejó con suavidad sobre la barra.

—Que aproveche.

Los ojos verdes se abrieron de pura alegría al ver el postre y le sonrió, una sonrisa que ya había visto anoche y que hoy le apretó las tripas.

—Muchas gracias, Eryx.

Escuchar su nombre saliendo de esos labios lo llevó a recordarlo de nuevo de una manera mucho más íntima, gritándolo incluso, y tuvo que esforzarse por sonreír en respuesta y retirarse. Y es que, por primera vez desde que había abierto aquella cafetería, no tenía claro qué papel debía interpretar.

Y es que esto ya no era el *Obsidian*, ya no era un juego, y tenía todas las papeletas para acabar convirtiéndose en un jodido problema.

CAPÍTULO 11

La campanilla sonó al cerrarse la puerta a su espalda. El cambio de temperatura fue inmediato, haciendo que el calor del local le acariciase la piel, una caricia que su cuerpo captó mucho antes que su mente. Lara se detuvo un segundo, con la mano todavía en el bolso, dejando que sus ojos se adaptaran a la luz más tenue del interior.

Era extraño venir a la cafetería a estas horas. A pesar de haber estado aquí decenas de veces, el local tenía un ritmo distinto al de primera hora de la mañana, uno que la descolocó un poco. De alguna manera, lo que veían sus ojos y percibía de algún modo su cerebro, no acababa de concordar del todo.

Respiró hondo, llenándose con los aromas propios de la cafetería. El olor del café, la canela, el del pan recién hecho… todo aquello era familiar, seguro, pero hoy había algo más en el ambiente, algo que no conseguía descifrar.

Frunció ligeramente el ceño. Oh, se conocía lo bastante bien para saber que se pasaría todo el tiempo que estuviese aquí dentro dándole vueltas a eso, intentando encontrar ese algo que parecía escapársele.

Dejó su fijación a un lado y avanzó un par de pasos mientras su mirada recorría el local casi de manera automática, buscando algo sin saber muy bien el qué.

Eryx.

Se encontró con la mirada del propietario detrás de la barra. Como siempre. Aquello no debería haberla sobresaltado, ni siquiera sorprendido, era el lugar que siempre ocupaba, pero…

Se quedó momentáneamente sin respiración, sintiendo una inexplicable opresión en el pecho mientras contemplaba aquellos

ojos que…

¿Pero qué demonios me pasa hoy?

Le estaba sosteniendo la mirada más de la cuenta, haciéndose demasiado obvia, pero algo en su forma de devolvérsela, en cómo parecía mirarla… era extraño y también reconfortante.

Espabílate, chica. Va a pensar que eres incluso más rara que de costumbre.

Se dirigió hacia la barra como cualquier otro día. Porque eso es lo que era, un día cualquiera, con su jornada de trabajo, aunque en vez de ser matutina, fuese de tarde, y con el mismo hombre atractivo al otro lado de la barra.

—Buenos días… *er,* quiero decir, tardes —se aturulló ella, riendo y sacudiendo la cabeza. Eso sí que era empezar bien. ¿Por qué narices estaba tan nerviosa?—. A ver, intentémoslo otra vez. Buenas tardes.

—Buenas tardes, Lara.

La manera en que pronunció su nombre hizo que se le apretasen las entrañas. ¿Siempre había tenido una voz tan profunda?

Dejó el bolso donde siempre, pero vaciló a la hora de sentarse, desubicada durante segundo apenas perceptible.

—¿Quieres lo de siempre o…?

Lo de siempre. Él conocía sus gustos, aunque, teniendo en cuenta que no solía variar de menú, tampoco era algo tan extraordinario.

—*Um…* Ponme un café y… —entrecerró los ojos sobre el expositor de dulces y se dejó guiar por el instinto—. Creo que hoy me comeré también un pedazo de esa tarta de queso.

Se la había ganado. Necesitaba un subidón de azúcar, a ver si eso conseguía estimularle el cerebro y sacarla de esas extrañas aguas.

—En seguida.

Notó una especial tardanza en su respuesta, como si se hubiese quedado en blanco durante un breve instante o… observándola. No pudo siquiera interpretar su expresión, pues se

giró hacia la cafetera, momento que ella aprovechó para soltar el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Esto era ridículo. Siempre había encontrado atractivo a Eryx, pero jamás había tenido problemas para hablar con él, no como ahora. Sacudió brevemente la cabeza y se concentró en lo que la había traído hasta allí. Sacó el portátil y sus dedos se movieron por pura costumbre, abriendo la funda y sacando el equipo para colocarlo frente a ella. Sin embargo, su atención no estaba dónde debería estar.

Se le fueron los ojos hacia la cafetera. O más bien al hombre que estaba ante ella. Había algo en sus movimientos, pausados, medidos, que la hipnotizaban y la hacían pensar en que los había visto ya en otro lugar, en otro momento… Lo cual era absurdo, sin duda.

La taza acabó delante de ella, rozándole los dedos accidentalmente, algo que despertó ese cosquilleo en su interior, una sensación de familiaridad. Se quedó inmóvil, mirando sus dedos allí donde se habían rozado y luego a él.

—Es raro… —murmuró para sí, preguntándose qué narices había sido eso.

Él se limitó a mirarla, con esos ojos marrones fijos en ella.

—¿El qué?

Dudó en responder, para finalmente negar con la cabeza.

—Nada —sonrió, restándole importancia—. Supongo que sigo medio dormida.

Retiró la mano, cogió la taza y se la llevó a los labios, agradeciendo el aroma del café que le saturó la nariz y el calor amargo del primer trago.

No había pasado nada. Nada en absoluto. Pero una vez más incapaz de seguirle con la mirada, viéndolo sacar la tarta y sirviéndole una porción que dejó un momento después ante ella con un:

—Que aproveche.

Miró la tarta como si fuese el *Santo Grial*, sonrió con amplitud y le sonrió por pura inercia. Ya no sabía si estaba salivando por la tarta… o por él.

—Muchas gracias, Eryx.

Su nombre le salió con naturalidad, pero había algo en él que hacía que se enroscase en su lengua de una forma bastante particular.

«Eryx…».

Un susurro en su mente, un eco de puro calor, el roce de unos dedos por su espalda… Todo se mezcló al mismo tiempo, como un recuerdo tan fugaz como las sensaciones que había estado experimentando desde que se despertó en el sofá.

Parpadeó varias veces seguidas, clavó la mirada en la tarta, esperando que tuviese las respuestas, aunque, en realidad, solo era una excusa para evitar comerse al dueño del local con la mirada.

Esto ya no era normal, se dio cuenta. Nada de esto lo era.

Dispuesta a centrarse en el trabajo, que para eso había venido a la cafetería, dejó la tarta a un lado y encendió el portátil dispuesta a iniciar su tarea.

Bueno, la tarta se la comió en un abrir y cerrar de ojos, procurando no gemir en cada bocado y el café estaba ya por la mitad, pero lo que no había avanzado ni un poco fue en la escritura. Era incapaz de retener una sola palabra de lo que había leído ni conservar dos párrafos enteros de lo escrito. De hecho, ni siquiera sabía qué demonios estaba escribiendo, porque las escenas que se le venían a la cabeza y acababan plasmando sus dedos no tenían nada que ver con la trama actual de la novela.

Había acabado por cerrar el archivo y crear uno nuevo bajo el título de *«ideas absurdas que se me pasan por la cabeza».* Había escrito un par de párrafos, solo para levantar las manos del teclado y mirar atónita el contenido.

¡Pero qué narices pasó ayer!

El nivel de erotismo que estaba detallando no era algo que pudiese publicar, ni de coña. Sí, había escrito algunas escenas para adornar sus historias, pero le gustaba mantener un sano equilibrio entre argumento y folleteo sin sentido.

Bueno, pues lo que tenía en esa página era… mucho folleteo.

Se pasó la mano por el pelo y bajó un poco la tapa del portátil, no queriendo ver lo que había escrito.

Y los ojos volvieron a desviarse hasta donde estaba él.

No había dejado de hacerlo en todo el tiempo que llevaba allí. Acecharlo parecía haberse convertido en su nuevo pasatiempo. Y, diablos, lo último que quería era que él pensara algo así de ella. Le gustaba demasiado esta cafetería, el ambiente… y su presencia como para que le prohibiese la entrada.

Volvió a levantar la tapa del portátil y miró de nuevo el texto, sin verlo en realidad.

Si tan solo pudiese centrarse de una vez y escribir algo. Pero algo con sentido, no un diario erótico de alguien que había decidido dejar atrás sus inseguridades y lanzarse a explorar todas sus fantasías, haciendo realidad sus deseos.

—Hacer realidad cada uno de tus deseos…

Sus dedos acababan de escribir aquella frase y, por algún motivo, significaba algo importante.

¿Dónde la había escuchado? ¿Quién la había pronunciado?

—Hoy estás más callada de lo habitual.

Levantó la cabeza y casi da un respingo en la silla al encontrar a Eryx frente a ella, con las manos apoyadas en la barra. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había acercado.

—¿Yo? —repitió, con un toque de incredulidad—. Si siempre estoy en mi mundo.

—Sí —respondió él—. Pero hoy pareces estar en… otro.

Parpadeó un par de veces. Algo en su manera de decir aquello…

—¿Cómo lo sabes?

Él le sostuvo la mirada un segundo.

—Es parte del trabajo —dijo al final, con esa media sonrisa suya—. Se me da bien… evaluar a la gente.

Lara entrecerró los ojos ante semejante respuesta, aunque no podía decir que estuviese mintiendo, después de todo trabajaba de cara al público. Con todo, su admisión la perturbó más de lo que le habría gustado admitir.

—Supongo que he de darte la razón —admitió, sin saber muy bien por qué lo hacía—. Hoy es uno de esos días en el que mi mundo parecía cualquier cosa menos… normal.

Y no es que habitualmente lo fuese, pero hoy se llevaba la palma.

—¿Por? —preguntó de nuevo, descolocándola, ya que no solían tener este tipo de conversaciones. De hecho, no recordaba haberse abierto nunca con él… Entonces, ¿por qué sentía ahora que podía contarle cualquier cosa y saber que no la juzgaría por ello?

Miró de nuevo la pantalla del portátil a medio levantar y la bajó un poco más, permitiéndose este pequeño momento.

—Ayer me llegó la resolución de mi divorcio y salí a celebrarlo —empezó, contándole algo que, en circunstancias normales, nunca habría compartido y menos aún con un desconocido—. Y creo que se me fue un poco la mano con la celebración.

¿Un poco?

Sí, claro. Un poco. Como no.

—Tenías un buen motivo para ello, por lo que veo.

Lara lo miró.

—Sí. Supongo que recuperar tu propia libertad merece beberse una botella de vino enterita.

Eryx se limitó a asentir. No mostró sorpresa alguna ante sus palabras, ni tampoco parecía juzgarla, como si… ya lo supiera.

Imposible.

—La merece —corroboró él, ajeno a sus pensamientos—. Y, enhorabuena.

Por alguna razón, esa simple respuesta fue mucho mejor que cualquier elaborado discurso. Más sincera, de hecho.

—Gracias —respondió con una pequeña sonrisa, entonces añadió, riéndose por lo bajo—. El problema es que… no tengo ni idea de cómo fue esa celebración.

Se hizo el silencio, pero no duró más que unos segundos, una breve pausa para hacer efecto:

—¿Ninguna?

Negó con la cabeza.

—Nada de nada —confirmó y volvió a sorprenderle el hablarle de aquello, el compartir algo tan íntimo y sobre todo, tan tonto con él. Sus explicaciones no la dejaban precisamente en el mejor de los lugares, pero aun así, se encontró añadiendo—: Me desperté a

media mañana en el sofá de mi casa, vestida, con los tacones puestos y una resaca… rara. De esas que no se te parte la cabeza en dos, ya sabes. —Frunció el ceño al darse cuenta ahora de ese pequeño detalle—. Y eso lo hace todo aún más extraño. Siento que ha pasado algo, pero… mi mente no consigue juntar las piezas.

Lara movió la mano, quitándole importancia con un solo gesto.

—Es igual… Supongo que en algún momento esos recuerdos volverán… espero.

—¿Te preocupa que no lo hagan?

Asintió con la cabeza y bajó la voz al responder.

—Sí, por supuesto que me preocupa —murmuró—. Es frustrante no acordarte de lo que hiciste la noche anterior… sobre todo porque… Tengo la sensación de que fue importante.

Y ahí estaba. La verdad sin adornos. Lo que realmente la preocupaba.

El dueño de la cafetería no respondió de inmediato, se limitó a mirarla.

—A veces —dijo al fin—, no recordar es una forma de quedarse con lo esencial.

Parpadeó. Desde luego no era una respuesta al uso y podía sonar un poquito…

—No estoy muy segura de si esa es una frase profunda o sospechosa.

Él sonrió y la curva de sus labios le produjo una pequeña punzada en el pecho.

¿Por qué le resultaba tan familiar?

Porque la has visto mil veces aquí, mientras trabaja.

—Depende de cómo la interpretes.

Bufó, pero no por ello le hizo menos gracia lo que parecía a todas luces una respuesta repleta de ego masculino.

—Ahora mismo, como un poco sospechosa —admitió y, aun así, aquí seguía, ignorando el portátil y su trabajo y disfrutando de una pequeña conversación más de lo que debería.

El sonido de la puerta inundó el lugar, pero lo ignoró, al igual que todo lo demás. Era como si al concentrarse en él y en aquella conversación todo hubiese desaparecido durante un rato.

Todo menos ellos dos.

—¡Lara!

Pegó tal bote en el taburete al escuchar su nombre que casi lanza la taza de café por los aires al volverse hacia la recién llegada.

—Ay, Dios. Lo siento… —Se disculpó inmediatamente con Eryx, que había tenido los rápidos reflejos de impedir que parte de su vajilla acabase hecho añicos.

La sonrisa que encontró en su rostro la dejó sin respiración. Ya no era esa ligera mueca, sino una expresión de pura diversión que incluso le iluminaba los ojos.

—Tranquila —le dijo y su voz sonaba un poco más ligera—. Lo hemos salvado a tiempo.

Se mordió el labio inferior un poco mortificada y, musitando un nuevo *«lo siento»* se giró hacia la recién llegada, que, como siempre, había entrado como un vendaval.

Al verla sintió que, por primera vez desde que había cruzado esa puerta, al fin tocaba tierra.

O al menos eso era lo que quería creer.

CAPÍTULO 12

—¡Al fin! El tráfico de hoy está imposible —declaró su amiga, quien caminaba hacia ella con paso decidido, bolso en mano y las gafas de sol aún puestas con esa expresión de *«voy a sacarte hasta el último detalle aunque tenga que abrirte en canal»—.* Me ha llevado veinte minutos más de la cuenta atravesar esta maldita ciudad.

—Pero has llegado —le recordó ella, sonriéndole.

—Claro que he llegado. Vendría aunque tuviese que venir andando… o en metro, que aún es peor —aseguró plantándose frente a ella. Se quitó las gafas y la miró de la cabeza a los pies un par de veces—. De verdad. Mírate.

Lara parpadeó, desconcertada, sobre todo cuando se inclinó hacia ella, examinándola con una intensidad casi profesional.

—No tienes cara de resaca —declaró dejando el bolso y las gafas a un lado de la barra, cerca de su portátil.

—Gracias… ¿supongo?

—No, en serio —insistió ella sentándose en un taburete a su lado—. ¿Dónde está la piel apagada? ¿Las ojeras? ¿El *«me quiero morir y no sé por qué salí anoche»*? Esto no cuadra.

Lara dejó escapar una risa breve, incómoda.

—Te juro que yo estoy igual de perdida que tú —confirmó, bajando un poco la voz para que su amiga hiciese lo mismo.

—Sí, claro —chasqueó, poniéndose de lado con respecto a la barra para poder mirarla—. Cariño, está claro que te han echado un buen polvo.

Lara casi se cae de su propio taburete al escuchar aquello.

—Venga. Vamos a lo importante —insistió su amiga, entrecerrando los ojos—. Cuéntamelo todo.

Abrió la boca y la volvió a cerrar, pues ese era el verdadero problema, que no tenía «nada» que contar realmente.

—El problema es que no hay un… «todo» —confesó.

Los ojos de Erika se abrieron un poco más de la cuenta.

—Explícate.

Miró el portátil frente a ella y acabó bajando por completo la tapa, para luego apoyar el brazo sobre él. Sabía que estaba evitando su mirada, pero era difícil decir esto sin parecer que había cometido la mayor estupidez de su vida.

Una que… su mente se negaba a recordar, mientras que su cuerpo… Parecía tener una conciencia bastante clara de lo ocurrido.

Y lo peor de todo es que empezaba a pensar que quizá la *«broma»* que había lanzado su amiga, puede que no lo fuese tanto.

—Bueno, verás… —Se lamió los labios—. ¿La llamada de anoche? ¿La posterior video llamada? —Ella asintió, confirmando esos momentos—. Sé que hablamos… luego colgué y… no recuerdo nada más.

—¿Nada? —jadeó, luchando para mantener el tono bajo entre ellas.

—Nada. —Dios. Al decirlo en voz alta sonaba incluso peor y el silencio que continuó a esa única respuesta lo empeoró.

Erika no parpadeó.

—Lara…

—Me desperté en el sofá —continuó, contándole cómo había sido aquella mañana—. Vestida, con la ropa interior en su sitio e incluso los tacones puestos. Todavía tenía el bolsito que me regalaste colgando de la muñeca… Debí entrar por la puerta y desplomarme a continuación en el sofá.

—¿Y el móvil?

—Sin llamadas raras, ni mensajes. Nada de nada —corroboró. Erika se estaba poniendo en plan abogada y lo entendía. Ella misma habría hecho lo mismo en su situación.

Erika entrecerró los ojos.

—Eso no es normal.

—Lo sé.

La examinó con esa mirada marrón que solía hacer que sus propios clientes desearan no haberle llevado jamás la contraria e insistió:

—Nada de nada.

Negó con la cabeza.

—Nada de nada.

Silencio otra vez, más denso, con esa nota de culpabilidad que empezaba a pesar más y más sobre ella. Joder, tenía veintinueve y había estado casada durante once años. ¡Estaba divorciada! Se suponía que tenía que haber tenido más cabeza.

—¿Bebiste mucho?

—No lo sé —respondió Lara, frustrada—. No me duele la cabeza. No tengo resaca como tal… pero…

Se detuvo, pues esta era la parte más complicada de explicar, una que no sabía ni cómo interpretar.

—Pero… —insistió Erika.

Lara levantó la mirada.

—Mi cuerpo dice otra cosa —susurró, inclinándose ahora sobre ella, para que la respuesta quedase solo entre ambas.

Eso hizo que Erika se quedase completamente quieta.

—¿Cómo que tu cuerpo dice otra cosa? —Sus ojos empezaron a abrirse un poco más, captando lo que no había dicho con palabras.

—Me siento… —Buscó la palabra—. Rara.

—Eso ya lo veo —aseguró, señalando lo evidente, entonces se acercó más a ella y bajó también la voz. A estas alturas hablaban en susurros—. Pero rara de… *Rara*… Como si te hubiesen metido algo en la copa o rara de… *Me lo he pasado de puta madre y no tengo ni puta idea de con quién*.

El silencio que siguió fue inmediato, al igual que el sonrojo de sus propias mejillas, el cual no solo la calentó, sino que hizo que su amiga levantase los brazos y exclamase su nombre.

—¡Lara!

—Joder. Que no lo sé —resopló.

—¿Cómo que no lo sabes? —Su amiga iba a empezar a tirarse de los pelos de un momento al otro.

—¡Pues eso! —exclamó elevando la voz, solo para bajarla de nuevo—. No lo recuerdo, Erika.

Su amiga la observó unos segundos más, con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—Vale, bajemos a tierra un momento —pidió ella, respirando hondo—. Si te has follado a alguien y más aún después de semejante sequía, tienes que… bueno, ya sabes… Que eso se nota, Lara.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

Joder.

Se miró a sí misma, igual que si tuviese rayos X y se viese desnuda. No había encontrado ningún moratón, ni rojez en su cuerpo cuando se duchó, pero sí los pechos más sensibles, los pezones y…

—Mierda.

Erika se echó hacia atrás en el taburete y sacudió la cabeza. Sabía perfectamente que se acaba de dar cuenta de lo más obvio de todo.

Miró el portátil, pensó en el texto que había escrito, pero…

No, ni de coña.

—Vale —resopló su amiga—. Esto ya no es divertido.

—A mí me lo vas a decir.

Volvió a mirarla de la cabeza a los pies e incluso le cogió la mano, mirándola ahora con verdadera preocupación.

—¿Te sientes mal?

Negó de forma automática.

—Esto te va a sonar… a locura, pero… lo cierto es que nunca me he sentido mejor que hoy. Quitando lo raro, claro.

Erika alzó una ceja.

—¿Va en serio?

Lara se mordió el labio inferior y asintió.

Y no sabía cómo explicarlo, ni por qué se sentía de esa manera.

—Sé lo que estás pensando, pero… tengo la sensación de que… sucediese lo que sucediese anoche, fue consentido y… que lo disfruté… más de la cuenta. —Miró de reojo el ordenador.

Eso no podía ser un recuerdo, ¿verdad?

—Eso es aún más raro —admitió la chica.

Dejó escapar un suspiro y ciñó la mano de su amiga.

—Es como si… hubiese pasado algo importante —murmuró, intentando poner en palabras todo lo que le pasaba por dentro—. Algo que debería recordar, pero cada vez que estoy cerca… que veo algo en mi cabeza… se me escapa.

Erika la observó en silencio, más seria ahora, menos bromista.

—Cariño, esto empieza a sonarme cada vez más a sumisión química —admitió en voz baja.

No podía decir que esa posibilidad no le hubiese pasado ya por la cabeza, pero al mismo tiempo sentía que había algo más y que las drogas no tenían nada que ver.

—Mira, no puedo explicarlo, pero… —Se pasó la mano libre por el pelo—. Sea lo que sea lo que pasó anoche… No creo que haya sido nada malo… Salvo lo obvio, que no lo recuerdo.

Se quedó en silencio, sintiendo de nuevo que sus palabras eran acertadas, que esas horas que parecían haberse desvanecido de su mente, no había sufrido daño alguno, más bien todo lo contrario.

Hoy no se sentiría tan bien, ni tan ligera si hubiese sido lo contrario.

Bajó la mirada sobre el ordenador, solo para deslizarla a continuación sobre la superficie de la barra y detenerse de nuevo en el hombre que se encontraba al otro lado, hablando con un cliente. A juzgar por sus gestos, le estaba dando indicaciones.

Esas manos…

—Desde luego, sí que estás distinta.

El repentino comentario de Erika la hizo volver la mirada sobre ella.

—Todavía no me han salido cuernos ni cola, si es lo que estás buscando —resopló, al ver que seguía repasándola con la mirada.

Erika puso los ojos en blanco y la señaló con la mano.

—Lo digo en serio —aseguró—. No es solo que no tengas ni pizca de resaca, ni dolor de cabeza o incluso náuseas… Es… tu rostro. La manera en la que te mueves, tu energía… Es como si te

hubiesen alineado todos los *chakras* y te hubiesen dado además un chute de luz.

—Un chute de luz —repitió, dejando que su voz bajase hasta el último peldaño de la ironía—. ¿En serio, Erie?

—Mírate. Estás más ligera. Parece que te hubieses quitado de encima algo más que el divorcio —declaró su amiga—. No sé a dónde habrás ido anoche, Lara, pero te ha sentado mejor que cualquier reconstituyente.

Dejó escapar un resoplido y, desvió de nuevo la mirada hacia el final de la barra. Eryx ya había terminado con el cliente y estaba preparando una nueva tanda de cafés. El ruido de la cafetería volvió a colarse en sus oídos. Las tazas, las voces, el movimiento de la gente entrando y saliendo…

—Bueno —dijo Erika al final, cambiando ligeramente el tono—. Vamos a hacer una cosa.

Se volvió hacia ella.

—¿El qué?

—Vamos a reconstruir tu noche —sentenció.

Lara soltó una pequeña risa.

—Suerte con eso.

—Oye —replicó ella—. He sacado confesiones más complicadas que esta.

—Sí, pero esas personas al menos recordaban lo que habían hecho.

Erika sonrió, de esa manera tan suya.

—Detalles.

Lara negó con la cabeza y volvió a mirar la barra.

—Voy a necesitar otro café.

—Si te los pone él, no me extraña que vengas aquí todos los días —mencionó su amiga, dirigiendo la mirada en su misma dirección—. Está ponente… el café.

La fulminó con la mirada. Fue algo instintivo, como si estuviese marcando territorio, cosa que la hizo reír a carcajadas.

—Que sean dos —le guiñó el ojo y, ni corta ni perezosa, se volvió y le lanzó un *«oye, guapo»* a Eryx—. ¿Nos puedes poner dos *cappuccino*?

Los ojos del aludido se posaron brevemente en Erika antes de detenerse un poco más sobre ella.

—Claro, chicas —respondió entonces, con su habitual amabilidad—. Ahora os los sirvo.

—Gracias, Eryx.

Él le dedicó un guiño en respuesta, lo cual la sorprendió tanto o más que a su compañera.

—Oye, no te habrás tirado al propietario buenorro, ¿no?

—Por supuesto que no —zanjó, con un resoplido, para nueva diversión de su amiga.

—Perdona, perdona —levantó ambas manos, para luego recuperar la compostura—. Es que me preocupa lo que te ha pasado, en serio, Lara. No es la mejor manera de celebrar las cosas, no en los tiempos que corren.

Asintió.

—Lo sé.

—Venga, volvamos a anoche —le dijo, poniéndose ya en modo serio—. ¿Qué es la última cosa que recuerdas?

—Tu video llamada desde el juzgado —admitió, recordando ese momento—. Quedamos en tomar algo hoy, para celebrarlo.

—Bien. Después de eso —insistió—. Dijiste que esta mañana llevabas el vestido negro y los taconazos, así que, tuviste que cambiarte antes de salir.

Sí. Tendría que haberlo hecho. Pero no podía…

El vestido sobre su cama y algo más… La imagen apareció y desapareció tan rápido que soltó un resoplido de frustración.

—Creo que debí decidir ir a algún sitio, porque… creo que dejé la ropa sobre la cama… —Pero ya no había nada después de eso—. No recuerdo siquiera haberme vestido.

—Pero esta mañana, cuando volviste, conservabas las bragas…

Un ligero carraspeo hizo que ambas se volvieron hacia la barra para ver a Eryx dejando ambos cafés ante ellas.

—Señoritas, sus *cappuccinos* —les informó. Sus ojos se encontraron brevemente y, durante una décima de segundo, le pareció ver una divertida sonrisa curvándole los labios.

—Madre, qué pinta —ronroneó Erika, mirando el café. Era una adicta, así que normal que le causase más lujuria que el hombre que los había servido.

—Gracias.

Se limitó a asentir antes de continuar con su trabajo.

—Está bueno.

—Los cafés de aquí son de otro mundo.

—Sí, el café también está bueno —confirmó su amiga, con una secreta sonrisa—. Bien. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. ¿Pagos? ¿Movimientos en la cuenta?

Frunció el ceño ante su pregunta.

—No he mirado, la verdad.

—Coge el teléfono y hazlo —la señaló y añadió—. Y usa tus propios datos, nada de wifi público.

—¿Ahora eres del FBI o algo? —señaló su ordenador—. El wifi de aquí es más seguro que mi casa.

La ignoró y siguió preguntando, mientras ella comprobaba que todo estaba sin incidencias.

—¿Ropa? —insistió—. ¿Has echado de menos algo? Dijiste que traías las bragas puestas, ¿no?

—No seas perra —resopló, cogiendo su propio café, sus ojos le buscaron una vez más.

—¿Un perfume distinto?

Lara se quedó quieta, bajó lentamente la mirada a su brazo ahora cubierto, pero sabiendo que había habido un aroma particular sobre él, sobre toda su piel.

—Sí.

Erika casi escupe el café.

—¿Sí?

Afirmó con la cabeza.

—Esta mañana… noté algo distinto y… me olí. —Hizo una mueca—. Me llevé el brazo a la nariz, ya sabes y… sé que no era mi perfume, era mucho más… profundo, más elegante… como con un toque de incienso.

—Bueno, pues creo que podemos dar por hecho que has echado un buen polvo con alguien —confirmó, mirándola de nuevo

—. Si lo ponemos todo sobre la mesa tenemos: noche perdida, cuerpo feliz, cero trauma y un perfume ajeno al tuyo ha estado en algún momento sobre tu piel. Yo diría que por frotación de cuerpos, ya sabes…

—Joder, Erie.

—¿Qué?

—Que suena peor de lo que es.

—Suena interesante —la corrigió su amiga—. Y, por tu paz mental y por la mía, vamos a mantenernos en el lado de que todo ha sido consentido, que no te han drogado y que simplemente has salido, has conocido a alguien y has echado un polvo antes de volver a casa.

Lara resopló.

—Estás enferma.

—Profesionalmente curiosa —corrigió ella.

Se miraron un segundo y solo pasó: se echaron a reír.

Esto era lo que necesitaba en aquellos momentos. Un modo de bajar la tensión, de quitarse de encima el agobio.

—Sea lo que sea que hiciste anoche, esperemos que tus recuerdos regresen antes o después —la tranquilizó Erika—. Aunque… también podemos recurrir a la hipnosis, aunque te advierto que la sesión cuesta una pasta.

La miró con gesto curioso.

—¿Lo dices por experiencia?

—Lo pagó mi cliente, no yo. —Se encogió de hombros—. Y no puedo decir que le sirviese de mucho.

No iba a someterse a hipnosis, ni tampoco iba a dejarse arrastrar por la desesperación de no saber qué narices había hecho anoche. Lo cierto es que no estaba segura de querer recuperar esos recuerdos, porque, algo que no le había dicho a Erika, es que, fuese lo que fuese que había olvidado… de algún modo, sentía que quería repetirlo.

Y eso la convertía oficialmente en alguien que había perdido la cabeza.

CAPÍTULO 13

El silencio de la cafetería no era el mismo que el del *Obsidian*. Allí abajo, en el club, el silencio tenía intención, peso, deseo contenido… Aquí era simplemente… ausencia.

Eryx cerró la puerta tras el último cliente y giró el cartel a *«cerrado»* con un gesto automático. El sonido seco del cristal al girarlo marcó el final de su jornada humana. No había estado presente más que la mitad del día, pero había sido suficiente para dejarle agotado.

Y eso también era algo fuera de lo habitual.

Su trabajo en el local no lo desgastaba, por el contrario, le ayudaba a mantenerse alerta, a aprender de los humanos, de sus dinámicas, sus relaciones y a escoger lo que necesitaba para sí mismo, pero estas últimas horas habían sido más difíciles por el simple hecho de tenerla a ella aquí.

Se quedó unos segundos de pie, mirando la calle a través del cristal. La gente seguía pasando ajena a sus pensamientos, ocupadas con sus previsibles rutinas y ajetreadas vidas. Bajó la persiana, la última que quedaba y se volvió hacia la barra.

—Esto va a ser mucho más difícil de lo que debería… —murmuró para sí.

Lara debería haber sido una de esas transeúntes de la calle, alguien con una vida insignificante, con sus particulares rutinas, y, sin embargo…

Apoyó la palma contra el mostrador, tensando ligeramente los dedos.

Seguía sintiéndola a pesar de que ya se había marchado. No como en el *Obsidian*, no como anoche, pero estaba ahí, en el

perfume que dejó tras de sí, en el sonido de su voz, en el eco de su presencia que no lo abandonaba, una huella que no quería borrarse.

—Nunca he visto nada igual.

La voz rompió el silencio desde la parte trasera del local. Ni siquiera se giró, no hacía falta, sabía bien que esta conversación iba a llegar antes o después, sobre todo después de cómo había regresado al club tras marcharse ella.

—Será porque nunca estás prestando verdadera atención —declaró y añadió, solo para fastidiarlo—. Quédate un día a hacer la jornada entera conmigo y verás como actúan realmente los humanos.

Un resoplido, seguido por pasos suaves y controlados precedieron la llegada de Kae.

Su compañero se apoyó en el marco de la puerta que daba al almacén, con los brazos cruzados y esa media sonrisa que siempre parecía saber más de lo que decía.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —chasqueó la lengua y añadió—. Ni siquiera con ella te comportabas de esta manera…

Ella. Alguien con un nombre que ninguno de ellos quería pronunciar ya. No después de lo que le había hecho, de lo que casi le cuesta, de lo que casi les cuesta a todos ellos.

Alzó la mirada lo justo para encontrarse con la de su amigo en el reflejo del cristal.

—Son como el día y la noche.

Kae asintió.

—Eso quiero creer, pues no me pareces lo bastante tonto como para tropezar dos veces en la misma piedra —aseguró él—. Si no otra cosa, Rubí al menos tuvo que haberte enseñado eso.

Apretó los dientes al escuchar su nombre, el de la única mujer humana con la que se había atrevido a tener algo más, solo para darse cuenta de que se había equivocado de la manera más dolorosa posible.

—¿Hoy no tenías nada mejor que hacer que venir a tocarme las narices?

Kae soltó una risa baja.

—Siempre tengo algo mejor que hacer —replicó—. Pero esto es más interesante.

Le dedicó una mirada silenciosa y, sin decir una palabra, se apartó del mostrador y se dirigió hacia la cafetera. No es que tuviese necesidad de hacerlo, pero cualquier excusa era válida para no quedarse quieto.

—Dejé de contarlas, ¿sabes? —añadió Kae, dejando su lugar para ocupar ahora uno de los taburetes frente a la barra.

Su absurda pregunta hizo que lo mirase por encima del hombro.

—¿De contar el qué?

—Las veces que miraste la puerta antes de dejarte con el turno del mediodía —asintió, señalando con el pulgar hacia atrás—. Siete, nada más y nada menos.

Dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza.

—Te aburres demasiado, Kae.

—Es intriga —lo corrigió él—. No aburrimiento. Y no puedes culparme. Pensé que después de lo de esa perra no volverías a interesarse tan profundamente en una hembra humana, pero ella parece que ha cambiado las normas del juego, ¿eh?

—No ha cambiado nada —mintió.

—¿No te escuece la lengua después de semejante respuesta? —se burló él.

Optó por no responder, era la mejor manera de sacarse a Kae de encima.

—Tienes que entenderlo —chasqueó la lengua, necesitando excusar su propia conducta—. Lo de anoche fue una novedad y no tenemos muchas de esas en el *Obsidian*.

—Lo que no tenemos es un momento de paz cuando a alguno de nosotros se le ocurre la brillante idea de perder la cabeza, aunque sea momentáneamente. —El comentario anunció la llegada de otro invitado no deseado. Estaba claro que no, hoy sus compañeros no iban a dejarle en paz.

El ligero toque a jazmín nocturno, vainilla ahumada y almizcle le advirtió de una nueva presencia incluso antes de que ambos girasen ligeramente la cabeza para ver al recién llegado. Darion

apareció desde el otro lado y se apoyó en la barra con la naturalidad de quien lleva demasiado tiempo moviéndose entre esos dos mundos.

Soltó el aire por la nariz. Tenía que haber sabido que lo de la mañana solo había sido un prolegómeno y que ninguno dejaría pasar una reacción semejante. Le conocían demasiado bien para sorprenderse e incluso preocuparse por el ligero descontrol que había experimentado tras la partida de Lara. Siempre había sido alguien controlado, tranquilo, con un dominio exquisito de sí mismo… hasta el momento en que se dejó llevar en el club.

Sí, bien. Había perdido momentáneamente los papeles, pero la cosa no escaló más allá.

—No he perdido la cabeza. Ni momentáneamente ni de forma permanente —resopló, a sabiendas de que su respuesta sería ignorada.

—Claro que no —intervino una tercera voz con tono profundamente irónico. Soren apareció con su habitual calma, envuelto en esa estoica frialdad que a veces le sacaba de quicio. Se detuvo a unos pasos de ellos, observando la escena con una quietud que siempre resultaba incómoda—. Tu comportamiento habitual solo ha sufrido un ligero… *desajuste*.

Eryx alzó la mirada hacia él.

—¿Desajuste? —resopló.

—No eres el de siempre —señaló Darion.

—No estás centrado —corroboró Kae—. Y ya no hablemos de la obsesión de mirar la puerta cada pocos minutos… *Eso* no es algo que harías normalmente, ¿a que no?

—Y eso es peligroso —concluyó Soren. No era necesario que hiciese pregunta alguna, puesto que los ojos de su hermano demonio hablaban por sí solos. Él había estado ahí durante lo de Rubí, había sido uno de los que habían contenido los daños. No podía culparle por desconfiar de él ahora.

Dejó la taza que ni siquiera recordaba haber cogido sobre la barra y marcó sus próximas palabras, esperando que le quedase claro a todos ellos.

Y también a sí mismo.

—Fue una noche.

Tres pares de ojos se posaron sobre él, lo cual resultó de lo más molesto.

—Esa es la norma… —dijo Kae suavemente.

—Y lo que pasa en ella, suele quedarse allí —añadió Darion—. En la oscuridad que la envuelve.

Apretó la mandíbula y su voz sonó un poco más gruesa de lo que pretendía, más demoníaca.

—Y esta también lo hará —siseó, aunque no pudo evitar estremecerse al notar el amargo sabor que le acarició la lengua.

Ninguno respondió de inmediato.

—Dime, ¿vino al final o seguiste echándole miraditas a la puerta en vano? —preguntó Kae, mirándole con intención.

No respondió, pero tampoco es que hiciese falta, su hermano pareció obtener la respuesta por sí mismo.

—Así que vino… —Parecía sorprendido por ello.

—Esto se pone interesante —murmuró Darion.

—¿Acaso esperabas otra cosa? —añadió Kae con media sonrisa.

Entrecerró ligeramente los ojos. Podría irse, dejarlos allí, pero sabía que huir no serviría de nada, porque eso cabrones no dejarían de hacerle preguntas.

Le gustase o no, eran una familia, por lo que estas cosas siempre iban a estar a la orden del día. Más aún cuando se trataba de su propia seguridad.

—No es lo que pensáis —rezongó.

Kae dejó escapar una pequeña risa.

—Nunca lo es y sin embargo siempre acierto —replicó su amigo, guiñándole el ojo.

Soren se acercó a él, con la pregunta escrita en el rostro.

—¿Recuerda algo?

Sabía cuál era la preocupación de su hermano. Negó con la cabeza.

—No recuerda el *Obsidian*, ni lo que pasó entre sus puertas. Ni siquiera sabe que pasó anoche.

—¿Y aun así ha vuelto? —preguntó Darion visiblemente sorprendido.

—Sí —confirmó. No podía ocultarlo o negar lo evidente. Lara había estado aquí, su aroma seguía presente y ellos lo reconocerían, pues había estado por todo él esa misma mañana.

—Pero es parte de su rutina —explicó, restándole una importancia que no tenía—. Suele venir cada mañana, a la misma hora…

—No estuvo aquí por la mañana. —Negó Kae, pues él había estado atendiendo la cafetería hasta que él llegó.

—No. Llegó después del mediodía —lo fulminó con la mirada. Si no se callaba de una maldita vez, le daría un puñetazo.

Y puede que no fuese el único.

—¿Y es humana? —inquirió Soren.

—Sí, lo es —confirmó Kae—. Y bastante atractiva, además.

Cuando volvió a posar la mirada sobre él, se encontró con una burlona sonrisa.

—¿Es posible que el *Obsidian* se esté debilitando? —sugirió Darion.

Soren negó categóricamente.

—No es el *Obsidian* —respondió, clavando sus ojos marrón oscuro sobre él—. Es probable que haya creado un vínculo con ella…

—No he creado ningún vínculo —bufó, desechando aquella absurda idea.

—Quizá no de forma consciente, hermano —replicó Kae, ladeando la sonrisa—. Pero si ella ha vuelto a ti… quiere decir que algo no ha salido como debería.

—No volvió a *mí* —puntualizó—. Volvió *aquí*.

—¿Ahora te ha dado por el desdoblamiento de personalidad? —bufó Darion.

—Es una mujer de rutinas —insistió, justificando una vez más su presencia en la cafetería—. Viene cada día, a la misma hora, pide siempre lo mismo, se sienta en el mismo lugar…

—La repetición genera hábito —le recordó Soren.

—Y el hábito… —añadió Kae, mirándole a los ojos—, genera problemas.

Ahí estaba. La relación directa con su pasado, con el único error que había cometido. Uno que temían que repitiese con ella.

—¿Volverás a convocarla? —preguntó Darion.

—El *Obsidian* tendría que decir si la acepta una segunda noche —añadió Kae—. Conoces las reglas…

Sí. Una sola noche. Esa era la regla de oro del *Obsidian.*

Negó con la cabeza, aunque algo en su interior se rebelaba a esa decisión, pero sabía que era la única que podía tomar. Por el bien de Lara y por el suyo propio.

—No lo haré.

Kae lo observó unos segundos y señaló.

—Quizá no sea necesario que lo hagas, después de todo, fue ella la que te eligió a ti, ¿no?

Aquello hizo que los otros dos hombres clavasen la mirada en él son sendas expresiones de sorpresa.

—¿Perdona?

—¿Cómo que fue *ella* la que lo eligió?

—Fue directo a él —recordó Kae, pues había estado con él en la barra en el momento en que ella llegó—. Desde el momento en que entró, su elección fue evidente.

—Pero entonces, ¿no fuiste tú…? —Darion se quedó a media frase—. Joder. Eso sí que ha sido nuevo.

—Si ella lo eligió… eso lo cambia todo —añadió Soren pensativo—. ¿A qué está jugando ahora el *Obsidian*?

El silencio cayó sobre el local como si todos se estuviesen haciendo la misma pregunta.

—¿Y tú? —preguntó entonces Darion, mirándole directamente.

—¿Yo qué?

—¿Qué vas a hacer *tú*?

La pregunta quedó suspendida en el aire, simple, directa y más peligrosa que ninguna otra de las que se habían escuchado en los últimos minutos. Eryx le sostuvo la mirada y, por primera vez desde la noche anterior, no tenía una respuesta clara.

—Nada —dijo al final—. No haré absolutamente nada.

Kae sonrió y conocía bien esa sonrisa, no era una que le gustase ver en su rostro, sobre todo referente a él.

—Ay, hermanito. Eso no te lo crees ni tú.

Hubo una respuesta unánime, un coro de risas, bufidos y chasquidos que solo podían ser interpretados de una manera.

Eryx desvió la mirada, evitando mirar de nuevo la puerta, pero aun así todos los allí reunidos sabían perfectamente que Lara seguía muy presente en su mente.

CAPÍTULO 14

Empezaba a sentir unas verdaderas ganas de coger el maldito portátil y lanzarlo por la ventana.

Y no era el primer día que se sentía así. ¡Llevaba toda la jodida semana! Y la culpa era de esa maldita noche que seguía sin recordar. Por más que lo intentaba, su mente se negaba a rescatar nada de entonces y las sensaciones que no dejaban de presentarse para atormentarla, no hacían nada para aclarar su confusión. Algo parecía haberse despertado en ella y ahora se negaba a volver a dormirse.

Cada vez que intentaba concentrarse su mente se desviaba hacia algo que no era capaz de recordar. Esa maldita sensación era como un eco… Un roce que sentía, pero no recordaba, un susurro que la estremecía, a pesar de que no era capaz de retener la voz que lo dejaba. Un nombre que casi alcanzaba a escuchar solo para desaparecer antes de que tuviese tiempo de formarse.

No estaba cómoda ni siquiera en su propia piel, todo la molestaba, incluso el mismísimo aire le resultaba molesto. Nunca se había sentido tan fuera de sí misma, ni siquiera durante este pasado año de calvario burocrático. Esto era mucho peor que el divorcio, sobre todo porque no tenía manera de atajarlo.

—Quiero morirme —lloriqueó, pataleando en el suelo y echando la cabeza hacia atrás con gesto dramático.

El ordenador estaba abierto ante ella en la misma página en blanco ante la que ya llevaba más de una hora. Escribía una línea, la borraba. Escribía otra línea, la borraba también. A este paso no acabaría la novela ni dentro de un año.

Esto no tenía nada que ver con un bloqueo creativo, era algo mucho peor, una sensación incómoda y que se había adueñado de

ella aislándola de todo lo demás.

Se incorporó con un suspiro y caminó descalza hasta la cocina. Sobre la mesa estaban las sobras de la comida para llevar que había encargado, la cual apenas había picoteado. Esta mierda le estaba afectando incluso al apetito.

Tenía una jodida nube sombría sobre la cabeza, algo que la seguía a todos lados y no la dejaba en paz. Solo cuando cruzaba la puerta de la cafetería parecía poder respirar un poco, pero incluso allí había empezado a tener problemas de concentración; prefería mirar a Eryx que la pantalla de su ordenador. Había durado tres días en esa dinámica, al cuarto, decidió quedarse en casa y llevaba así desde entonces.

Incluso Erika le había dicho que tenía que espabilarse, que esta no era ella y que como no moviese su *«fofo culo»*, hablaría con algún colega de la *Policía* para que pinchase las cámaras de tráfico y averiguase a dónde narices había ido ella aquella noche y con quién.

Había tenido que poner su mejor cara y hacer un enorme esfuerzo para salir a cenar con ella y mostrarse tan normal como podía. Sabía que no la había engañado, pero al menos la había dejado más tranquila sabiendo que todavía era capaz de socializar.

—Tengo que empezar a centrarme y dejar esto atrás —murmuró, empezando a recoger la mesa y adecentar así un poco aquella habitación. Tiró los cartones al cubo del reciclaje y fregó los platos para luego servirse una copa de vino. No es que le apeteciese, pero no tenía ningún plan mejor para aquel momento.

El vino tampoco le supo a nada, a pesar de ser su favorito.

Dejó la copa en la encimera y se apoyó en ella con ambas manos.

—¿Qué narices te pasa, Lara?

El silencio fue la única respuesta que recibió, esa y unas inexplicables ganas de llorar.

Estaba hormonal perdida.

Se apartó de la encimera y volvió al salón, dejándose caer con un pesado suspiro en el sofá. El silencio volvía a envolverlo todo con esa inexplicable pesadez. Giró la cabeza hacia un lado, mirando sin ver la pared, intentando obligarse a no pensar en nada y a dejar la

mente en blanco aunque fuese por unos minutos. No lo consiguió. Ese eco seguía ahí, más bajo ahora, más insistente…

Se incorporó de golpe, frustrada consigo misma.

—Vale. Basta.

No sabía a qué estaba respondiendo exactamente, pero quedarse quieta no hacía nada para aliviar su nerviosismo. Se levantó y se dirigió hacia el dormitorio sin un plan, sin un motivo claro sobre qué hacer, tan solo necesitando moverse.

El cuarto estaba tal y como lo había dejado esa mañana. La cama deshecha, la colada doblada sin guardar… Suspiró. Una vez más, esta no era ella. Le gustaba el orden, especialmente en su propia casa, pero estos días había sido un auténtico desastre con patas.

Se remangó y empezó a meter cada cosa en su cajón, sacó un par de perchas del armario y colgó los pantalones y las blusas, para finalmente quedarse mirando la última de las piezas de ropa; el infame vestido negro.

—Tú eres el culpable de todo —farfulló, cogiendo la prenda, eligiendo una percha e introduciéndolo a continuación en el fondo del armario. Los zapatos estaban justo debajo, al igual que el bolsito que le había regalado Erika y que solo usaba en ocasiones especiales —. Tú también tienes la culpa.

Lo cogió por puro reflejo, para comprobar si todavía tenía algo dentro antes de guardarlo de nuevo en el cajón en el que debería estar.

Algo que quizá la conectase con esa noche.

Se quedó inmóvil, repentinamente consciente de las señales que le estaba mandando su cerebro.

—¿Pero cómo demonios no me di cuenta antes? —jadeó. Arrancó el objeto del fondo del armario y volvió con él hacia la cama.

Si había alguna prueba de aquella noche, cualquier cosa, tendría que estar en el bolso.

—Tengo el cerebro muerto, en serio.

Por alguna razón inexplicable le temblaban las manos cuando lo abrió. Lo volcó sobre el colchón y contuvo el aliento mientras

caían de él algunas cosas como un paquete de pañuelos de papel, una lima de uñas y… *la tarjeta.*

No una tarjeta, sino *la tarjeta*. Aquella cosa tenía presencia propia.

Se quedó mirando el cartón que destacaba sobre las sábanas blancas, el pulso se le aceleró de golpe y un íntimo conocimiento surgió como algo certero en su memoria.

La había visto antes.

Y a juzgar por las puntas dobladas y lo manoseada que estaba, no se había limitado a meterla en el bolso y olvidarse de ella. No, ese pedazo de cartón tenía un significado más profundo, uno que estaba justo ahí, delante de sus narices, aun si todavía era incapaz de atravesar el velo de su mente que lo cubría.

Era negra, elegante, con un nombre grabado en ella, uno cuyo primer vistazo le provocó un pinchazo en el pecho.

Esto es importante. Sé que lo es.

—*Obsidian*.

Pronunciarlo en voz alta fue igual que recibir una descarga eléctrica, la confirmación de que no era solo un nombre, sino el motor de algo. Se revolvió inquieta, sintiendo la piel tirante, los pechos más pesados y ese inoportuno latido entre las piernas.

No recordaba su procedencia, pero su cuerpo lo hacía vívidamente. Más que nunca, en realidad.

—Maldita sea, solo necesito una respuesta.

Cogió la tarjeta entre los dedos, observando con detenimiento el logo, por si lo había visto en algún lugar y su imagen volvía, pero todo lo que había era una especie de zumbido… No, zumbido no, se dio cuenta, música.

—Esto tiene que pertenecer a algún tipo de local.

Era fácil sumar dos y dos. Desde luego, un bufete de abogados no iba a ser. No iría a uno en plena noche.

Le dio la vuelta, un gesto casual, típico cuando sostenías una de esas en las manos y fue entonces cuando vio la frase:

«¿Te atreves a dejarlo todo atrás por una noche?».

El corazón se le detuvo, los pulmones dejaron de funcionarle y algo se removió en su interior, pero sobre todo en su mente. Conocía

esa frase, sabía lo que implicaba, pero… ¿por qué?

Dejó caer la tarjeta como si le quemase. Se levantó de golpe y se alejó de la cama, mirando el cartón con desconfianza.

Eso la había metido en este lío. ¡Lo sabía! Aun si su mente seguía siendo un pozo de piezas desconectadas, su cuerpo no mentía. Había revivido como una jodida planta después de una larga sequía con solo leer esa frase.

Y deseaba… ¿Qué? ¿Qué era lo que deseaba?

Respuestas, ¿no?

O es que había algo más importante aún que eso, más importante que saber qué había ocurrido esa noche.

Su cuerpo acabó decidiendo por ella, moviéndose de forma automática. Vio sus propios dedos acercarse a la tarjeta, rozarla y pellizcar el borde hasta recuperarla. Volvió a mirar el logo, el nombre asociado a él y las dos minúsculas líneas que había pasado por alto en su primer vistazo: una dirección y una hora.

A partir de media noche.

—*Obsidian* —volvió a pronunciar ese nombre y, la sensación creció. El cuerpo le hormigueaba, había una silenciosa excitación recorriéndola, pura anticipación.

La giró una vez más, tragando al deslizar los ojos por aquella frase. El impacto fue igual o incluso mayor que la primera vez. Su significado tiraba de ella con demasiada fuerza aunque sin una definición clara.

—Solo hay una forma de averiguarlo… —musitó, decidiendo algo antes de poder pensar en los pros y las contras, en no cometer el mismo error.

Tenía que volver.

Necesitaba hacerlo.

Ya no se trataba de curiosidad, ni de encontrar respuestas, lo que debería ser prioritario en esos momentos. Era pura necesidad de… algo, algo que su nublada mente sabía que encontraría solo en ese lugar.

No se lo cuestionó más. No había llegado tan lejos, no se había repuesto a todo lo que había pasado hasta ahora en su vida como para bajar los brazos otra vez.

—Muy bien… —murmuró, cogiendo el bolso y dejando caer de nuevo la tarjeta dentro, guardándola para no perderla de vista.

Se quedó quieta, mirando el complemento en sus manos y, por primera vez en toda la semana sintió que empezaba a abandonar ese agujero en el que se había sumido.

Ahora tenía una meta, un destino claro… solo esperaba contar con el valor suficiente para enfrentarse a lo que quiera que la estuviera esperando allí.

CAPÍTULO 15

El trayecto en coche se le hizo más corto de lo que debería. O quizá fuese su mente la que dejó de prestar atención a todo lo que no fuese avanzar. No se fijó en las luces, ni en la gente, ni siquiera en el ruido de la ciudad, todo aquello quedó atrás, ya no era importante.

Tuvo que aparcar a casi una manzana de la dirección que indicaba la tarjeta. La calle estaba vacía, apenas iluminada por unas cuantas farolas, los edificios eran antiguos en esta zona industrial y los bajos no parecían tener vida alguna. No era un lugar en el que fueses a encontrarte un club nocturno o un pub, pero ¿qué sabía ella?

Esta era la dirección de la tarjeta. Miró los números de los edificios y continuó hasta que la vio.

Una puerta negra.

Supo al instante que no era la primera vez que estaba ante ella y ese cosquilleo de anticipación volvió a removerse en su estómago, extendiéndose por toda su piel. Se le aceleró el corazón e incluso se le secó la boca, pero no era miedo lo que sentía… sino excitación.

—Vale, veamos qué hay detrás de la puerta número uno.

Caminó directamente hacia ella, con paso firme, la respiración tan controlada como podía tenerla en ese momento de absoluta tensión. Podía ser valiente, decidida, pero no era tonta… la cautela no estaba sobrevalorada, en especial cuando no sabía a ciencia cierta lo que podrías encontrar del otro lado.

Subió los tres únicos escalones y se plantó frente a esa robusta pared de madera negra.

Se estremeció de la cabeza a los pies, la cautela había dado paso a algo más profundo, a una necesidad imperiosa de tocarla… de cruzar al otro lado.

—Ya he estado aquí. —Era una certeza absoluta. Acarició con los dedos la pequeña plaquita que destacaba en aquel fondo monocromático, dando por buena la dirección—. *Obsidian.*

El bolso que le colgaba de la muñeca se balanceó, llamando su atención. Allí estaba la tarjeta, la que la había traído hasta aquí… por segunda vez. Puede que su mente no recordase la primera, pero su cuerpo sí, cada uno de sus sentidos estaban conectados con este lugar, con una poderosa sensación de *déjà vu*.

Se echó hacia atrás, pero no para retroceder, sino para prepararse para la batalla; una entre su mente y su cuerpo. Alzó la mano, cerró los dedos y se dispuso a llamar, pues no había timbre, aldaba o pomo alguno.

No llegó a tocar siquiera la superficie de la madera. Un clic y la puerta se abrió por sí sola.

Y entonces lo sintió. Un latido, fuerte, seco, procedente de su propio pecho. Una advertencia de que estaba a punto de cruzar el umbral hacia algo… hacia alguien.

Me esperan.

Una certeza como ninguna otra que hizo que su cuerpo se tensase de una forma muy distinta a la que había reaccionado hasta ahora. Esta anticipación era más íntima, más erótica y dejaba tras de sí un rastro de creciente deseo.

Se lamió los labios, tragó saliva y empujó para entrar.

Al instante el aire se volvió más cálido, denso, cargado… Se encontró mirando un breve pasillo, con luz al final, algo demasiado familiar y, sin pensarlo dos veces, dio un paso adentro, cruzando el umbral, internándose en aquella envolvente oscuridad.

Lara sintió al momento el cambio en el ambiente, pero no fue lo único. Como una sábana que se va levantando poco a poco, descubriendo lo que hay debajo, sus nubosos recuerdos fueron volviendo a ella. El aroma a ámbar oscuro, ciruela madura, con ese toque de incienso le acarició la nariz, era sutil, pero estaba muy presente. La música, lejana todavía, como un latido, salía de la segunda puerta, la cual se desdibujaba bajo la luz de la lámpara de la pared…

Uno tras otro sus recuerdos volvieron y, cuando empujó esa segunda puerta, él también regresó a su mente.

El bar, la música, la primera mirada entre ellos.

La tarjeta en su mano. El modo en que él la observaba, la forma en que se movía…

La *Dalia Negra*. La habitación, sus manos, su boca, su voz…

Su nombre.

—Eryx —Dejó que emergiese, liberándose de lo que parecía haberla tenido sumergida en un turbio lago, incapaz de ver u oír lo que había más allá de la superficie.

Se quedó completamente inmóvil. El aire eligió ese momento para desaparecer de sus pulmones, dejándola sin respiración. Su cuerpo necesitó de un momento para ubicarse y procesar todo aquello a fin de recolocar cada pieza en su sitio.

La barra del bar al fondo, las escaleras que llevaban al piso de arriba, las mesas, los camareros, la gente… Ya no eran fragmentos, ni escenas desdibujadas en su mente, eran una realidad palpable que se encontraba ante ella.

Todo había vuelto a ella. Absolutamente todo.

—…Dios.

El susurro escapó de sus labios sin permiso. Estiró el brazo, apoyándose en la pared más cercana, no porque le temblaran las piernas, que vale, sí, quizás un poco, pero era más bien por la intensidad de recordar todo aquello… Por recordar la primera noche que cruzó el umbral del *Obsidian*.

Volvió el calor, el pulso, la tensión… el deseo. Todo al mismo tiempo, todo con más fuerza y presencia que antes, más consciente que la primera vez, porque ahora sabía a lo que se enfrentaba.

Sabía lo que había pasado en este lugar, cada uno de los pasos que había dado, lo que había sentido… lo que había elegido. Y aun sabiéndolo… no quería dar media vuelta, no quería marcharse.

Había vuelto y ahora sabía que lo había hecho por algo.

Levantó la cabeza, lentamente. Sus ojos ya se habían adaptado a la penumbra del lugar, así que se tomó su tiempo para absorber cada detalle, para bañarse en aquel aroma prohibido y elegante y buscarle a él.

—Eryx… —volvió a pronunciar su nombre, con convicción esta vez, sabiendo que pertenecía a un hombre de pelo oscuro, con unos brillantes ojos marrones que a veces refulgían y una máscara adornada con oro.

Un hombre que le debía unas cuantas respuestas.

Y más le valía dárselas.

***

Al mismo tiempo…

El *Obsidian* respiraba, siempre lo hacía. Era como un organismo vivo que se alimentaba de todo lo que ocurría en su interior, marcando el pulso como un diapasón. Y su pulso parecía estar hoy conectado al de él, imponiendo un ritmo algo más caótico que otras veces.

Eryx permanecía apoyado en la barra, la copa intacta entre los dedos, observando sin mirar realmente a nadie en particular. La noche había echado a andar hacía rato, hoy había una afluencia mayor de gente, aunque no muchos se quedaban. Era como una regla no escrita: *«quedarte o irte es tu elección».* Había contado tres deserciones en tan solo una hora, dos de ellos al poco de entrar y el tercero… Nunca había visto a nadie correr tan deprisa hacia la puerta.

Aunque dada la expresión de pura felicidad de Darion, podía imaginarse lo que había pasado. Su amigo a veces hacía de cribador dentro del club, especialmente si veía algo raro en aquellos que entraban. Aquello venía a ser el equivalente de sacar la basura.

Los deseos flotaban en el aire como una corriente suave y constante, podía olerlos y paladearlos como a un vino, pero no sentía atracción alguna hacia ello, si tampoco interés… Y eso estaba mal. Era un demonio, después de todo, y este era su coto de caza.

Sin embargo, la presa que él quería, no estaba hoy aquí.

Deslizó la mirada una vez más hacia el umbral de la sala principal, la puerta que conectaba con el pasillo que daba a la

entrada del *Obsidian*; la puerta negra.

—Esto es ridículo… —murmuró para sí.

Había desarrollado una obsesión absurda, la necesidad de mantener su atención en aquel punto en concreto, conteniendo la respiración a la espera de…

—…de un puto milagro. —Su boca dio voz a sus propios pensamientos.

Había pasado una semana. Solo una. Y, aun así, todo en él seguía… alterado.

Y el hecho de que ella hubiese dejado de frecuentar la cafetería en los últimos días, tampoco había contribuido a disminuir esa maldita ansiedad que le robaba por momentos el temple.

No estaba siendo él mismo. No podía negar lo evidente y menos aún ocultarlo, sobre todo de ellos. Se había empeñado en desoír sus palabras, pero cuando aquello tiraba de él sabía que por más que lo negase, tenían razón.

De algún modo, esa primera noche, habían establecido una conexión y el *Obsidian* le había dado su beneplácito transformando dicha conexión en un vínculo.

Apretó ligeramente los dedos alrededor de la copa.

—No va a volver.

Y quizá eso fuese lo adecuado. Si ella no volvía, la conexión se iría diluyendo y acabaría desapareciendo. Lo contrario no haría más que darle problemas.

—No. No va a volver —se repitió, llevándose la copa a los labios, pero el sabor amargo que encontró en la boca le dijo claramente que se estaba mintiendo a sí mismo.

En el fondo… algo de él le decía que Lara tomaría de nuevo el destino en sus manos y decidiría.

Dejó la copa sobre el posavasos y movió la cabeza y los hombros, en un intento por descontracturarse.

—Esto es…

Calló. Las palabras se perdieron en su boca en el mismo instante en que notó aquel sutil cambio en el aire. Era lo bastante imperceptible para que no se notase o se pasase por alto si no se

estaba buscando algo en concreto, pero él lo percibió incluso antes de que la puerta se abriese de todo.

Se levantó incluso antes de que el sonido llegase a sus oídos, dejando que su cuerpo lo guiase, reaccionando por instinto a cualquier señal invisible. El ambiente se tensó, el flujo de emociones a su alrededor se distorsionó ligeramente, alterando el equilibrio del lugar.

Porque así había sido.

Eryx levantó la cabeza despacio, sin prisa, pero con la absoluta certeza de que ella estaba allí, en el *Obsidian*. Justo delante de la puerta.

—Ha vuelto…

No era un pensamiento, ni tampoco el eco de su deseo hecho realidad, sino una constatación de lo que ya sabía. Sus ojos se desviaron hacia la entrada y entonces… lo notó. El instante preciso en que ella había dado un paso dentro del umbral y su presencia lo ancló de nuevo al *Obsidian*.

No podía verla, pero la sentía, su corazón cambió el ritmo y supo que lo hacía para acompasarse al de ella. Lo sintió. El golpe. Seco, brutal y silencioso. El instante en que el velo del *Obsidian* se levantó y ella recordó lo que había permanecido en el olvido.

Eryx se quedó completamente inmóvil, su cuerpo reaccionando a ese punto exacto en el tiempo y a su significado.

—…mierda.

Lo sabía cómo si cada uno de esos recuerdos estuviese volviendo también a él, aun cuando nunca los había perdido. Cada sensación, cada decisión, cada instante compartido… Lara lo recordaba todo.

Tensó la mandíbula, no por sorpresa, sabía que aquello pasaría si ella regresaba, sino por… expectativa. Ahora que estaba aquí, que lo recordaba… ¿Seguiría adelante o daría media vuelta y se marcharía por dónde había venido?

El aire en torno a él pareció volverse más denso y cargado, prisionero de una clara conciencia, porque ahora ella ya no era la misma mujer que había entrado por primera vez, era mucho más. Lo que decidiese a partir de este momento no sería por

desconocimiento, o por experimentar, sería porque lo deseaba, porque conocía las implicaciones y las reglas. Y eso lo cambiaba todo, absolutamente todo.

Un ligero cosquilleo en su piel lo hizo levantar la cabeza y dirigir la mirada de nuevo a aquella puerta, al umbral definitivo… Y allí estaba ella.

Todo se detuvo. El propio club había dejado de respirar, de sentir, suspendiéndose en el tiempo… Solo existieron esos ojos verdes que atravesaban el lugar hasta encontrarse con los suyos.

No hubo duda, ni distancia, ni siquiera un previo juego de voluntades. No era como la primera vez. Ahora había reconocimiento, intensidad y propósito. Y, sobre todo, dejaba de ser un *«y si…»* para convertirse en una inmediata realidad.

—Has vuelto.

No alzó la voz, no hizo falta. Sabía que a aquella distancia no la escucharía, pero lo leería en sus labios y se daría cuenta que él… nunca la había olvidado.

CAPÍTULO 16

No lo vio de inmediato, pero lo sintió. Podía notar sus ojos sobre ella, como si siempre hubiese sabido que volvería. Lo encontró de pie junto a la barra, inmóvil, esperándola. Sus ojos se encontraron a través del espacio que los separaba y todo lo demás perdió nitidez. El sonido se amortiguó, las voces se diluyeron… y solo quedó él.

Esa máscara, sus ojos… Esa maldita forma de mirarla, sabiendo exactamente lo que iba a hacer incluso antes de que ella lo decidiese. Se estremeció y quiso echarle la culpa al aire acondicionado, pero sabía que no era algo tan mundano, no en este lugar, no con esa mirada clavada en la suya. Era él. Siempre era Eryx.

Él no se movió, no dio un solo paso, no hizo ni un solo gesto, pero había reconocimiento en esa mirada marrón, en la tensión de su postura, en la leve inclinación de su cabeza, la forma en la que sus dedos descansaban sobre la barra… Todo en él gritaba que la había reconocido en el momento en que cruzó la puerta.

Lara no apartó la mirada. Podría haberlo hecho, podría fingir que no le había visto, que necesitaba tiempo para procesarlo todo, para recomponerse después del golpe de recuerdos que acababa de recibir… pero no.

No había venido aquí a eso.

Había venido por él.

Caminó con decisión, lentamente, un pie delante del otro, con sus tacones marcando el ritmo. Cada uno de ellos acortaba la distancia entre ambos con una seguridad que no había tenido la primera noche, pero entonces ella había sido otra… este lugar y ese hombre habían sido desconocidos, peligrosos… ahora ya no.

Ahora sabía exactamente lo que había al otro lado e, incluso con ese conocimiento en su mano, decidió seguir avanzando.

El murmullo del local se fue diluyendo a su alrededor. No desapareció del todo, pero dejó de importar. Las voces, la música, el tintineo de las copas… todo quedó en segundo plano porque él estaba allí. Esperándola.

Se detuvo frente a la barra, no iba a acercarse más, no todavía. Lo observó con calma, sin prisa, permitiéndose recorrerle con la mirada y reconocer de nuevo cada parte de él que volvía a recordar. La máscara, la línea de su mandíbula, la forma en que su cuerpo parecía contener siempre… algo.

Peligro, deseo, control… Él tenía todo eso en sus manos, era dueño de cada una de esas emociones, sabía cómo usarlas, cómo explotarlas y aun así…

—No creíste que volvería —le dijo. No era una pregunta, ni siquiera un saludo, sino una afirmación.

Eryx no respondió de inmediato. La miró, sin apartar los ojos de los suyos, calibrándola.

—No sabía qué ibas a hacer —contestó al fin.

Lara ladeó ligeramente la cabeza.

—Mientes. —Dejó que su respuesta se asentase entre ellos antes de añadir—. Lo sabías perfectamente. —Dio un paso adelante, esta vez sí quería invadir su espacio como él había invadido el suyo tantas veces aquella noche—. Sabías que volvería en cuanto recordase… esto. —Hizo un gesto con la mano, señalando el local.

El aire entre ellos se espesó, pero él no retrocedió, aunque tampoco hizo ademán de acercarse a ella.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó él, bajando ligeramente la voz.

—¿Por qué no? —No vaciló en su respuesta.

No dijo nada, tan solo se quedó allí, mirándola y eso fue suficiente para que le dijese:

—Lo recuerdo todo, Eryx.

Y al pronunciarlo en voz alta se dio cuenta de que nunca habían sido solo recuerdos, era una certeza, la memoria viva de su

cuerpo, que se había negado a abandonarla aun cuando su mente se había cortocircuitado de alguna manera.

—La habitación —continuó sin flaquear—. La *Dalia Negra*. —Su voz bajó tan solo un poco antes de añadir—: Tus manos, tu voz… —Hizo una pausa, remarcando cada palabra que salía de su boca, dejando claro que sentía cada una de las cosas que decía, que no había venido aquí a fingir—. La forma en la que me mirabas, como si supieses exactamente lo que iba a hacer incluso antes de que yo lo decidiera.

Lo vio tensar la mandíbula, el cambio en su respiración, fue tan solo una leve reacción, pero suficiente para saber que la estaba escuchando y que lo afectaba.

Lara esbozó una pequeña sonrisa, ni amable, ni inocente, solo conocedora.

—¿Quieres sabes por qué he vuelto? No lo he hecho por curiosidad, esa quedó satisfecha mi primera noche aquí —afirmó, dejándoselo muy claro—. He vuelto a por respuestas.

Él la miró durante un largo instante, en silencio, entonces:

—¿Respuestas?

—Sí. —Se enderezó un poco, pero no retrocedió—. Quiero saber qué es exactamente este lugar y, sobre todo, qué me hiciste para que haya pasado la semana más jodida de toda mi vida intentando recuperar los recuerdos de una noche que hasta hace un rato era incapaz de recordar.

Eryx dejó escapar el aire despacio.

—No te hice nada que no deseases…

Sus mejillas se encendieron ante su clara respuesta, pero no se dejó embaucar.

—Sabes bien que no me refiero a eso.

—No tengo otra respuesta que darte.

Y una mierda que no.

—Una persona no olvida sus recuerdos así como así, no olvida una jodida noche, así que dime que has hecho. Y por qué demonios me elegiste a mí.

Eryx le sostuvo la mirada sin responder y, por primera vez desde que había entrado, tuvo verdaderas ganas de estrangularlo.

—No vas a responderme, ¿verdad?

Cuando pensó que seguiría callado, lo sintió más que vio resoplar, como si le molestase la sola pregunta.

—Esa noche no fui yo quien eligió, Lara —le dijo con ese tono calmado que empezaba a sacarla de quicio—. Fuiste tú la que lo hizo. Y me elegiste a mí.

Abrió la boca para rebatir eso, pero él la calló antes de que pudiese decir una sola palabra.

—Si quieres más respuestas, tendrás que quedarte para obtenerlas —le dijo, mirándola de esa forma lenta y premeditada que le erizaba la piel.

¿Así que este iba a ser el juego a partir de ahora?

—Pues, perfecto —se subió al taburete libre y cruzó las piernas —. Porque ya estoy aquí y no tengo la más mínima intención de marcharme.

Con eso se volvió hacia la barra, levantó la mano y pidió una bebida al camarero, que no tardó en servírsela con una sonrisa.

***

No podía decir que le sorprendiese su tozudez, había visto muestras de ella la noche anterior. La miró mientras le daba el primer sorbo a su bebida. Ya no era la misma que había entrado aquí la semana pasada, hoy se la veía más segura, más entera y eso despertó también su curiosidad.

Casi había esperado que le abofeteara. De hecho, hubo un breve instante en que pensó que lo haría por negarle las respuestas que había venido buscando, pero ¿cómo dárselas sin exponerse realmente? ¿Sin exponer lo que era el club? Era demasiado arriesgado y ese tipo de confesiones nunca salían bien.

Si fuese una mujer sensata, le habría dado esa bofetada y se habría marchado. O mejor aún, ni siquiera habría venido, pero la había visto luchar esos primeros días con aquella particular amnesia y, quisiera admitirlo o no, sabía que solo era cuestión de tiempo.

La recorrió con la mirada. Le había preocupado no verla por la cafetería esos últimos días, pero parecía encontrarse bien, lo bastante como para coger el coche y conducir hasta aquí.

¿Cómo era posible? ¿Qué la había traído de regreso? ¿De verdad se había establecido un vínculo entre ellos?

¿Qué has hecho, Obsidian?

Dejó escapar un profundo suspiro.

No había vuelta atrás. No iba a marcharse y, una parte de él, deseaba que no lo hiciese. Quería esta segunda noche con ella, quería conocerla un poco más, seguir explorando con ella esa extraña conexión y, quería sus deseos.

Se lamió los labios de forma automática, saboreándolos ya.

Ella era una droga. Su suave perfume cítrico con ese toque a madera cálida era como un imán, lo atraía sin remedio y no podía resistirse; no quería hacerlo. Pero ceder significaba arriesgarse a darle las respuestas que pedía, a contestar incluso a más preguntas y la gente no venía al *Obsidian* a charlar.

—Este no es un lugar que pueda explicarse con palabras —Habló finalmente. No iba a pasarse toda la noche esquivando sus preguntas y dejarla aquí sola, tampoco estaba en sus planes. Nadie tocaría a esta mujer salvo él.

Encontró de nuevo su mirada.

—¿Quieres intentarlo con mímica o con dibujitos?

Ahí estaba, ese sarcasmo defensivo. La pequeña escritora estaba sacando las uñas, mostrándose un poco más como ella misma.

—Así sería más fácil que lo comprendiese, ¿no?

Su tono hizo que una sonrisa tironease de la comisura de sus labios.

Abandonó su pose en la barra y se acercó a ella, reduciendo la distancia al mínimo.

—No has venido tan solo buscando respuestas —le aseguró. Ella no quería solo eso, quería más de lo que había probado—. Has venido a confirmar algo.

—¿El qué? —Lo encaró, girándose tan solo un poco en el taburete. Sus piernas cruzadas se interponían entre ambos.

No le respondió de inmediato, dejó que los segundos pasasen y se tomó ese tiempo para estudiarla. Midió el ritmo de su respiración, la tensión en sus hombros, la manera en la que le sostenía la mirada sin ceder… y, sobre todo, esa chispa que reconocía perfectamente… *El deseo.*

—Si puedes volver a sentir lo de aquella noche —contestó directo, sin adornos, leyéndola como un libro abierto. Su expresión le dio la respuesta. No había sorpresa, tampoco negación, tan solo una suave conciencia de sí misma.

—Es posible —admitió ella, pero no dudó en añadir—. Pero también quiero respuestas. Las necesito.

—No puedes tener ambas cosas —sentenció él, más firme esta vez.

Era demasiado riesgo, incluso si, una vez más, en cuanto abandonase el local, su mente envolviese en neblina también esta noche y lo que pasase entre estas cuatro paredes.

—¿Vas a hacerme elegir entre obtener respuestas o ponerte de rodillas? —replicó ella, bajando muy lentamente su tono de voz—. No creo que me costase mucho… la segunda parte.

El leve desafío en su voz sonaba demasiado bien en sus oídos. Era un punto de arrogancia y rebeldía nuevo en ella. La primera noche en el club le había sentado bien, pues parecía haberla liberado de sus ataduras.

El murmullo del local volvió a colarse entre ellos, como si quisiera recordarles dónde estaban y lo que implicaba este lugar. Esto no era su cafetería, ni la calle, el *Obsidian* tenía ciertas normas y él las había seguido siempre, no podía dar marcha atrás ahora o limitarse a romperlas.

—Las promesas hay que cumplirlas, Lara, o terminan convirtiéndose en humo —le dijo, inclinándose un poco más sobre ella, oliendo ahora el licor del cóctel en su boca—. Y te harán falta algo más que palabras para ponerme de rodillas.

—¿Porque no puedes darme tan solo las respuestas que busco y…?

—Hay normas, las respuestas que buscas, las vulneran.

Ella hizo un mohín que le pareció de lo más sexy, aunque mostraba una clara irritación.

—¿Y tú eres de los que sigue las normas al pie de la letra?

—Solo cuando son lo bastante importantes como para que no hacerlo me dé más problemas que beneficios.

—Eres exasperante, Eryx —rezongó ella.

—Lo sé.

Bufó una vez más, pero no insistió, lo cual era toda una novedad.

—Solo intento entender… qué hago aquí —admitió por lo bajo, tanto para él como para sí misma—. No busco crearte problemas…

Oh, pero es que ella ya lo era. Y el más grande de todos.

—Estás aquí porque el *Obsidian* es el lugar donde se dan cumplimiento a los deseos ocultos —le dijo, dándole una de las pocas respuestas que sí podía ofrecerle—. Y sé que no quieres causarme problemas, pequeña, pero créeme… lo hiciste desde el primer día en que cruzaste esa puerta.

—¿Ahora soy una persona problemática? —resopló—. Estupendo. Sigamos subiendo la apuesta.

—Eres *mi* problema —confirmó, rozándole la cara con los dedos al apartarle un mechón de pelo—. Uno del que me haré cargo otra vez… si sigues queriendo quedarte.

—Quiero quedarme, pero no sé si me atrae la idea de ser *tu problema*.

—Supongo que solo hay una manera de descubrirlo —admitió. Eryx era consciente de que lo que estaba a punto de decir lo cambiaría todo. Ya no habría vuelta atrás, pero ¿acaso podía hacer otra cosa?—. Dime, Lara. Ahora que recuerdas lo que ocurre entre estas cuatro paredes, ¿te atreverás de nuevo a entrar en el juego?

La decisión estaba de nuevo en sus manos, pero esta vez, al contrario que la primera noche en que se vieron las caras en el club, ella sabía perfectamente lo que implicaba esa pregunta.

CAPÍTULO 17

Lara se lo quedó mirando en silencio, tomándose un momento antes de darle una respuesta. Su cercanía la afectaba, era muy consciente de ello. Su cuerpo reaccionaba a su cercanía, a su perfume, incluso a esa mirada intensa que destacaba en las aperturas de la máscara. Bajó los ojos sobre sus labios sin casi darse cuenta, recordando vívidamente cómo se sentían sobre ella, a qué sabía su boca.

¿Se atrevía a repetir lo de esa noche?

Bajó lentamente la mirada, no en un gesto sumiso, sino deliberado. Recorrió la línea de su pecho, la apertura de su camisa, la forma en que su cuerpo parecía contenido bajo ese control casi irreal. Hoy seguía vistiendo de negro, pero ya no tan formal como hacía una semana. La camisa negra sin chaleco ni corbata, remangada, dejando ver sus poderosos antebrazos. No llevaba chaqueta, como si el ambiente hoy fuese demasiado caluroso para él. Los pantalones seguían quedándole como un guante, le daban ese toque elegante, clásico y también sexy. Hoy, sin embargo, lo que le llamó la atención fue el cinturón. Era de piel, negro, liso, sin ningún adorno… salvo la hebilla. Era delicada, no demasiado grande, pero poseía un color rojo vino de lo más curioso.

Levantó la cabeza y volvió a mirarle, con la respuesta a su pregunta acariciándole ya la lengua, sabiendo que lo que saliese de sus labios marcaría el comienzo de todo.

—Sí —respondió con rotundidad, observando esos ojos, su particular color marrón que brillaba bajo las luces del local, buscando en ellos algo, cualquier cosa que le dijese que estaba haciendo lo correcto. Porque no se trataba solo de lo que ella quisiera, también necesitaba que él lo desease. Se lamió los labios, despacio y concluyó con premeditada suavidad—. Me atrevo. —La

respuesta cayó entre ellos con un peso claro, firme y completamente consciente, pero no se detuvo ahí, todavía no. Ladeó la cabeza observándolo con una mezcla de curiosidad y confianza femenina—. Pero esta vez… no te lo pondré tan fácil.

La sonrisa que curvó la boca masculina era sensual, pero también predadora y le produjo un cosquilleo de instantáneo deseo. El corazón se le aceleró. Su cercanía tenía ese efecto en ella, le costaba no dejarse llevar y ceder el control, pues era un obvio maestro en ello, pero por un momento, aquí y ahora, quería que él sintiese lo que había sentido ella… La inevitabilidad de esta extraña atracción que la empujaba hacia Eryx, quería que él sintiese lo mismo.

—Así que vas a darme una noche de lo más interesante, ¿eh? —le dijo, recorriéndola con la mirada.

—Pondré todo mi empeño en que así sea —corroboró ella.

Desde luego, si se parecía un poco a la primera que había pasado con él, no iban a aburrirse lo más mínimo.

—*Así que era verdad…*

Una inesperada voz llegó desde un lateral, elevándose entre el murmullo del local y atrayendo de inmediato su atención. No la reconoció, pero no hacía falta, había algo en su tono que hacía que quisieras volver la cabeza para ver de qué se trataba. Lara notó el cambio en el ambiente, fue como si de repente algo denso y oscuro cayera sobre ella, no del todo desagradable, pero sí incómodo debido a su intensidad.

—Que interesante.

Dos hombres, con máscaras muy similares a las de Eryx, casi diría que eran la misma, solo que con diferente color, avanzaban hacia ellos moviéndose con la seguridad de quien se sabe cazador y no la presa. Esos dos pares de ojos, marrones también, se clavaron en Eryx y luego en ella.

Dado su obvio escrutinio, no se molestó en disimular al devolvérselo.

El primero, el que había hablado, tenía una sonrisa fácil, de esas que no sabías decir si eran amables… o peligrosas. Su mirada, de un tono marrón mucho más oscuro que el de su acompañante,

era viva, curiosa, casi divertida. El segundo tipo, sin embargo, era muy distinto, sus ojos eran tan oscuros que casi parecían negros, aunque la luz del local les daba ese toque del café. Se lo veía más contenido, más silencioso, pero no por ello menos intenso. Ambos vestían con la misma formalidad que lo había hecho Eryx la noche en que lo conoció y, al igual que él, esos dos encajaban demasiado bien en este lugar.

—No sabía si aparecería —continuó el primero, deteniéndose a una distancia prudente—. Pero, oye, me alegra equivocarme.

Lara enarcó una ceja, levantando la barbilla sutilmente. No era necesario que sumase dos y dos, el breve vistazo que le dio y su tono, dejaban claro que estaban hablando de ella… Y lo hacían como si no estuviese delante.

Menudo imbécil.

—¿Siempre o solo hoy? —respondió ella en voz alta, atrayendo la atención de los dos tipos, así como la de Eryx.

Ese no la interrumpió, se limitó a elevar de manera casi imperceptible la comisura de sus labios, mientras que los dos desconocidos posaban sus ojos en ella con renovado interés.

—Y también tiene voz propia —murmuró el de la sonrisa ladeada.

—Nunca dije que no la tuviera —respondió Eryx entonces y su tono cambió por completo, volviéndose más frío, más… suyo.

Volvió la mirada hacia él, captando el matiz al instante. No era el mismo hombre que le había hablado hacía unos segundos… O puede que sí, solo que sin filtros.

—Lara —añadió él, posando los ojos ahora sobre ella al tiempo que pronunciaba dos nombres, presumiblemente los de los recién llegados—. Kae y Darion.

No fue la más extensa de las presentaciones, ni la más amable, de hecho parecía estar nombrando las piezas de un tablero de ajedrez.

Kae, el que había hablado hasta ahora, inclinó ligeramente la cabeza.

—Encantado —dijo, aunque su sonrisa decía otra cosa—. Hemos oído… cosas.

Darion no sonrió, ni siquiera se movió, se limitó a observarla, evaluándola, cosa que no le hizo precisamente demasiada gracia. De hecho, la estremeció. Esforzándose por no parecer afectada por su presencia, cruzó lentamente los brazos, apoyando ligeramente la cadera contra la barra.

—Buenas, espero —respondió sin adornos.

Kae soltó una risa baja.

—Depende de a quién le preguntes.

—Pues si esperas una fuente de lo más fiable, entonces mejor pregúntame directamente a mí —replicó, con una encantadora sonrisa que pareció pillarlo por completo fuera de juego.

Eryx se movió entonces, despacio, de forma casual, colocándose ligeramente delante de ella. Si no hubiese estado atenta, posiblemente lo hubiese pasado por alto, pero era difícil cuando todo en ese hombre marcaba claramente su territorio.

Se estremeció y no precisamente de aprensión o frío.

—Eso no será necesario, ambos se iban ya —respondió con calma, manteniendo la mirada sobre sus amigos—. ¿Verdad?

Kae alzó las manos en un gesto inocente.

—*Ey*, tranquilo. Solo observamos.

—Ya lo habéis hecho —cortó Eryx sin levantar siquiera la voz, pero con una firmeza que no dejaba espacio a réplica.

Darion fue el primero en apartar la mirada.

—Entonces no interrumpiremos más —dijo, su voz gruesa y espesa como el chocolate caliente, pero no se movió de inmediato. Volvió a posar los ojos sobre ella una vez más, pareciendo confirmar algo, antes de posarlos a continuación sobre Eryx—. Ten cuidado.

Aquella no era una advertencia vacía.

Kae chasqueó la lengua, aun divertido.

—Esto se está poniendo de lo más interesante —murmuró, antes de girarse—. Que disfrutéis de la velada.

Solo entonces, tocó la espalda del otro hombre y ambos se alejaron, sin prisa, como si pensasen que su amigo podía necesitar que lo protegieran… de ella.

Qué ridiculez.

El murmullo del local se coló poco a poco en sus oídos. La presencia de esos dos parecía haberlo enmudecido momentáneamente. Acababa de pasar algo, lo sabía, pero no estaba segura de qué.

—Tus amigos son… intensos —mencionó, dedicándole una mirada soslayada—, de una manera muy rara.

Él no respondió al instante, se limitó a contemplarla igual que antes, solo que había algo más, pero no conseguía definirlo.

—Ellos no son el problema —le respondió por fin y la manera en la que dijo aquello despertó su curiosidad y dio alas también a su indignación.

—Si vas a decirme de nuevo que el problema soy yo, el que no va a acabar bien esta noche eres tú, Eryx.

Resopló, interrumpiéndola.

—No te diré lo que ya sabes —añadió, inclinándose hacia ella —. No, hoy no eres tú el problema, Lara. Lo soy yo.

Se lo quedó mirando, intrigada por la manera en que había dicho aquello.

—Bueno, entonces nos vamos a llevar la mar de bien —Su respuesta fue automática—. Problema más problema, el doble de diversión, ¿no?

Vale. Puede que se estuviese viniendo un poquito arriba, pero cuando vio que su mirada se suavizaba y los labios volvían a curvarse en una conocida sonrisa, se sintió algo más ligera.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó en voz baja—. ¿Divertirte?

Lara se inclinó hacia él y, mirándole a los ojos admitió cuál era su deseo ahora mismo.

—Solo si es contigo.

Dejó escapar un suspiro, le sostuvo la mirada durante unos instantes más y, entonces le tendió la mano.

—Vas a acabar conmigo.

Miró la mano ahora extendida ante ella y supo que si la aceptaba, si le entregaba la suya ya no habría marcha atrás. Pero esta vez, cuando posó la mano en la de él, no tenía dudas al respecto.

—Intentaré hacerlo… suavemente.

CAPÍTULO 18

Eryx sintió el instante exacto en el que sus dedos se cerraron sobre los de ella. No se trataba del contacto físico, sino lo que este implicaba. La primera vez lo había seguido escaleras arriba, sin saber realmente a dónde la llevaba o cómo iba a continuar esa noche, pero hoy le acompañaba por propia voluntad, sabiendo cuál sería su destino.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

El ligero asentimiento de cabeza que recibió fue suficiente confirmación. No necesitó tirar de ella, Lara avanzó por sí misma, dando el primer paso, mostrándose completamente voluntaria en sus decisiones.

Al igual que entonces cruzaron la sala principal, encaminándose hacia las escaleras que conducían al piso superior, al área privada del club. No vaciló ni siquiera cuando subió el primer peldaño, esta noche ella era la que estaba segura y él quien dudaba. Vaya una combinación.

A sabiendas de que habría sido mejor si ella no hubiese venido, no podía evitar sentirse bien con su presencia y, sobre todo, que lo hubiese vuelto a escoger.

Dejar atrás la música, las conversaciones en voz baja y el sonido de los vasos en el bar y entraron en su propio mundo, uno que los esperaba detrás de una única puerta; la *Dalia Negra*.

—Esta noche será un poco diferente a la última —le informó, deteniéndose con ella delante de la suite—. Dijiste que querías respuestas, que querías entender lo que es el *Obsidian*. Bien, te propondré un juego. Si aceptas, tendrás respuestas, si no… —Gesticuló hacia el lado del pasillo por el que habían venido—. Podrás marcharte si así lo deseas…

—Ya te dije que deseo quedarme —replicó ella, entrecerrando esos ojos verdes sobre él—. No vine hasta aquí para que me trates de forma paternalista…

Eryx dejó escapar una carcajada ante su elección de palabras.

—El infierno no lo permita —resopló y sacudió la cabeza—. Seguirás pudiendo elegir, pero esta noche, las reglas serán algo distintas.

—¿Cómo de distintas? —Ahí estaba, la curiosidad una vez más teñida con una pizca de recelo. No era estúpida, sabía bien cuando tenía que dudar.

—*Truco o trato* —le informó y ella se lo quedó mirando como si esperase que fuese a echarse a reír o algo—. Solo que… de una forma más… del *Obsidian*.

Sus ojos se abrieron con un ligero interés.

—De acuerdo, explícame entonces las normas —concedió y, tanto en su voz, aunque intentó disimularlo, como en sus ojos, apareció ya ese toque de anticipación.

—Si eliges «*Truco»,* te enfrentarás a una prueba. Si la superas, podrás hacerme una pregunta. Tendrás un máximo de tres. Y responderé a cada una de ellas con la verdad.

—¿Solo tres?

—Tres preguntas y tres momentos cuidadosamente seleccionados —concretó el juego de esa noche—. Por cada momento que superes, podrás hacer una pregunta.

—¿Cualquier pregunta?

—Cualquier pregunta —corroboró.

—¿Y las pruebas? —Se interesó, mirando hacia las otras puertas—. ¿De qué estamos hablando exactamente?

—Eso lo sabrás cuando elijas *«Truco».* —declaró, dejando el contenido en suspense—. Recuerda que aquí todo gira en torno a tus deseos…

—¿Y si… fallo dichas pruebas?

—Por cada prueba que… no superes, perderás la posibilidad de hacer una pregunta.

—¿Y si elijo *Trato*?

Su sonrisa empezó a hacerse más afilada.

—Si eliges *«Trato»* me cederás todo el control. Yo seré quien decida, quien marque el ritmo, quien diga cómo y cuándo —enumeró con cuidado, dejando las bases bien establecidas—. Sin preguntas, sin explicaciones… y sin prólogos.

—Así que, si elijo *«Truco»* habrá una prueba y una posible pregunta —replicó ella, sus ojos verdes lo recorrieron lentamente, de la cabeza a los pies—. Y si elijo *«Trato»*, tiene toda la pinta de que serás tú quién vaya a pasárselo, pero que muy bien…

—Este juego es para ti, así que puedo prometerte que tú también te lo pasarás igual de bien —le aseguró, pues sus deseos siempre iban a ser prioritarios para él—. Pero, si en algún momento decides abandonar el juego, solo tienes que decirlo y te acompañaré de vuelta a la puerta negra.

Vio como separaba un poco los labios lista para replicar, pero se contuvo en el último momento. Estaba interesada en lo que le había propuesto, pero sabía que hasta que el juego diese comienzo, no estaría completamente segura de en qué se había metido.

Debía darle una nueva oportunidad para retractarse, tantas como fuese posible… Aunque disfrutase de su presencia, sería mucho más seguro para ambos que ella se marchase ahora, que olvidase todo, pero… sabía que no lo haría.

Lara no se rendiría sin luchar.

—Puedes plantarte ahora mismo y retirarte —le dijo, recordándole que siempre tendría una salida—. Pero si cruzas esa puerta conmigo… no será como la primera vez. —Quiso dejar aquello claro, que entendiese que esta noche las reglas eran otras, porque ella también era otra—. O puedes aceptar y arriesgarte a ver lo que te depara el *Obsidian*.

Dio un par de pasos atrás y resbaló la mano sobre la superficie de la puerta, acariciando la placa con el nombre de la *Dalia Negra.*

—¿Qué eliges, Lara? —Su nombre rodó en su lengua igual que si fuese miel—. ¿Aceptas o terminamos aquí y ahora esta noche?

Vio su respuesta en los ojos incluso antes de que diese un paso hacia él y colocase la mano sobre la suya en la puerta.

—Confié en ti la primera noche y no me equivoqué —lo sorprendió tanto con sus palabras como con la determinación que

escuchó en ellas—. Así que… Hoy volveré a confiar. Juguemos a *Truco o Trato*.

Algo se revolvió en su interior, una parte de sí mismo que hacía tiempo había dejado de escuchar cosas como *«confío en ti»* referidas a él. Ella no tenía la menor idea de lo que acababa de hacer pronunciando esas palabras, pero él sí y cuanto más pensaba en ello, más sentía que su problema ya no tenía solución.

—Muy bien —respondió, bajando la mirada sobre ella—. Qué va a ser entonces, *¿truco o trato?*

No pudo evitar seguir la mirada de esa pequeña lengua rosada cuando emergió entre sus labios y acarició la curva del inferior.

—Creo que es hora de obtener algunas respuestas, así que… Elijo *truco.*

No podía decir que le sorprendiese. Ella había venido buscando respuestas y, de un modo u otro, esta noche iba a conseguir algunas.

Asintió con la cabeza, aceptando su elección y movió la mano hacia la cerradura. En cuanto esta lo reconoció, se oyó el clic que la desbloqueaba. Empujó la puerta, haciendo que las tenues luces se encendiesen, y se hizo a un lado para permitirle pasar—. Bienvenida una noche más a la *Dalia Negra*.

Lara le dedicó una última mirada cargada de intención, entonces, sin pensárselo dos veces, cruzó el umbral, no dejándole más opción que seguirla.

El juego de esa noche acababa de dar comienzo.

CAPÍTULO 19

El aroma era el mismo, pero el lugar había cambiado de tal forma que parecía otra habitación. Era como si la hubiesen redecorado. El cuadro con la *Dalia Negra* seguía en la pared, pero donde la última vez había un sofá, ahora había un enorme diván, el minibar había sido sustituido por un mueble bar completo, donde cualquiera podría hacerse un cóctel, a juzgar por la cantidad de cosas que allí había. Las cortinas que habían cubierto las ventanas ahora habían sido sustituidas por unos vinilos esmerilados que cubrían los cristales y bajo estas había un banco alargado.

El suelo también estaba ahora cubierto por una preciosa alfombra y en una de las esquinas, la opuesta al mueble bar, había una especie de zona con un montón de cojines de todos los tamaños y una especie de dosel colgando del techo.

—No parece la misma habitación.

—La *Dalia* a veces tiene sus propias ideas sobre decoración y… otras cosas —mencionó Eryx, de pie en medio de la sala. La puerta se había cerrado tras él, dejándolos a ambos encerrados en esta íntima habitación.

—Que tiene sus propias ideas…

Ni que el dormitorio decidiese cómo se vestía hoy.

Esos ojos marrones se clavaron en ella a través de la máscara, sus labios se estiraron y se limitó a encogerse de hombros.

—Es una forma de hablar —le dijo señalando el enorme cuadro de la pared con un gesto de la barbilla—. A saber qué habrá hecho ahí dentro.

La curiosidad estaba empezando a convertirse en su peor enemiga, pensó al dirigirse hacia la puerta secreta para abrirla. Solo

necesitó un instante para quedarse sin respiración… y, finalmente, dar un paso al interior.

El dormitorio parecía sacado de las mil y una noches. Lo que había sido una cama enorme y cómoda, ahora era una especie de tarima en el suelo, situada en medio de la habitación. El aroma del incienso era algo más picante aquí, pero le gustaba. Había lámparas con luz tenue que creaban un ambiente de lo más agradable, cojines repartidos por toda la habitación y un par de mesitas bajas con algunos aperitivos. En cada una de las paredes, además, había colocados unos espejos arabescos, no muy grandes, que ofrecían un atisbo del dormitorio desde cada ángulo.

—Interesante distribución. —Lo escuchó a su espalda. Su cercanía la estremeció, pero no se apartó. Había echado de menos sin saberlo aquel calor, la sensación de su enorme cuerpo cerca del suyo, rozándose contra ella.

Lara levantó la cabeza y observó que también repasaba la habitación con bastante detenimiento.

—Parece que incluso se han acordado de dejarnos algo para picotear —mencionó, moviéndose a su alrededor para acercarse a una de las mesas bajas y coger un dátil. Pero, en vez de comérselo, se lo ofreció a ella—. Prueba.

Miró sus dedos, en torno a la fruta, y abrió la boca cuando se lo acercó. Mordió la tierna carne y el sabor del fruto le acarició la lengua.

—Muy dulce… —mencionó, disfrutando del trocito, mientras lo veía llevar esos mismos dedos que la habían alimentado a la boca para comerse el trozo que ella había dejado.

Había algo sumamente erótico en sus gestos, en cómo se movía su nuez de Adán mientras tragaba. Se acaloró al instante, pasándose la mano por la nuca para separarse el pelo que de repente le molestaba. Ese hombre era un afrodisíaco embotellado para ella. Un solo movimiento y su fragancia lo inundaba todo, despertando su deseo.

Como si supiera que lo estaba mirando, Eryx ladeó ligeramente la cabeza y sus ojos se encontraron. Las comisuras de sus labios

empezaron a estirarse poco a poco y, cuando se volvió por completo hacia ella, ya había en ellos una perezosa y sexy sonrisa.

—Ven. —La llamó con el dedo índice. Un gesto sutil, pero que tiró de ella igual que si hubiese una cuerda que la uniese a ese dedo. Se detuvo ante él. La mano que la había llamado, se enterró en su pelo y, sus ojos cayeron sobre su boca—. Elegiste *«Truco»* —murmuró, acariciándole suavemente la zona posterior del cuello con el pulgar—, así que, esta será tu prueba…

Le tiró de la cabeza hacia atrás, lentamente, sin brusquedad, bajó sus labios sobre su boca, pero no la besó, los esquivó en el último instante y le succionó la piel de la garganta. La dejó temblando. Su cuerpo reaccionó como si le hubiesen prendido fuego. Se le endurecieron los pezones, notó los pechos pesados y su sexo se humedeció sin necesidad de mayores estímulos.

—El *Obsidian* te mostrará algo que deseas, aun cuando ni tú misma sabes que lo deseas… —Su voz era ronca, baja, una caricia de terciopelo que la estremeció de la cabeza a los pies—. En eso consisten los trucos… —Le sopló ahora al oído—. Y tu tarea… es disfrutar de ellos, entregarte al placer que te muestren… —Sus labios encontraron el lóbulo de su oreja, también lo hicieron sus dientes, un pequeño tirón y un tembloroso gemido abandonó su garganta—. O rechazarlo, en cuyo caso se acabaría ese juego y pasaríamos a la siguiente elección… Aunque habrás perdido una de tus tres preguntas.

—No puedo creer que hubiese olvidado algo como esto… —murmuró más para sí misma que para él. Aunque, siendo sincera consigo misma, su cuerpo no había olvidado nada de aquello, había sido su mente la que lo hizo.

—No lo olvidaste… no del todo, o no estarías aquí —murmuró él, apartándose de ella un solo instante, pero fue suficiente para que sintiese su lejanía como una pérdida.

—Eryx…

—No, nunca lo olvidaste del todo —añadió él y, allí estaba frente a ella, cogiéndole el rostro entre las manos y tomando su boca como había deseado que hiciese desde el primer instante en que se vieron otra vez.

Gimió en sus labios cuando sus lenguas se tocaron, envolviéndose como si se hubiesen echado de menos. Y su sabor, oscuro y dulce por el dátil, era incluso más delicioso de lo que recordaba.

El beso fue profundo, intenso, pero también breve. Se apartó de ella demasiado pronto, tanto que acabó tambaleándose sobre sus propios tacones.

—Piensa bien en la pregunta que deseas que responsa —le dijo, su expresión, matizada por la máscara, era la de un hombre al borde de algo… Puede que del deseo o de la desesperación, cualquiera de ellas encajaría bien con él—. Si pasas tu prueba… la responderé.

Se lamió los labios que todavía le hormigueaban por su beso e hizo la única pregunta que podía.

—¿Y cuál es la prueba?

Se giró hacia el rincón de sedas y cojines, avanzó hacia el lugar y volvió a llamarla con el dedo. Esta vez en silencio y, una vez más ella caminó hasta él.

Eryx no la tocó, no físicamente al menos, pero sus ojos la desnudaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Al otro lado de esta pared está la *Orquidea Púrpura* —le informó, haciendo a un lado las cortinas y revelando un espejo arabesco similar a los cuatro que había visto como parte de la decoración. Este era cuadrado, del tamaño de un cuadro pequeño y parecía estar incrustado y no colgado, como si hubiesen hecho el hueco expresamente para él—. Y esta es una pequeña ventana a su interior…

Sus palabras tardaron un poco más de la cuenta en filtrarse en su mente, pero cuando lo hicieron abrió los ojos como platos y dio un paso atrás de manera automática.

—Espera, me estás diciendo que esto… —señaló el espejo—, ¿es como una mirilla oculta?

—Algo así… —respondió, volviendo la vista hacia el objeto—, pero mucho más interesante.

—Tiene que ser una broma… —jadeó, mirando de nuevo el espejo, aunque tenía que reconocer que le causaba más curiosidad

que repulsa.

—No lo es —ladeó la cabeza y la miró—. Es tu primera prueba de nuestro juego…

Se movió a su alrededor, entrelazando las telas en torno a ellos. Un momento después ambos estaban encerrados en una especie de capullo de seda negra. La lámpara sobre una de esas mesillas impedía que el ambiente fuese completamente oscuro y sofocante, y sí en cambio mucho más íntimo.

Los ojos marrones de Eryx cayeron sobre ella con intención y Lara acabó atrapada en ellos durante todo el tiempo que los mantuvo allí.

—Hay algo muy erótico en lo prohibido, ¿no crees? —le dijo él, su voz parecía incluso más ronca y sensual dentro de ese improvisado capullo—. En… ver cosas que no deberías estar observando, que no tienes permiso para observar… y, que sin embargo, se presentan por sí solas…

El hombre al otro lado de la ventana, aquella noche en la calle le vino a la mente y no pudo evitar que su cuerpo se estremeciese de placer al recordarlo.

¡Dios mío! ¡Cómo he podido olvidarme de aquello!

Había sido uno de los momentos más eróticos de su vida y también de los más vergonzosos, pero no por ello se arrepentía de haberlo vivido.

Tragó con dificultad. De repente empezaba a hacer demasiado calor allí dentro.

—Este es uno de los deseos que el *Obsidian* quiere hacer realidad para ti… —le dijo, moviéndose con lentitud. Tomó su mano, tan solo los dedos y la hizo avanzar hacia aquel pedazo de pared—. Puedes… disfrutarlo… o puedes abandonar la prueba… Es tu decisión.

Dicho eso, la rodeó, situándose ahora detrás de ella, apartándole el pelo del cuello para besarla justo dónde le latía el pulso.

—Si me necesitas en algún momento, solo tienes que pronunciar mi nombre —le dijo. Un segundo después, su calor la abandonó y las telas se movieron tras de sí.

Al mismo tiempo, el espejo dejó de mostrarle su gesto de incredulidad. Como si alguien hubiese abierto una portezuela desde el otro lado, se encontró no solo con una visión parcial de otra habitación muy distinta a esta, sino con una pareja totalmente entregada al placer.

Se quedó pasmada durante un segundo. Tanto que tardó en darse cuenta de que la película porno en vivo que estaba viendo, contaba también con sonido.

—No me jodas… —jadeó, llevándose las manos a la boca mientras abría los ojos como platos.

La situación era tan bizarra que su cerebro tardó en procesar lo que veía. Y ya no era solo el hecho de que estuviese viendo follar a dos desconocidos, sino que el hombre que se hundía con premeditada lentitud entre las piernas de una mujer pelirroja, no le era del todo ajeno.

Sintió que se le encendían las mejillas. Lo recordaba. Era uno de los dos hombres que había visto junto a la barra del bar, el que había hablado.

¿Cuál era su nombre? Kae.

Mierda. Una cosa era ver una peli porno, pero otra conocer a uno de los *«actores».*

—Esto tiene que ser una broma… —gimió para sí. Con todo, era incapaz de apartar la mirada, como si esa erótica escena la hubiese subyugado del todo.

Intentó prestarle atención a la habitación o a la parte que veía de ella. Era un dormitorio elegante, con una decoración bastante versallesca, los colores eran una mezcla de púrpura, negro e incluso creyó atisbar algo de blanco… No, el blanco era el vestido de la mujer, el cual había quedado atrapado bajo ella mientras él la follaba contra… ¿el respaldo de un sofá?

Ambos estaban posicionados lateralmente con respecto a ella, lo que significaba que tenía una perfecta visión de cómo… Kae hundía su… polla en el sexo de la mujer desde atrás. Ella estaba inclinada sobre el respaldo, sus pechos bamboleándose con cada empujón de él, pero era su voz… o mejor dicho sus gemidos… los que la estaban poniendo caliente.

Ni siquiera se dio cuenta de que había dado un paso adelante hasta que sus tacones notaron el cambio de suelo, pasando de algo duro a una zona más mullida. Bajó ligeramente la mirada para ver que se había adentrado entre los cojines.

Lara se mordió el labio y simplemente avanzó a fin de poder ver más de cerca el inesperado espectáculo, pero sobre todo… a él.

El hombre era como una jodida escultura griega, tan atractivo como el propio bastardo que acababa de dejarla allí encerrada. Su piel era algo más oscura que la de Eryx, más de un suave tono canela, tenía el pelo peinado hacia atrás, algo más largo también, pero no podía verle el rostro, pues lo llevaba cubierto también por una máscara.

Notó como su cuerpo reaccionaba a lo que estaba viendo, cómo se excitaba ante la sola visión de él con esa desconocida. Ella también le pareció guapa. Tenía un pelo rojo precioso y se notaba que estaba delgada, aunque no tanto como para parecer un palo de escoba.

Y, sin lugar a dudas, estaba teniendo un polvo inolvidable.

Casi se ríe ante el absurdo pensamiento. En vez de eso, resbaló sus propias manos sobre su cuerpo, tocándose los pechos y el vientre, tirando de la parte de abajo del vestido para subirlo un poco por sus caderas y resbalar una mano entre sus propias piernas.

El diminuto pedazo de tela que le cubría el sexo estaba húmedo. Estaba excitada. Llevaba excitada desde el momento en que Eryx la había besado.

Eryx. Pensar en él ahora la puso aún más caliente.

¿Qué pensaría él si supiera que se estaba tocando mientras veía a su amigo follarse a una mujer? ¿Sabría lo que estaba haciendo ella aquí dentro? ¿Se lo imaginaría?

Se mordió el labio inferior y miró hacia atrás.

¿Y si lo llamaba? ¿Y si le pedía que volviese con ella y la acariciase mientras su amigo se follaba a su propia mujer? ¿Y si le pedía que la follase también a ella?

Notó una punzada entre las piernas ante las imágenes que evocaban sus pensamientos. Volvió a mirar aquella ventana erótica y dio un pasito más hacia delante.

¿Sabrían ellos que alguien los estaba observando? ¿Lo sabría él?

Como si lo atrajese con sus pensamientos, Kae ladeó ligeramente la cabeza hacia ella y sus labios se curvaron un poco más. Fue solo un momento, como si hubiese presentido que tenía público y eso no solo no le importara, sino que lo pusiese incluso más cachondo.

Fue la rápida conclusión a la que llegó al escuchar a la mujer con la que estaba gemir con mayor fuerza. El nombre de él salía una y otra vez de sus labios y, con ello, volvió a recuperar toda la atención de su amante.

Lara gimió también. Sus dedos se habían colado bajo la tela de las bragas y ahora se acariciaba a sí misma. Su pezón izquierdo estaba obteniendo también un trato especial de su otra mano, endureciéndose bajo sus pellizcos.

Estaba tan caliente, tan necesitada que…

—Eryx… —gimió su nombre, deseando que estuviese allí, que fueran sus dedos y no los de ella los que estuviesen entre sus piernas, que fuese su polla la que la estuviese follando del mismo modo en que Kae estaba follando a su pelirroja.

—¿Me necesitas, Lara?

No lo sintió llegar, no escuchó el roce de la tela, ni el aire al mover las cortinas, pero su pecho se le pegó a la espalda, su boca cayó sobre su oreja, rozándola con su aliento.

—¿Disfrutas del espectáculo?

Gimió, echando la cabeza hacia atrás, pegándose a él, agradeciendo que la envolviese con ese aroma tan suyo. Su cuerpo estaba caliente, podía notarlo incluso a través de la ropa. Se apoyó contra él, usándolo como a una pared mientras se masturbaba a sí misma viendo a Kae y a la pelirroja.

—Dime, Lara —le acarició de nuevo la oreja con los labios, una de sus manos envolvió la suya, aferrándola sobre su pecho, impidiéndole moverla, mientras la otra se hundía también entre sus piernas, por encima de la de ella—. ¿Te excita verlos follar?

Apretó los labios, negándose a que esas palabras, brotasen de ellos, pero era difícil contenerse con él allí. Era como si tuviese una

particular habilidad para extraer la verdad de su interior.

—Sí —jadeó—. Mucho.

—Bien —le dijo al oído—. Pues sigue mirando. Escucha sus gemidos. Imagínate que son los tuyos… que es tu cuerpo el que está a su merced…

Oh, por favor. No necesitaba que le diese a su mente más motivaciones, bastante tenía ella misma con lo que se imaginaba.

—Eryx, por favor… —gimió, restregándose contra él, notando su duro miembro contra ella—. No… me des ideas.

Él se rio. Lo notó en la vibración de su cuerpo y en la contención de sus carcajadas.

—Pero ese es exactamente mi trabajo, pequeña, darte todo lo que no tienes y mostrarte aquello que aun teniéndolo, nunca lo has mirado realmente —aseguró, empujándola un poco más hacia delante, justo en el momento en que la pareja cambiaba de posición y el hombre la empujaba contra una pared, con las piernas de ella enlazadas detrás de su culo. La sostenía con una mano, mientras se apoyaba en la pared con la otra. Sus caderas empujaban hacia delante y no precisamente con un ritmo lento, algo que no parecía importarle lo más mínimo a la pelirroja, por el contrario, diría que lo estaba disfrutando incluso más, porque sus gemidos se volvieron más desinhibidos.

—Oh, señor… —gimió ella por pura empatía y porque, gracias a su propio amante, se estaba imaginando a sí misma en la posición de la mujer, siendo follada con semejante pasión… por Kae.

—A él también le gustaría. —Eryx le susurró al oído, como si hubiese escuchado sus propios pensamientos. Y no lo hizo con brusquedad, ni con lujuria, fue casi tierno. La idea no solo no parecía molestarle lo más mínimo, sino que la encontraba interesante.

Lara se deshizo contra él y esa dura mano grande entre sus piernas tomó el relevo de la suya, desplazándola junto a la tela de sus bragas.

—Sujeta eso ahí —le susurró al oído y, entonces sus dedos estuvieron dentro, grueso y profundos, arrancándole un quejido. Si no llevase los malditos tacones se habría levantado sobre las puntas

de los pies, pensó echando la cabeza hacia atrás, apoyándose en él —. Sigue mirándoles… No pierdas detalle…

Los gemidos al otro lado de la pared aumentaron, atrayendo su atención de nuevo a esa pequeña ventana erótica y a la pareja que se entregaba con desenfreno a su pasión.

Casi sentía envida de ella en estos instantes, lo cual era tan absurdo como divertido, sobre todo porque Lara había estado en una posición parecida no hacía ni una semana. Eryx no era de los que se contenía y, cuando la había follado, lo había hecho a conciencia.

Se mordió el labio para ahogar un gemido propio al recordar lo que había olvidado.

Me niego. Me niego a olvidarme de nuevo de él.

—No te contengas —le susurró él al oído, sin dejar de bombear esos duros dedos en su sexo—. Gime todo lo que quieras. Tus gemidos son deliciosos, tanto o más que tu excitación.

Y lo decía en serio. Ese hombre parecía disfrutar de ello casi tanto como de la comida, lo cual era ridículo.

¿Quién coño se iba a alimentar del deseo?

—Eryx… —Se apretó contra él, moviendo las caderas al compás de sus dedos.

—¿Sí, Lara?

—No hables —soltó, incapaz de refrenar su propia lengua y su necesidad—. Fóllame.

Volvió a reír y esta vez no contuvo su risa.

—Será un verdadero placer —aseguró y moviendo sus dedos de manera que juraría que la tocaba en zonas que solo había conocido gracias a él. Ese maldito había encontrado su punto G y cada vez que lo rozaba la volvía loca.

—Oh, Dios.

Sus ojos se encontraron una vez más con esa ventana y ya fue incapaz de dejar de verlos. Incluso con los párpados a media asta, desarmada y enloquecida por su propio deseo, ese hombre al otro lado era como un imán para ella.

Y entonces se produjo el contacto. Sus ojos conectaron, lo cual le pareció absurdo. Tenía que tratarse nuevamente de una

casualidad. Sus labios se estiraron y sonrió y, juraría que esa sonrisa, en ese preciso momento, fue para ella.

Incapaz de afrontar esa mirada, cerró los ojos y se entregó a las sensaciones, a esos dedos que no dejaban de entrar y salir de ella, a la mano masculina que se había cerrado sobre su pecho, al índice y el pulgar que atormentaban su pezón. Cuando llegó el orgasmo se dejó ir, sin intentar contenerlo, ni retrasarlo, su cuerpo sucumbió por completo y su propio grito de liberación acabó mezclándose con el de la mujer pelirroja al otro lado de la pared.

CAPÍTULO 20

Su placer era dulce y especiado. Tenía un aroma picante, uno que le hacía la boca agua y despertaba su hambre. Era como una droga, una vez lo olía no podía apartarse de él, su sabor se le pegaba a la boca como un buen vino y era incapaz de deshacerse de él.

Cuanto más cerca estaba de ella, más la deseaba, más enganchado estaba a ella, a su deseo, a la mujer que estaba descubriendo debajo de la escritora.

Esta Lara despertaba su hambre, sí, pero también otras emociones que no había sentido en mucho tiempo. Era cauto, siempre lo había sido con sus amantes, en especial antes del *Obsidian*. Un demonio viviendo entre humanos. No era como ellos, pero tampoco era como los suyos. Tanto él como sus compañeros buscaban el equilibrio y este no podía darse cuando había mentiras de por medio o tenías que guardar secretos tan importantes.

No volvería a equivocarse. No se mostraría nunca tan vulnerable como lo había sido en el pasado. No volverían a herirlo por amar.

Y, sin embargo, mirándola a ella ahora entre sus brazos, sintiendo su calor, el temblor de su cuerpo, sus suaves jadeos, no podía evitar sentir miedo. Porque ella, lo quisiera o no, había empezado a despertar esa parte de sí mismo que se había obligado a soterrar.

Miró de soslayo el espejo y sonrió interiormente.

Esto no había sido más que el comienzo, uno bastante divertido… para los dos.

Enterró el rostro en su cuello y aspiró. Se tragó su aroma, los rescoldos de su deseo y apagó un poco el hambre de esa parte suya que revivía en el club.

El espejo había vuelto a su ser acabado el *«truco»* y la respiración de Lara empezaba a ser más acompasada. Ella estaba volviendo a poner los pies en la tierra, lo que significaba que pronto sacaría a colación *«su premio».* Sabía que lo que había ocurrido la desconcertaba y era verdaderamente un milagro que no hubiese exigido una explicación a pesar de su negativa.

Pero había dado su palabra y no le quedaba otra que cumplirla, aun si tenía que bordear la verdad en algunos casos. Decirle que él era un demonio, que el *Obsidian* era una extensión de ellos cuatro y que volvería a perder sus recuerdos en cuanto volviese a salir por la puerta era algo inviable.

Como también decirle que detrás de la máscara era el hombre que la veía todos los días, que la observaba y… la deseaba a pesar de todo.

—Parece que te has ganado tu primera pregunta —le dijo al oído, tras retirar las manos de su cuerpo. Su aroma estaba envuelto en sus dedos, la fragancia de su liberación era como ella, cálida y especiada… deliciosa.

Se removió, haciendo feliz a su erección. Lara era capaz de ponerlo duro con solo menear el culo, así que tenerla restregándose contra él, había sido una tortura.

—¿Y tengo que hacértela ahora mismo? —musitó, con ese tono de voz ronco y meloso después de haberse corrido.

—Puedes hacer lo que desees —afirmó. A él le daba igual ahora que después. Tenía hasta el amanecer para darles respuesta —. Formularlas de una en una, después de cada ronda que ganes, o al terminar el juego… Si es que consigues terminarlo.

Dejó escapar un pequeño resoplido antes de enderezarse y privarle de su contacto. Su cuerpo acusó al momento su pérdida, lo cual no le resultó nada agradable.

—¿Todos tus *«trucos»* van a ser siempre tan intensos? —Lo recorrió con la mirada, con la confianza de alguien que conocía su cuerpo y deseaba cada pedazo de él—. Porque si es así… Quizá me convenga hacer las preguntas de una en una.

—Serán tan intensos como lo sean tus deseos —contestó, sin darle más datos al respecto—. Y recuerda que puedes pararlo

cuando quieras.

Miró a su alrededor y, sin pensárselo dos veces, hizo a un lado una de las telas que hacían la función de cortinas y abandonó el pequeño capullo que había creado para aquel momento. Tuvo que contener una sonrisa cuando la vio luchar para recolocarse la ropa interior y la parte de abajo del vestido.

—No quiero pararlo… —la oyó decir desde el otro lado, sus tacones alejándose, lo que significaba que había vuelto a la sala de estar—. Quiero más.

Eryx la siguió y la encontró en medio del lugar, con las manos en las caderas, mirándolo todo con detenimiento.

—¿Quieres una copa? —le preguntó entonces, dirigiéndose hacia la zona de bar—. No tengo ni idea de qué son todas esas botellas de colores, pero… supongo que podemos… probar. —Se metió detrás de la pequeña barra y sacó una botella de debajo de esta con gesto triunfante—. ¡Ajá! *Whisky*. Esto es muy tú.

—¿Por qué lo dices?

—Era lo que bebías en la barra la noche en que nos conocimos —respondió, sorprendiéndole que fuese tan observadora—. ¿Me equivoco?

—Tienes buen ojo.

—Suelo fijarme bastante en los detalles. —Se encogió de hombros—. Supongo que es lo que tiene dedicarse a la literatura…

—¿A la literatura? —Fingió no tener idea de a qué se dedicaba.

Asintió, sirviéndole una copa y poniéndose a sí misma otra de un licor morado.

—Soy escritora —le dijo y, tras empujar el vaso hacia él, se inclinó hacia delante y le advirtió—. Así que ten cuidado, porque puedo utilizar cualquier cosa que digas en uno de mis libros.

—Tendrías que ser un libro erótico —respondió de manera automática, reprimiendo a duras penas un resoplido.

—Sí. Un club de demonios sexys que…

Eryx casi escupe el primer sorbo de whisky al escucharla decir aquello. Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Perdona, debí especificar que soy escritora de fantasía —Levantó su copa a modo de brindis y le dio un sorbito—. Escribo sobre cualquier cosa que no sea normal… La vida ya es bastante aburrida de por sí, así que mejor escribir sobre algo que pueda hacerla un poco más… interesante.

—Escribes… sobre seres fantásticos.

Mierda. Daba por hecho que era una de esas escritoras de novela romántica, a juzgar por algunos comentarios que había escuchado entre ella y algunos clientes, pero no que escribiese sobre… seres sobrenaturales.

¿Pero qué coño…?

—Sí. Ya sabes. Vampiros, hombres lobo… demonios.

—Escribes sobre demonios.

—Sí, pero solo de demonios sexys. Nada de seres infernales con cuernos, alas raras y devoradores de carne… Que oye, serán geniales en ciertos géneros, no te digo que no, pero… no me veo teniendo que escribir una escena de esas en plan *gore*. —Se estremeció—. Lo intenté una vez y casi vomito.

No podía creerse lo que estaba escuchando.

—Te preguntaría a qué te dedicas fuera de aquí, pero has dejado claro la primera noche que valoras mucho tu privacidad, así que aprovecharé este momento y te haré mi primera pregunta de esas tres que pienso ganarme.

—De acuerdo —concedió dándole un pequeño sorbo a su bebida antes de dejarla de nuevo sobre la barra del mueble bar—. ¿Cuál es tu pregunta?

Bajó la copa, dejándola también sobre la superficie de madera y lo miró a los ojos. Su voz bajó, se volvió más suave y supo que no estaba ante la Lara que disfrutaba del club, sino de la que quería respuestas para aquello que no comprendía.

—¿Cómo es posible que olvidase todo lo que pasó esa noche en cuanto llegué a mi casa y, sin embargo, todos esos recuerdos hayan vuelto de golpe al regresar al club? —Fue directa al grano—. ¿Qué me hiciste?

Eryx le sostuvo la mirada durante un buen rato, buscando la mejor manera de darle una respuesta, sin exponer demasiado,

aunque solo había una forma de responderle a eso.

—Porque el *Obsidian* borra los recuerdos de todo aquel que haya pasado una noche entre sus paredes —confesó. Esa era la verdad. Se trataba de un mecanismo de autodefensa del club, de ellos mismos. No podían permitirse que el lugar se convirtiese en uno de esos locales atestados de gente, donde no sabías quién entraba o qué venía a buscar. Había algunos tugurios en los que los de su clase solían darse cita y, por muy buenas intenciones que tuviesen al principio, algo acababa torciéndose antes o después. No todos los demonios tenían empatía o cierta humanidad, por lo que eran más las veces en las que había problemas que noches tranquilas. El *Obsidian* había nacido de las almas de los cuatro, era una parte de ellos, así que no podían arriesgarse a que se corrompiese—. Ni siquiera deberías haber sentido que habías perdido algo, Lara. Esa noche simplemente tendría que haber desaparecido para ti, solo tendría que quedarte… una agradable satisfacción.

Sus mejillas se tiñeron durante un instante, pero eso no evitó que levantase las manos y dijese:

—A ver. Espera. Esto no tiene sentido. —Negó con la cabeza para fortalecer su punto—. ¿Acabas de decirme que el *Obsidian* borra los recuerdos? ¿Estás hablando de algún tipo de hipnosis, algún rollo de lenguaje subliminal o…?

—Una pregunta por tarea superada, Lara —le dijo, recuperando su vaso—. Te quedan dos.

Esos bonitos ojos verdes se abrieron brevemente.

—Oye. Espera un momento. Está todo dentro del mismo paquete —resopló—. Eres tú el que da respuestas crípticas.

—En absoluto. Solo he dicho la verdad.

—Y una mierda…

—Siempre puedes probar a ser más concreta en tu próxima pregunta —le sugirió—. ¿Te retiras o deseas seguir jugando?

A juzgar por la mirada que le dedicó, estaba seguro de que, si no le costase tanto desabrocharse las hebillas de los zapatos, ya le habría lanzado uno de esos tacones a la cabeza.

—Muy bien… —acabó diciendo tras unos segundos de suspense—. Sigamos jugando.

Retuvo una sonrisa ante el tono empleado y respetó sus deseos.

—¿*Truco o trato*?

—Trato.

La manera en que pronunció la palabra, la forma en que sus ojos se encontraron con los suyos, eran un mensaje en sí mismos. Le estaba desafiando, empujándole a dar el siguiente paso y lo daría. O, claro que lo haría y sería ella y solo ella quién afrontaría las deliciosas consecuencias.

—Que sea *«trato»*, entonces —confirmó, llamándola una vez más de forma silenciosa con el dedo. Se estaba convirtiendo en la señal de la noche, una que terminaba con sus cuerpos cerca y sus bocas aún más—. Y esta vez… yo ordenaré y tú obedecerás.

—Diría que hasta este momento esa ha sido nuestra dinámica —mencionó ella, mirándole a los ojos.

Le dio un atisbo de sonrisa antes de dejar atrás sus labios e inclinarse sobre su oído, todo ello sin tocarla.

—Te tú desees hacerlo, no significa que yo haya estado realmente al mando… hasta este momento. —Fue suave, evocador, midiendo cada palabra para dotarla de efecto—. Con los *trucos* puedes elegir, puedes dudar, pero con los *tratos*… Voy a empujarte a dónde sé que quieres llegar y todo lo que podrás hacer es rendirte.

Notó su estremecimiento, pero también el aroma procedente del deseo.

—Por supuesto, también puedes parar aquí y ahora. Dejaremos el juego y…

—¿Cuál es el trato? —Lo interrumpió ella, sus manos se posaron con suavidad sobre su pecho, con una delicadeza que contrastaba con el aparente descaro de su voz.

Si bien era él quién llevaba la máscara sobre el rostro, Lara era una experta en representar un papel y por momentos, igual que este, era exactamente lo que hacía. Su boca podía decir una cosa, pero sus manos, sus gestos… esos reflejaban la verdad en su interior.

Estaba nerviosa, en una tensa espera, atenta a cada una de sus palabras, de sus reacciones, como si estuviese intentando adelantarse a ellas. Era un mecanismo aprendido, más que algo propio en ella, algo que sin duda venía de esos once años de matrimonio a los que había hecho mención.

Era un tiempo considerable, suficiente para que una persona cambiase su forma de ser a fin de amoldarse a la del otro. No debería haber sido así, no con ella. Lara era moldeable, se adaptaba bien a las situaciones, a las personas, era una pieza capaz de encajar sin necesidad de forzarla, de cambiar sus características.

No sabía quién había sido el causante de aquello, pero empezaba a sentir una fuerte necesidad de que su lado demoníaco le hiciese una visita.

Y tan pronto como el pensamiento cobró vida en su mente, se dio cuenta de que era la primera vez que consideraba siquiera algo así, que tan siquiera se le pasase por la cabeza. Como regla general, el pasado de sus acompañantes no importaba, lo que habían hecho, las decisiones que habían tomado, como fue su vida… No era algo que condicionase su presente, ni sus deseos, pero con Lara… todo lo que ella había vivido o experimentado se convertía en algo… importante.

—El trato es el siguiente —respondió finalmente, ladeando la cabeza lo justo para que su labios le rozaran la oreja al hablar—. Yo ordeno, tú obedeces. Simple, sin debates, sin réplicas. Obedecerás cada una de las órdenes que te dé y las ejecutarás.

—Tu juego favorito —murmuró, ladeando la cabeza para buscar su mirada.

—No has conocido todavía ese juego, pequeña —le aseguró, dejando que sus palabras la hiciesen hacerse preguntas, algo que se le daba de lujo—. Por supuesto, también tendrás la posibilidad de retirarte en el momento que así lo decidas. Solo di *«me retiro»* y pararemos inmediatamente y podrás irte.

—Empieza a molestarme esa insistencia tuya en que me marche —rezongó, dando un paso atrás. Ya no era solo una frase recurrente, ni un desafío a sus palabras, esta vez notó la vacilación en su voz y el que hubiese retrocedido… Se estaba preguntando si

era parte del juego o él deseaba realmente que se marchase del club.

Demasiado tarde para eso.

Demasiado tarde incluso para mí.

Acortó con un solo paso la distancia entre ellos, le hundió los dedos en el pelo y la atrajo de regreso, hacia su boca haciendo realidad el deseo de ambos al besarla. Sabía que lo había querido, lo veía en sus ojos, pero lo había ignorado para mantener el control sobre ella, para hacer realidad este juego.

Se tomó su tiempo en saborearla, en recorrer su boca con la lengua. No estaba saqueando, sino conquistando de manera lenta e inexorable a esa dulce criatura.

—Mis deseos no pueden imponerse a los tuyos, ni a la razón —murmuró contra sus labios, paladeando su sabor—. Entraste por propia voluntad y debes tener la misma condición para abandonar este lugar. No puedo obligarte, pero tengo la obligación de recordarte que puedes hacerlo, que puedes marcharte en cualquier momento.

—Pero es que no quiero irme, Eryx —musitó con esa suavidad que lo desarmaba—. Si he vuelto, no ha sido solo porque necesitaba encontrar respuestas a esa noche, lo hice porque tú estabas aquí. Incluso cuando no podía recordarte… sabía que eras tú lo que me movía a volver al *Obsidian*. —Se lamió los labios y bajó ligeramente la cabeza, como si le avergonzase admitirlo—. Mi parte racional no deja de decirme que me vaya, que voy a terminar haciéndome daño a mí misma, pero… ¿Qué es la vida sin riesgo? Ahora soy yo la que decide, no dejaré que nadie más lo haga por mí. Yo soy la que elijo y elijo quedarme. Me cueste lo que me cueste.

Dio un nuevo paso atrás y lo miró a los ojos.

—No voy a irme, así que deja de pedírmelo, de recordármelo o lo que sea. —Fue más una súplica que una orden—. Si ese momento llega, quiero que salga de mí porque es lo que deseo, no porque estoy hasta las narices de oírtelo decir. ¿Vale?

No pudo más que asentir en respuesta.

—Perfecto. —La vio coger aire y exhalarlo lentamente—. Juguemos entonces. ¿Qué es lo que deseas que haga?

—Quiero que disfrutes —volvió a acercársele. Casi parecían estar ejecutando un baile por la habitación, con esos pasos hacia delante y hacia atrás—. Y quiero que lo hagas a mi manera. Así que… —La recorrió lentamente con la mirada—. Empieza desnudándote, muy lentamente.

CAPÍTULO 21

Por primera vez, despojarse de sus ropas en un dormitorio, estaba teniendo un significado muy distinto al habitual. En este preciso instante, con él sentado cómodamente en el diván, sus ojos marrones mirándole a través de la máscara y esos sensuales labios curvados en una ligera sonrisa, quitarse cada una de las prendas era algo más que simple erotismo, que un juego.

O al menos ella lo sentía así.

Lara se sentía vulnerable. No se trataba de un sentimiento de indefensión, sino de saber que, con cada trozo de tela que se desprendía de su cuerpo, también se desprendía algo más, dejándola tal y como era ante sus ojos.

Eryx no hablaba, tan solo se limitaba a recorrerla con la mirada, a ladear la cabeza o inclinarla de esa forma tan sutil. Había extendido uno de los brazos sobre el breve respaldo, sus dedos acariciaban aparentemente distraídos la tela, mientras que la otra mano permanecía sobre sus piernas cruzadas. Era el vivo retrato de la satisfacción masculina con un toque de arrogancia y toneladas de testosterona. Él no había hecho nada más que permanecer ahí sentado, diciéndole que continuase con tal o cual prenda, marcando el ritmo y el modo.

Su voz era la clave. Cada vez que pronunciaba alguna frase, alguna palabra, todo su cuerpo respondía rindiéndose a él, como si le perteneciese por completo y eso también la hacía mucho más consciente de su vulnerabilidad.

Primero fue el vestido, luego el sujetador, seguido de las bragas. Un nuevo conjunto que había estrenado para la ocasión, sin ser muy consciente del motivo por el que lo había elegido hasta ahora. La forma en que la recorrió cuando todavía estaba sobre su

piel le dijo que había merecido la pena. Pero él no quería ninguna pieza de tela, por sexy y diminuta que fuese sobre su cuerpo, al menos no hasta que le tocó el turno a las medias y sus zapatos.

—Eres una cosita realmente sexy, Lara —mencionó, descruzando las piernas y cambiando de posición. Se inclinó hacia delante, cruzando las manos y apoyando los antebrazos sobre las rodillas—. Déjate las medias. Y también los zapatos. Y gira despacio sobre ti misma. Quiero verte.

Sí. Todo estaba en su voz. En esa densa y ronca voz que le provocaba escalofríos de placer y hacía que se excitase aún más bajo su mirada. Siguió sus instrucciones y añadió un poco de su propia coquetería. Le echó un fugaz vistazo por encima del hombro, dándole la espalda. Más que moverse, fluía con el ambiente, como si de repente el aire se hubiese espesado y ella fuese parte de él. Los brazos, en vez de quedar quietos a los lados, se movían con sinuosidad, acompasando su lento giro. Finalmente volvieron a estar cara a cara y el rostro de él, la parte que no ocultaba la máscara, adquirió una expresión más profunda, casi lasciva.

—Qué belleza.

¿*Bella*? ¿Ella? Podían ocurrírseles muchos adjetivos, pero ese no era uno de ellos. Era consciente de su físico y no le desagradaba, pero había mujeres con la piel más bonita, con unas formas más adecuadas, Lara solo… Era ella.

Eryx ladeó la cabeza. Parecía haber escuchado algo, aunque allí no había más sonido que su respiración y la suave música del hilo musical que había cobrado vida en el momento en que regresaron a aquella parte de la suite.

—¿Tú no te ves hermosa? —la pregunta no la sorprendió. Ese hombre era muy bueno juzgando el carácter y, al parecer, también leyendo las expresiones—. Lo que yo veo ahora mismo ante mí es una criatura sexy y fascinante. Y sí, hermosa.

Sus palabras la entibiaron. No negaba que le gustaba escuchar algo así saliendo de su boca. A una siempre le gustaba que un hombre le dijese que la encontraba bonita, sobre todo alguien como él.

La recorrió de la cabeza a los pies con la mirada y levantó una mano en el aire, moldeándola.

—Un rostro agradable, con algo especial que hace que no lo olvides. Un cuello largo, delicado, perfecto para llenarlo de besos. Unos hombros perfectos, unos pechos suculentos… —Empezó a resbalar la mirada sobre ella al tiempo que mencionaba cada parte de su anatomía—. El estómago suave, ese vientre ligeramente curvado, perfecto para darle mordisquitos… Y esas magníficas caderas, esos muslos capaces de aguantarlo todo… Ese bonito culo que tan bien encaja en mis manos. Por no hablar de esas largas piernas enfundadas en medias y esos tacones… Nena, si no ves lo sexy que eres por delante y lo apetecible que eres por detrás, estás ciega.

Se rio, no pudo evitarlo, pues le causó gracia la rotundidad con la que dijo aquello.

—Gracias, supongo —murmuró ella.

Los ojos marrones subieron de inmediato a los de ella, capturándola con esa profunda intensidad.

—Eres preciosa, Lara —aseguró y supo que lo decía porque él la veía de esa manera—. Y quién no supo apreciarlo en su momento, era porque no se merecía tenerte.

Aquello le llegó como un pellizco directo al corazón y, durante un par de segundos, se vio obligada a parpadear rápidamente para alejar la humedad de los ojos.

Un pequeño chasquido de lengua y Eryx abandonó su particular trono, acortando la distancia entre ellos. No la tocó, pero tampoco es que le hiciese falta, su presencia era arrolladora y su calor chamuscante.

—Pero yo sí me merezco disfrutar de un cuerpo así de bonito y sexy —declaró, deslizando ahora un dedo bajo su mentón, elevándoselo—. Y tú vas a ver cómo lo hago.

Parpadeó varias veces seguidas, sus palabras la confundieron durante un breve instante, pues no tuvo mucho más tiempo a analizarlas. Esa mano grande, de dedos largos y duros se enredó en la suya y casi tropieza con sus propios pies al sentirse arrastrada durante un breve instante por él. Volvieron a cruzar la puerta oculta

a la otra habitación, el aroma de la estancia cambió, se hizo más especiado, haciéndole cosquillas en la nariz.

Le gustaba el aroma del incienso, era relajante y este resultaba lo bastante suave como para no parecer empalagoso.

El tirón se convirtió en guía y, mientras una de sus manos la conducía, la otra se había posado sobre su cintura, calentándole la piel y conduciéndola delante de un espejo de cuerpo entero en el que no había reparado la primera vez.

¿Eso había estado ahí?

—El espejo… —empezó a decir, pero entonces él acabó frente a ella.

—Durante la próxima hora, eres toda mía —anunció, volviendo a levantarle el rostro con el dedo—. Mía para hacer contigo lo que yo quiera. —Tragó ante lo que esas palabras le hicieron a su cuerpo. ¿Cómo podía excitarse por algo así?—. Voy a mostrarte qué es lo que más disfruto de ti… —Empezó a rodearla, llevándose consigo ese dedo, arrastrándolo sobre su piel—. Tus gemidos. Tu rostro contorsionado por el deseo. La lujuria que asoma en tus ojos cuando te entregas completamente. El deseo que abrazas…

Volvió a su espalda, sus manos la ciñeron una vez más de la cintura, una a cada lado. Le acarició la oreja con los labios y, clavando la mirada en ella a través del espejo, añadió.

—Y tú, pequeña escritora, vas a tomar nota de cada una de esas cosas, porque quiero verlas plasmadas por tus propias palabras en una de esas escenas tórridas que intuyo eres muy capaz de escribir —remató con un pequeño mordisquito en el sensible arco de la oreja que la hizo gemir—. ¿Trato, Lara?

—¿Quieres… que escriba una escena erótica… sobre esto?

—Considéralo material para tu futuro proyecto sobre… como follan los demonios.

Se estremeció de la cabeza a los pies. Un escalofrío de puro deseo que se mezcló con su hiperactiva imaginación. Porque, sí, mirando su reflejo en el cristal, con esa máscara puesta, sus ojos brillantes de lujuria, vestido de negro y con esa elegancia que parecía sobrenatural, podía imaginárselo perfectamente como… un demonio.

—Oh, Dios… —jadeó, pegándose inadvertidamente a él. La imagen fue tan clara en su mente, que empezó a imaginarse ya el escenario, el rol que tendría él en la historia…

Vaya un momento para ponerte a pensar en esas cosas, Lara.

Y, sin embargo, no pudo sacárselo de la cabeza.

—Veo que te ha gustado la idea… —se rio él, lamiéndole el punto exacto que le había mordido—. Siéntete libre de usarla libremente… solo, no uses el nombre del *Obsidian*… Luego tendríamos a toda la población femenina de la ciudad llamando a nuestra puerta.

—Ni loca —replicó tajante, sabiendo que no lo decía por el club, sino por él. La idea de que otra mujer le mirase como ella, sintiese lo que ella, fuese tocada de la forma que ella lo era por él… No le gustaba un pelo.

¿Qué demonios estás haciendo?

No podía pensar de esa manera. Él no era suyo. Ni siquiera era alguien… que encajara con su forma de vida. Eryx formaba parte de este lugar, este era su estilo de vida y… Y ella estaba metida en un jodido problema como no le pusiese ya freno a sus pensamientos.

Estás loca, Lara. ¡Loquísima!

¡Te acabas de divorciar!

Bueno, bien. No tenía pensado volver a casarse, pero tampoco tenía intención de cerrarse a las relaciones o al sexo ocasional… ¿no?

La risa masculina que siguió a su respuesta la devolvió al aquí y al ahora, a la imagen de ellos dos: ella completamente desnuda, a excepción de las medias y los zapatos y él vestido del todo.

—Suficiente charla por ahora —declaró él, tomando de nuevo las riendas. Sus manos se posaron sobre sus hombros, podía ver el gesto en el espejo de cuerpo entero que tenía ante ella—. Quiero escucharte gemir.

Le cogió el mentón entre el índice y el pulgar y le giró el rostro hasta que su boca se encontró con la de él y esa pecaminosa lengua la penetró, buscando la suya. Fue un beso crudo, carnal e intenso. Uno de esos que dejaban sin respiración y hacían que se olvidase hasta de su propio nombre. Gimió, disfrutando una vez más de su

sabor. La sensación de su ropa contra su piel desnuda era un contraste de lo más erótico, aunque hubiese preferido que él también careciese de ella.

—Tus ojos en el espejo, *escritora* —musitó contra sus labios, tan solo un suspiro después de abandonarlos—. Vamos a ver qué tal alto puedo hacerte gritar.

¿Desafío o constatación? Fuese lo que fuese que tuviese en mente, le quedó claro que no podía resistirse ni aun queriendo. En cuanto sus manos se posaron sobre su cuerpo, Lara perdió la capacidad de pensar, de hacer algo más que gemir y jadear de placer.

Verse a sí misma en el espejo a merced de ese hombre era sumamente erótico. La vergüenza dejó de tener cabida en su mente desde el mismo instante en que Eryx tomó ambos pechos entre sus manos y se los amasó, mostrándole a través del reflejo del espejo claramente lo que hacía. Ya no era solo cuestión de sensaciones, de cómo notaba el roce de esos dedos en su piel, acariciándole los pezones, pellizcándoselos. No, era la combinación de esas sensaciones con la imagen directa de lo que hacía. Si por separado eran suficiente para excitarla, la combinación de ambas empezó a despertar en ella una poderosa lujuria.

Con él estaba experimentando cosas que habían estado en su mente, en su imaginación, pero nunca habían sido llevadas a cabo. Desde luego, no con su ex marido. Su vida sexual no había sido mala, pero… no se parecía en nada a esta intensidad. Jamás la había hecho sentirse tan plena, tan… libre a la hora de explorar su propia feminidad.

Se lamió los labios, recostando la cabeza contra su pecho, permitiéndose disfrutar no solo de las caricias, sino de cómo eran ejecutadas.

—Te pone caliente… —No era una pregunta. Él lo sabía mejor que nadie y, a juzgar por la sonrisa que tironeaba de sus labios, le gustaba eso de ella—. Y eso hace que te veas preciosa.

Se mordió los labios, pero no apartó la mirada, no cuando una de esas manos abandonó su puesto y empezó a descender sobre su cuerpo, en dirección a su entrepierna. Los dedos masculinos se

detuvieron momentáneamente sobre su pubis, jugando con su vello, como si quisiera alargar lo que más deseaba; que la tocase allí.

—Separa las piernas para mí, Lara —ronroneó, acariciándole una vez más el oído con los labios, contorneándolo con la punta de su lengua—. Veamos cómo te sostienes sobre esos tacones…

Obedeció, pero solo porque quería que la acariciase, quería sus dedos en su interior.

—Te lo estás pasando demasiado bien, Eryx —se las ingenió para pronunciar, sin que su voz sonase demasiado rota.

—No soy el único que está disfrutando aquí —afirmó él, bajando sobre su cuello y aspirándola, igual que si fuese el aroma más dulce y delicioso del mundo. Vio cómo se lamía los propios labios y tragaba. Algo en ella se le hacía irresistible y parecía querer devorarla por completo—. Tu deseo es… embriagador y quiero que lo sientas del mismo modo en que lo siento yo, que te afecte del mismo modo que a mí…

Sus palabras concluyeron en el mismo instante en que sus dedos resbalaron sobre su sexo, acariciándola con suavidad, como si necesitase asegurarse de que ella era real o simplemente quisiera alargar el momento. A través del espejo vio como retiraba los dedos y se los llevaba a la boca, succionando uno de ellos, todo sin perder de vista su mirada. Fue un momento sumamente erótico, uno que la desarmó por completo.

—Deliciosa —murmuró y, antes de que pudiese decir algo al respecto, devolvió la mano entre sus piernas, mientras la otra le pellizcaba con fuerza el pezón.

Dio un respingo al sentir una descarga eléctrica conectándose entre su pecho y su sexo. El placer fue tan brusco como inesperado, arrancándole un placentero jadeo.

—Déjame ver tu placer, Lara —le dijo, sus ojos sosteniendo los suyos a través del espejo mientras su cuerpo la envolvía físicamente —. Enséñame lo caliente que te pone que te masturbe, lo mucho que te gusta que hunda mis dedos en tu interior… —Lo cual fue exactamente lo que hizo, logrando que pronunciase su nombre a modo de gemido.

—Eryx… —Si no llevase tacones, estaría de puntillas.

—Sí. Mírate —ronroneó él, jugando con su pecho, retirando los dedos para hundirlos de nuevo en su húmedo sexo—. Entregada al placer, disfrutando de él… Si esta no es una de las visiones más hermosas que puede ofrecer una mujer, no sé cuál puede serlo.

Lara llevó los brazos hacia atrás, las manos se cerraron en la tela de su camisa y se aferró a ella, arqueándose contra él, disfrutando de aquella deliciosa tortura retransmitida por el propio espejo. Se vio a sí misma entregada a la lujuria, a la cruda necesidad. La tentación de apartar la mirada, por vergüenza, la hizo cerrar un segundo los ojos, pero la voz de Eryx en su oído la obligó a abrirlos de nuevo.

—No cierres los ojos. Quiero que veas lo mismo que veo yo —ordenó, su voz ronca y sexy—. Mira lo hermosa eres. Me encanta la forma en la que separas los labios, en la que jadeas cuando te penetro. Como mueves las caderas saliendo a mi encuentro, pidiéndome más con tan solo tu cuerpo… Eres preciosa, Lara. Exquisita.

Y cuanto más lo oía de su boca, más se convencía de que tenía razón. De que todo dependía de los ojos que mirasen, de lo que apreciasen y él la apreciaba a ella.

—Quiero más… —gimió, su boca dando salida a sus propios deseos—. Te necesito, Eryx.

—Y me tienes, pequeña —le aseguró, besándole la comisura de los labios—, pero ahora yo elijo cómo y cuándo me doy a ti.

Quiso gritar de pura frustración.

—Eres… —No la dejó terminar, pues su boca acabó sobre la de ella una vez más, bebiéndose su protesta con un profundo beso.

—Un demonio —le soltó él, con algo parecido a un bufido de risa.

Sus manos desaparecieron al instante de su cuerpo, dejándola anhelante, con una inexplicable sensación de abandono que se reflejó en su rostro a través del espejo. Notó el movimiento detrás de ella, el sonido de la hebilla del cinturón, el roce del cuero al deslizarse contra la tela y el golpe de este al caer al suelo. El *zip* de la cremallera fue lo siguiente y entonces, ese duro y caliente

miembro se coló entre sus muslos desde atrás, rozándole el sexo, pero sin llegar a penetrarla.

—Caliente y mojada —ronroneó, empujándose hacia delante, solo para retirarse y volver a hacerlo otra vez—. Y tan suave…

Sus movimientos le frotaban los labios y le rozaban superficialmente el clítoris, creando una sensación electrizante.

—Mírate… Tanto placer —murmuró en su oído, atrayendo sus caderas hacia sí—. Tu rostro lo dice todo.

Volvió a posar la mirada en el espejo, concretamente entre sus piernas. La posición de ambos permitía que la punta de su miembro asomase cuando empujaba hacia delante, poniendo imagen a la sensación de su polla frotándose contra sus húmedos pliegues.

—Oh, por el amor de Dios… —gimió y acabó diciendo en voz alta lo que realmente deseaba—. Cállate y fóllame, Eryx.

Él estalló en carcajadas, el sonido más ronco y erótico de todos.

—Pensé que eso era lo que estaba haciendo desde hacía rato, cariño, follarte —Había risa en su voz y también satisfacción.

—Más fuerte, más rápido… —gimoteó—. Quiero más.

—Creo que haberte dicho que era yo quién marcaba los tiempos, ¿no?

Lara quiso gritar de frustración, pero pese a su arrogancia y esos pequeños recordatorios, no dudó en darle exactamente lo que pedía, deslizándose entre sus muslos con un aumento en el ritmo y ajustando su posición. La de ambos. Ahora el roce sobre su clítoris era mucho más profundo y aquello la desarmó por completo. Cualquier palabra que pudiese brotar de su boca se convirtió en un agudo gemido, su cuerpo desconectó con su mente, moviéndose para acompasar sus embestidas, buscando extraer el mayor placer posible. La imagen en el espejo adquirió otro nivel de lujuria. Su abandono era completo y podía verlo a través del cristal. Aquella criatura salvaje y desinhibida que disfrutaba del momento era ella y no la rechazó. Porque eso era lo que quería, lo que más deseaba… sentirse así de libre.

—Esta eres tú, Lara —gruñó él, con voz ronca, oscura—. Esta es la belleza que tienes en ti, una que no se puede comparar con

nada.

Echó la cabeza hacia atrás y se dejó ir. El orgasmo la alcanzó y gritó su nombre, estremeciéndose contra su miembro, que seguía resbalando entre sus muslos, atormentando su sobreexcitado clítoris.

—Eryx… —jadeó su nombre, temblando en medio de su liberación.

Él volvió a cambiar de ángulo y entró en ella. La sensación fue tan repentina, se sintió tan completamente llena de él que acabó encadenando su primer orgasmo con un nuevo ramalazo de placer que la dejó temblando.

—Oh, Dios… —Se aferró a él como pudo, luchando por mantenerse en pie.

—¿Demasiado para ti? —ronroneó él, quedándose completamente quieto en su interior—. ¿Lara?

Sacudió la cabeza, pues era incapaz de pronunciar una palabra coherente. Le llevó un segundo poder hacerlo y, cuando lo hizo, fue más una súplica y un jadeo, que una confirmación.

—No pares…

—Estás hecha para el *Obsidian*… —creyó oírlo murmurar un instante antes de que se retirase y volviese a entrar en ella, bombeando en su sexo como si quisiera grabarse a sí mismo en su canal—. Estás hecha… para mí.

A partir de ese momento fue incapaz de distinguir el arriba del abajo. Los pensamientos volaron de su cabeza, el cerebro entró en modo cortocircuito y se convirtió en un recipiente de desbordante placer. Se dejó llevar, disfrutó de aquel sometimiento, de la fuerza de su posesión, se dejó la garganta en gritos y gemidos, aceptando sin ser del todo consciente el desafío que le había lanzado; a ver qué tan alto podía hacerla gritar.

Y, cuando pensó que su cuerpo ya no soportaría más, volvió a correrse por segunda vez, más fuerte incluso que antes, para finalmente escucharle a él dejar escapar un gruñido al alcanzar su propio clímax dentro de ella.

Agotada, con serias dudas de que sus piernas siguiesen sosteniéndola de no ser por el cuerpo que apuntalaba al suyo, echó un breve vistazo al espejo ante ella y sonrió antes de cerrar los ojos.

CAPÍTULO 22

Eryx dejó los zapatos y las medias de ella a un lado y se tumbó a su lado en la cómoda cama a nivel del suelo. Se había despojado ya de toda su ropa, necesitando gozar de ese momento de piel contra piel, sin hacer otra cosa que abrazarla.

La última hora había sido intensa. El espejo había visto bastante en esos últimos sesenta minutos y en varias posiciones. Despertar la lujuria de su humana había desencadenado la propia y ambos habían terminado follando una vez más, contra la superficie del bendito espejo, de modo que ella tuviese algún lugar en el que poder apoyarse, además de él.

Tendría que haber puesto fin a esa ronda en el mismo instante en que ella se corrió por segunda vez, pero Lara deseaba más y él era esclavo de sus deseos. Al parecer, su jueguecito de *«Truco o Trato»* se les había ido un poquito de las manos en esta primera ronda.

Pero ella estaba satisfecha, contenta incluso y, sobre todo, la sentía mucho más libre, lo cual era siempre su objetivo.

Se acomodó. No tuvo ni que atraerla a sus brazos, pues en el momento en que rozó su piel, ella misma buscó su calor, acurrucándose contra su costado, pasándole incluso la pierna por encima como si temiese que se escapase o algo.

—¿Cómoda? —preguntó a fin de romper ese cómodo silencio.

—Ahora sí —confirmó, usando su pecho de almohada—. Y, por favor. No me pidas que me ponga de pie en… la próxima media hora, por lo menos. No creo que pudiese pararme ni de rodillas.

—Podemos dejarlo a…

—Si terminas esa frase, te retuerzo el pezón —lo amenazó y, dado que sus dedos se habían posado sobre su tetilla, no dudaba

que lo haría.

Se rio. No pudo evitarlo. Jamás una mujer lo había amenazado de una manera tan creativa.

—Solo iba a decir…

—Eryx… —sus dedos le pellizcaron la carne, provocándole un inesperado escalofrío de placer.

—…que podemos dejar el juego a un lado y seguir después.

Su pellizco se convirtió en una caricia.

—¿Y no podríamos simplificarlo y que contestes a mis dos últimas preguntas? Estoy dispuesta a dejar que hagas conmigo lo que tú quieras durante el resto de la noche —le dijo, incorporándose un poco, lo justo para que pudiese mirarla a los ojos—. Dos preguntas y sus respuestas, por un módico *«Haz conmigo lo que quieras, tigre».*

Soltó una carcajada que reverberó por todo su cuerpo y por el de ella.

—Eres una dura negociadora, Lara —le aseguró, atrayéndola más cerca de él. Quería tener las manos sobre ella—. Pero si eso es lo que deseas…

—Lo deseo —respondió tajante y supo que decía la verdad. Su deseo era fuerte, más almizclado, dada su naturaleza erótica, pero muy real—. Tú me das respuestas y yo me doy a ti. Si lo miras bien, sales ganando…

Soltó un bufido de risa y pegó con la cabeza.

—No soy el único que va a disfrutar de ello.

—Si te lo montas bien, disfrutarás mucho —canturreó ella.

Notó una leve vibración en el aire, una que sabía que la mujer no percibía. No podía. Se trataba del *Obsidian* reaccionando al deseo de Lara… Y eso tenía un único significado.

—Solo para que nos quede claro a ambos, ¿deseas que cambiemos las reglas del juego? —Necesitaba que sus palabras fuesen escuchadas también por el club, por la propia *Dalia Negra.*

Asintió y acabó verbalizándolo también.

—Sí —confirmó—. Quiero que lo que queda de noche se convierta en un *«trato»* entre tú y yo. Tus respuestas a cambio de hacer conmigo lo que quieras entre estas cuatro paredes.

Esa vibración se hizo más presente, haciéndole cosquillas en la piel.

—Que así sea, Lara —pronunció su nombre, sellando el trato entre ambos—. Tendrás respuesta a tus dos preguntas y yo te tendré a ti a mi entera disposición, para hacer contigo lo que quiera, durante el resto de la noche.

Su cuerpo se relajó a su lado, como si aquello fuese todo lo que necesitase.

—¿Ves? Te dije que era un buen trato —murmuró, acurrucándose—. Ahora solo tengo que pensar bien… mis próximas dos preguntas.

Deslizó la mano por su espalda, despacio, siguiendo la curva de la columna mientras la sentía acomodarse contra él. Lara estaba relajada, satisfecha… confiada y eso, en aquel lugar, era tan peligroso como tentador.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —murmuró más para sí que para ella.

—Nunca lo hago —respondió con una pequeña risita que notó contra su piel.

No, claro que no lo hacía. Por eso le resultaba tan interesante, desde el primer día en que la vio cruzando el umbral de la cafetería.

Dejó que el silencio se asentase unos segundos más, dándole espacio para pensar, para elegir bien. Sabía que no iba a desperdiciar sus preguntas, no con lo que estaba en juego, y tal y como esperaba, no lo decepcionó.

—Vale… —murmuró ella, levantando ligeramente la cabeza—. Vamos a empezar por algo sencillo.

¿Sencillo? Eso tenía gracia viniendo de ella.

—¿Quién eres tú realmente, Eryx?

Y ahí estaba. La pregunta que llevaba flotando entre ellos desde la primera noche, la que había esquivado a duras penas y sabía que volvería.

No apartó la mirada de ella cuando alzó ligeramente la barbilla para sostenerla mejor sobre su pecho. Sus ojos verdes estaban fijos en los suyos, sin miedo, pero con algo más. Curiosidad, deseo… y algo peligrosamente cercano a la necesidad.

—Soy uno de los miembros fundadores del *Obsidian* —empezó, deslizando el pulgar por su brazo.

La escuchó resoplar.

—¿En serio? ¿Vamos a volver de nuevo con…?

Le puso un dedo sobre los labios, callándola.

—Y no soy lo que crees que soy —continuó. Si le interrumpía antes de que le dijese todo, quizá no pudiese hacerlo. Ni siquiera debería estar diciendo aquello, para ser francos, pero con la elección que había hecho el club, suponía que ya no importaba—. No soy… humano… no fisiológicamente, al menos.

—Si ahora me dices que eres un Therian, te retuerzo los dos pezones —siseó ella—. No uno, Eryx. ¡Los dos!

Se habría reído si la cosa no fuese tan… complicada.

—Soy un demonio, Lara —confesó, mirándola a los ojos.

Lo miró en silencio, con intensidad. Parpadeó una vez, dos y luego soltó un bufido.

—Te estás quedando conmigo —resopló ella—. Esto es porque te dije que escribía fantasía, que escribía sobre demonios sexys y…

Dejó que sus ojos cambiasen gradualmente, adquiriendo su tono borgoña natural, con el iris un poco más grandes de lo normal y las palabras de ella fueron apagándose poco a poco. Sus propios ojos empezaron a abrirse desmesuradamente. Se quedó completamente quieta, mirándolo. Haciéndolo de verdad.

—¿Cómo has… hecho eso?

El hecho de que no hubiese dado un salto y caído al suelo, o intentado retroceder a la velocidad de la luz, lo tomó por sorpresa.

—Cuando estoy en el *Obsidian*, mi verdadera naturaleza está más cerca de la superficie, me permite ser… quien soy —confesó. La verdad salía fácilmente de sus labios, dulce, sin el amargor de las mentiras—. Y… este… es quién soy.

Y, en ese instante, supo que lo que iba a hacer lo cambiaría todo.

Se llevó la mano al rostro, a la máscara y deseó que se desprendiese. Notó el peso en la mano y dudó. No quería equivocarse, pero ella deseaba con fervor saber la verdad y esta era la única manera en que podía dársela.

Apartó la máscara y la miró con su verdadero rostro. Las líneas rojas en torno a su ojo y la parte del rostro que había estado cubierta, que lo señalaban como lo que era. Sus iris, que no enseñaban a nadie fuera de estas cuatro paredes. Las pecas carmesí que le salpicaban el puente de la nariz y los pómulos… Por primera vez se mostró ante ella como lo que era en realidad. Quién era.

Vio el momento exacto en el que Lara se dio cuenta. La forma en la que abrió los ojos, el sobresalto en su cuerpo, sus labios, abriéndose y cerrándose mientras lo recorría con la mirada. Y no solo su rostro, parecía costarle conciliar lo que estaba viendo con lo que ya sabía.

—¡Tú!

Se incorporó de golpe, quedándose ahora de rodillas, apuntándole como si fuese el ladrón que acababa de robarle algo.

—¡Hijo de la gran puta! —Exclamó de golpe, casi atragantándose con las palabras—. Siempre… siempre has sido tú.

Se dejó caer sobre los talones, sentándose de lado y pareciendo casi más enfadada consigo misma que con él.

—Ay, la virgen —miró hacia abajo, para luego llevarse la mano contra los ojos, cubriéndoselos con lo que solo podía ser bochorno —. Eryx. ¿Pero cuán estúpida puedo llegar a ser? Oh, por el amor de dios… ¡Si incluso tenéis el mismo nombre! —Hizo un aspaviento con las manos—. Tienes. Tú. Los dos. Uno… ¡Lo que sea!

—Eryx Valen es mi nombre humano —le dijo, incorporándose hasta quedar también sentado.

—¡No! —Lo apuntó con el dedo, tremendamente seria—. No me vengas con esas. Lo de las lentillas, te lo compro. Está muy currado. Seguro que es algún tema de luces, pero… lo de la cafetería…

Leyó sus intenciones en el brillo de sus ojos y le cogió las manos antes de que las pusiese encima de sus tetillas, cumpliendo su amenaza. Eryx aprovechó el impulso y la tumbó de espaldas, sosteniéndole las manos a cada lado de la cabeza, usando la parte inferior de su cuerpo para mantenerla quieta por completo.

—Querías respuestas, Lara —le dijo y dejó que su voz se volviese más oscura, casi cavernosa. Dejó que su esencia demoníaca

lo envolviese completamente, dotándole del aura que sabía ella percibiría. De la amenaza que representaba, de la cruda sensualidad que exudaba—. Querías la verdad…

Volvió a quedarse completamente quieta, sus ojos abriéndose todavía un poco más, entre la sorpresa y la incredulidad. Pero, lo más sorprendente de todo, es que no había una sola pizca de temor en sus ojos, ni siquiera viéndole como era en realidad.

—E… Eres… ¿De verdad?

—De carne y hueso, como llevas comprobando toda la noche —respondió, sin evitar sonreír ante la ironía de su propia respuesta —. Soy como tú. O tan similar como puedo serlo quitando algunas… diferencias fisiológicas.

—Esto… Esto tiene que ser una broma —dejó escapar un resoplido de risa—. Venga ya. No puedo haberme estado follando a un demonio.

—De hecho, es lo que has estado haciendo desde que entraste en el *Obsidian* —aseguró, aflojando un poco la presión sobre sus muñecas—. Follarte a un demonio.

Se estremeció. Y la sonrisa que había en sus labios empezó a desaparecer poco a poco, como si su mente estuviese procesando al fin sus palabras y encajándolas todas en su lugar.

—Me… Me sirves café y una tostada todos los días —murmuró, examinando su rostro, buscando aquello que veía y, al mismo tiempo, ahora mismo y aquí, era distinto—. He estado en la cafetería esta semana… —Sus ojos se abrieron de nuevo al darse cuenta una vez más de lo que había pasado por alto—. ¡Eras tú! ¡Eras tú y no me dijiste una sola palabra! ¡Hiciste como si no me reconocieras! ¡Cómo si…! ¡Cómo si…! ¡Oh, maldito seas, Eryx! Debería retorcerte la polla, no los pezones.

Resopló.

—Eso no nos serviría de nada a ninguno de los dos, Lara.

—¡Habla por ti, demonio-camarero mentiroso! —siseó ella, luchando contra él—. ¡Solo espera a que te ponga las manos encima de la polla! ¡No lo disfrutarás tanto!

Se encogió por puro instinto masculino, pero su lado demoníaco disfrutaba de esta inesperada lucha erótica y acabó

volviendo a presionarla contra la cama. Un segundo después había invadido su boca, envolviendo la lengua en la de ella y arrancándole un instintivo jadeo. La besó con fuerza, dispuesto a someterla y ella se derritió en sus brazos como sabía que podía hacerlo.

—Lo siento… —jadeó, tras romper el beso—. No podía decirte nada. Ni siquiera recordabas este lugar…

—Pero te recordaba a ti… —musitó ella, sus ojos brillantes ahora de humedad—. Puede que no tu cara, pero sí a ti… Toda la maldita semana, Eryx. Eres un capullo.

Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas y, si no cayeron más, fue solo porque ella se esforzó para mantenerlas a raya.

—¿Por qué tengo la sensación de que te molesta más que sea el dueño de la cafetería en la que paras cada mañana que… *un demonio*? —murmuró, haciéndose internamente esa misma pregunta.

—Porque lo de la cafetería… salta a la vista —respondió con un puchero—. En lo que se refiere a lo del… demonio… Un hombre puede ser muchas cosas sin necesidad de serlo *«en el sentido más estricto de la palabra».*

Sonrió apenas, lo justo para que sus labios se curvaran. Entonces, ladeó un poco la cabeza y se conectó con el *Obsidian*.

—Dalia, cambia el entorno a mi alrededor para que Lara se sienta más cómoda.

Notó el cosquilleo bajándole por la columna, seguido de ese particular sonido que parecía envolverlo todo mientras la habitación seguía sus instrucciones desvaneciendo todo el mobiliario alrededor de ellos, como si se diluyese en humo y finalmente volviese a dibujarlo hasta convertir el dormitorio en un lugar acogedor en el que incluso había una pequeña mesa con un sofá y algo de picoteo.

—Oh, Dios… —La escuchó jadear, sus ojos abiertos de par en par, su cuerpo rígido bajo el de él.

—Gracias, Dalia.

La habitación canturreó en respuesta antes de que todo volviese a ser aparentemente normal.

Esos ojos verdes se clavaron finalmente en él con una expresión que rayaba entre la incredulidad y, ahora sí, cierto temor. Con todo, siguió mirándole, como si necesitase asegurarse de que el hombre al que estaba mirando, seguía siendo el mismo con el que había estado hacía tan solo unos minutos.

—Eres… eres… —Ella lo miró de la cabeza a los pies—. Eres… como uno de los protagonistas de mis libros…

Eryx dejó que los labios se le curvaran y estalló en una sincera carcajada.

Desde luego, de todas las posibles respuestas que esperaba escuchar salir de su boca, esa no era una de ellas.

CAPÍTULO 23

Me he estado follando a un demonio. ¡Un demonio de verdad!

Lara no dejaba de repetirse esa frase en la cabeza una y otra vez mientras miraba al hombre que tenía ante ella. El mismo que cada día le atendía detrás de la barra de la cafetería, con una bonita sonrisa y unas palabras amables.

¡Hijo de la gran puta!

No sabía si quería estrangularlo, hacerle mil preguntas más o volver a follárselo.

Me he follado a un demonio.

O el demonio se la había estado follando a ella.

Era difícil decir dónde empezaba una cosa y terminaba la otra.

Y, tan bizarro como resultaba todo eso, aquí estaba, sentada todavía sobre la cama, desnuda, con un dormitorio que se había esfumado solo para volver a redecorarse delante de sus propios ojos.

¿Cómo narices iba a explicar eso si no era dando credibilidad a lo que le decía?

Eryx. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que ambos tenían el mismo nombre?

Ahora entendía por qué le había resultado familiar la primera vez que lo vio, o por qué le parecía que algo no encajaba en el dueño de la cafetería aquella semana.

Una máscara. Todo había girado en torno a una única máscara.

Se inclinó hacia delante, queriendo ver mejor sus ojos. Eran inquietantes, sobre todo con ese tono borgoña y la pupila negra más grande de lo normal, pero fuera de eso le parecían bastante bonitos. Y esas marcas en torno a su ojo, sobre el pómulo y las pecas que le salpicaban la nariz y los pómulos… Eran monísimas.

Bueno, tan monas como puede resultar algo así en un rostro masculino y arrebatador como el que tenía delante. Si le había parecido atractivo con la máscara, sin ella quitaba el aliento. Tenía un aire completamente distinto, más como su alter ego en la cafetería y, al mismo tiempo, distinta.

—Eres un demonio… —repitió en voz alta, como si de esa manera pudiese interiorizarlo mejor—. ¿De qué clase? Quiero decir… Los demonios tienen una jerarquía, al igual que los ángeles…

Él sonrió, casi con afectación, lo que la sonrojó al momento.

—He dicho algo absurdo. Lo sé. Lo veo en tu cara.

—No has dicho nada absurdo —le aseguró él, recuperando ese tono sexy de siempre—. Es solo… Que me sorprende lo bien que te lo estás tomando.

Sí. Bueno. A ella también le sorprendía eso. Entre otras cosas, pero lo cierto es que su vida había sido tal caos este último año, con todo el tema del divorcio, que veía más como un demonio al abogado de su ex que al hombre que tenía en frente.

—Y, sí, mi pueblo tiene una jerarquía, pero… me temo que no somos exactamente lo que dicen vuestros teólogos. No somos… la encarnación del mal. Como en todas las razas, hay individuos buenos y otros que dan asco —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Y muchos de nosotros llevamos años viviendo como los humanos, siendo parte de vuestra comunidad…

—Así que, a excepción de… —movió un dedo gesticulando hacia su rostro—, las marcas y tus ojos, eres… humano. Bueno, de hecho, yo te llevo viendo todos los días como un humano.

—En muchos aspectos soy tan humano como tú.

Y en muchos otros… era otra cosa. No lo había dicho, pero tampoco hacía falta. Saltaba a la vista, por no hablar del sexo, ahora entendía por qué todo con él era mucho más.

Porque te has estado tirando a un ser sobrenatural.

—¿Te sientes preparada ya para saltar a la segunda pregunta?

Las preguntas. Todo esto había empezado por su necesidad de respuestas, pero las que estaba encontrando no eran ni de lejos tan sencillas como esperaba que fuesen.

De hecho, su segunda pregunta ahora era incluso más importante aún, pues de su respuesta dependían muchas cosas.

Asintió con la cabeza y se tomó unos instantes para plantearse cómo formularla.

—Después de esta noche… —empezó, teniendo dificultades de repente para mirarle a la cara. Parecía sentirse más segura cuando él llevaba la máscara, cuando no sabía realmente quién era, pero ahora—. ¿Voy a poder volver a verte después de esta noche, Eryx? Y con volver a verte, me refiero… a ti.

Ya no se trataba del club, ni de lo que había encontrado aquí, sino de él. Del hombre que le había vuelto la vida del revés en un par de noches, el que no había podido quitarse de la cabeza a pesar de no saber quién era, de no recordarle.

No se trataba del dueño de la cafetería, ni siquiera del demonio que ahora sabía que era, sino de él.

La expresión de su rostro se mantuvo inalterable, pero algo en sus ojos cambió, como si la respuesta no fuese fácil de dar.

—Después de esta noche podrás volver al *Obsidian* siempre que lo desees —le dijo finalmente, con calma—. Llegaste aquí por primera vez con la tarjeta, mientras la conserves… el camino estará abierto para ti.

No le estaba mintiendo, pero sentía que tampoco le estaba diciendo toda la verdad. De hecho, esa no era sino otra respuesta ambigua más.

—No te he preguntado eso.

Él ladeó ligeramente la cabeza y añadió.

—Si vuelves, podrías volver a encontrarte conmigo… o no. —Parpadeó ante su ambigua respuesta, pero al parecer, ni siquiera había terminado—. Este lugar no funciona como el mundo al que estás acostumbrada, Lara. Aquí no eliges a quién ves… eliges lo que deseas. —Sus ojos no se apartaron de los de ella—. Y eso es lo que decide por ti.

Y, a pesar de todo, sus palabras tenían mucho sentido, uno que solo ahora era claro para ella.

En todo este tiempo solo había querido una cosa al volver aquí. Incluso cuando no podía recordarle, sabía que había alguien a quien

quería ver… Y el *Obsidian* se lo había vuelto a mostrar, ¿no? En esa segunda noche.

—Entonces supongo que tendré que ser muy precisa con lo que deseo —murmuró.

Él se limitó a mirarla y, tras unos instantes, asintió y recuperó la máscara.

Empezó a llevársela de nuevo al rostro, pero lo detuvo, cogiéndole de la muñeca.

—No… No te la vuelvas a poner —le pidió, sintiendo ese cosquilleo en todo el cuerpo en el instante en que lo tocó. Así de cerca, su cuerpo la llamaba, la atraía como siempre.

Le sonrió de soslayo, pero eso no evitó que se llevase la máscara a su lugar y cubriese de nuevo su identidad.

—Son las normas de la casa, Lara —le dijo. Con la máscara puesta y sus ojos habiendo recuperado ese particular tono marrón, que ahora se daba cuenta tenían todavía una sombra de su color verdadero, tiró de ella hacia su pecho, enjaulándola entre sus brazos —. Ninguno de los cuatro mostramos el rostro mientras haya invitados en el *Obsidian*.

—¿Te he hecho romper las reglas?

—Al parecer le caes bien al *Obsidian* y decidió dejarme mostrarme ante ti como soy, de lo contrario, la *Dalia Negra* habría seguido en su sitio —aseguró, dándole un golpecito a la máscara.

—¿Se llama así? ¿La *Dalia Negra*?

Asintió.

—Soy la *Dalia Negra* del *Obsidian* —confirmó en voz alta para luego añadir—. Y tú, *escritora*, ahora debes cumplir tu parte del trato.

CAPÍTULO 24

Ella acababa de ponerlo de rodillas con tan solo una frase.

¿Cómo era posible?

Lara lo había visto, tal y como era y había querido seguir haciéndolo, sin importarle lo que fuese, lo que ahora sabía que era.

La dama había ganado el juego, pero lo que quedaba de noche seguía siendo suyo.

Y ella también.

Deslizó la mirada sobre ella, sobre ese precioso cuerpo desnudo con el que pensaba pasar un buen rato.

—Bueno. Un trato es un trato y tú has cumplido tu parte, así que… —murmuró ella, sosteniéndole la mirada—. Yo también cumpliré la mía.

—¿Lo que desee, Lara? —pronunció su nombre con cuidado, saboreándolo.

—Lo que desees, *Dalia Negra* —respondió ella y, escuchar ese título en sus labios, lo puso instantáneamente duro.

—En ese caso… —Se levantó de la cama y, usando ese gesto entre los dos, la llamó para que la siguiese de regreso al salón.

Esa parte de la suite seguía igual, cosa de la que ella también se percató, ya que la recorrió con la mirada.

—De rodillas, Lara.

Los ojos verdes se abrieron ligeramente, pero bajaron de inmediato a su entrepierna y esa pequeña lengua rosada apareció entre sus labios, lamiéndoselos de pura anticipación.

—Ya decía yo que estabas tardando en…

—Hablas demasiado, *escritora*, prefiero que emplees tu boca en algo más… entretenido —declaró y, cogiéndose el miembro con una mano, le pellizcó la barbilla con la otra y empujó su pulgar a

través de sus labios—. Muéstrame de nuevo lo bien que se te da chupármela…

Esa lujuriosa lengua se envolvió en su dedo, lamiéndolo, succionándolo igual que un caramelo. La caricia lo excitó, aumentando su deseo y también el de ella. Podía olerlo en su piel, empapándole el sexo. Deseaba esto tanto o más que él.

—De rodillas —indicó con un gesto de la cabeza, mientras resbalaba el pulgar fuera de sus labios. Una vez que estuvo posicionada frente a él, guio su polla a los labios entreabiertos—. Abre para mí…

En cuanto lo hizo, se deslizó en ella, solo una pulgada, lo justo para hacer desaparecer la punta en esa húmeda y caliente cavidad.

—Todo tuyo.

No tuvo que darle ninguna indicación más. Sus manos estuvieron un segundo después sobre él, acariciándole los muslos, mientras esos ojos verdes miraban hacia arriba, a los suyos, para que pudiese admirar como deslizaba la lengua alrededor de su glande. Lo lamía como si fuese un delicioso caramelo y ella una niña mala.

—Recuérdame que antes de que acabe la noche, haga que te veas en el espejo mientras te comes mi polla —le dijo—. Es algo que deberías contemplar, sin lugar a dudas.

Ella gimió, se retiró y se lamió los labios.

—Te haré una lista —respondió y, para su sorpresa, en vez de volver a llevar la boca sobre su miembro, se levantó sobre sus rodillas y, tomando cada uno de sus pechos en las manos, encerró su miembro entre ellos—. *Um*, ¿puedo?

—¿Follarme con tus tetas? —respondió con crudeza, sabiendo que ella también disfrutaba de ese lenguaje de vez en cuando—. Eso ni se pregunta, pequeña.

Tener su polla entre esas suaves masas fue toda una experiencia, tanto o más que verla bajar el rostro entre ellas para acogerle en su boca cada vez que emergía. Era una visión sumamente erótica que disparó en su interior ese particular hambre por sus deseos. Podía sentir que este era una de sus pasiones

ocultas, una de las fantasías que había querido poner en práctica y que, por alguna razón, se había quedado olvidada en un cajón.

Había hombres que no sabían lo que se perdían con sus mujeres, que no sabían aprovechar su sexualidad y la curiosidad natural de algunas de ellas. Lara era una criatura generosa, ávida de deseo y con ganas de explorar. Había estado desaprovechada, se había visto obligada a renunciar a una parte de sí misma para amoldarse a alguien que ni siquiera resultó ser un buen compañero de viaje.

Se concentró en ella, en todo aquello que le daba forma y disfrutó de lo que esa pecaminosa boca provocaba en él. No quería desperdiciar ni un solo instante de esta noche en cosas que no merecían la pena. Lara estaba aquí con él, en esta habitación e iba a asegurarse que todos sus deseos, por pequeños o insignificantes que pareciesen a ojos de esta mujer, acabasen haciéndose realidad.

Empezaba a entender el por qué el *Obsidian* la había guiado directamente a él la primera noche. Sus almas eran similares. Ambos tenían un pasado fallido, un momento de sus vidas en el que las cosas se habían ido a la mierda y ellos se habían llevado la peor parte. Para Lara había sido su matrimonio y para él… Rubí.

Esta pequeña humana no se parecía en nada a esa maldita perra. Donde Rubí era sofisticación y falsedad recubiertas de encanto, Lara era luz y sinceridad. Una casi lo mata y destruye a sus amigos al descubrir que era un demonio y la otra aquí estaba, de rodillas, con la polla en su boca, después de haber amenazado con retorcerle los pezones durante un par de segundos.

Sonrió al recordar el momento, la ausencia de miedo y la aceptación. Sin juicios, sin prejuicios, Lara prácticamente se había encogido de hombros y lo había aceptado sin más. Incluso había querido que permaneciese a su lado sin la máscara.

Una le había arrebatado todo, incluso la capacidad de confiar de nuevo en una mujer, pero la otra le estaba devolviendo esa capacidad con su ternura, con su presencia y con su tesón. Lo había intentado. Intentó mantenerse en la línea, en esa zona segura, pero la *escritora* era como un vasto océano, capaz de estar en calma en

un segundo y elevarse como un tsunami al siguiente, amenazando con ahogarlo en sus deliciosos deseos.

El problema es que empezaba a gustarle más de la cuenta hundirse en ellos, no solo para saciar su hambre, sino porque era la manera en que podía verla como era realmente. Y, hasta el momento, todo le gustaba… demasiado.

Echó las caderas hacia delante de manera automática, buscando más del placer que obtenía entre esos pechos, de la codiciosa boca que lo chupaba como si estuviese muerta de hambre. Su excitación estaba al límite, no aguantaría mucho más, y quería correrse en su boca, sentirla tragarse cada gota de su semen como ya lo había hecho una vez.

Oh, ella podía haberse pasado toda la semana lidiando con unos recuerdos borrosos, pero él lo había hecho con unos demasiado vívidos. Y, uno en especial, era similar a este. Lo había estado volviendo loco, manteniendo su polla dura y erecta incluso mientras estaba detrás del jodido mostrador de la cafetería.

No quería volver a pasar otra semana así. En realidad, no estaba seguro de querer pasar siquiera un día más en ese estado, teniendo que verla desde la distancia, como si fuesen dos desconocidos y no dos personas que habían follado toda la puta noche.

Pero una cosa era quién era él en el *Obsidian* y otra muy distinta quién era él ahí fuera, en una ciudad de humanos, fingiendo ser uno de ellos cuando era algo más.

—*Cielo*… voy a correrme en tu boca.

Una advertencia al filo, pero ella no se retiró, por el contrario, lo acunó entre sus dulces pechos y se lo llevó tan dentro de la garganta como pudo en el momento en que se liberó.

Eryx echó mano de toda su fuerza de voluntad para mantenerse quieto y no empujar hacia delante. Lo último que quería era herirla, pero era difícil hacerlo cuando ella se lo estaba tragando entero.

Al fin, Lara se echó hacia atrás, dejándole ir y respirando de manera acelerada. Sus labios estaban hinchados, manchados de su semen, el cual estaba recogiendo con la lengua, no queriendo

desperdiciar una sola gota. Un pequeño gesto que le pareció de lo más erótico.

Cuando esos ojos verdes se alzaron para encontrarse con los suyos, Eryx supo que ya no había vuelta atrás. No quería dejar pasar de nuevo una oportunidad así, no quería pasarse solo el resto de su vida y, aunque solo pudiese verla aquí, en el *Obsidian*, eso era preferible a alejarse de ella para siempre.

Con esa idea tomando forma en su mente, se inclinó y tiró de ella hacia arriba, poniéndola en pie, para reclamar su boca con la necesidad de alguien que lleva años sediento y al fin encontró el agua.

—Gracias —murmuró contra su boca.

—Pero qué tonto… —se rio ella, pegando su cuerpo al de él, justo como tenía que ser.

—Ahora, es mi turno —la avisó y, tan solo unos segundos después la tenía de espaldas en el diván y se preparaba a darse él mismo un festín entre sus piernas.

CAPÍTULO 25

Lara dejó su última bebida de la noche sobre el posavasos de la barra del *Obsidian*. Esta era sin alcohol. La había pedido así, no porque hubiese bebido ya demasiado, sino porque no quería embotar sus sentidos en estos últimos momentos. El amanecer se acercaba y ahora era más consciente que nunca de lo que eso significaba.

El ritmo del club había cambiado. En esta zona los clientes ya eran escasos y los que había hablaban en susurros, disfrutaban de alguna bebida o compartían el silencio. Era un ambiente de final, pero uno agradable y no tenso, como el que habitaba en su interior.

Dejar la *Dalia Negra* había sido una elección consciente, la última de la noche. Necesitaba ordenar un poco su mente antes de volver a casa, pero sobre todo, necesitaba entender que se había metido en un mundo que era mucho más oscuro y, sobre todo, distinto, de lo que había pensado en un principio.

Demonios.

Miró al hombre sentado a su lado, vestido de esa manera impecable, con el pelo húmedo por la ducha que ambos habían compartido. Olía como siempre, a esa combinación de ámbar y ciruela con un toque de incienso. Una fragancia que reconocería en cualquier lado como la suya. La misma que, ahora era consciente, la había estado atormentando casi toda la semana al otro lado del mostrador de cierta cafetería.

Un hombre con doble identidad.

Dueño de un local durante el día y demonio sexy y erótico por la noche. O al menos, durante la noche que se abría la puerta del *Obsidian*. Una única noche a la semana.

Deslizó la mirada de él al resto del local. Eryx le había confiado en sus últimos momentos juntos que el local tenía una especie de conciencia, que era quien decidía en última instancia a quién dejaba entrar y a quién dejaba fuera. La tarjeta que guardaba en el bolsito que ahora descansaba al lado de su cóctel sin alcohol, era solo una invitación, pero no la llave. Esa siempre la otorgaba el club.

Y ella parecía haberle caído bien, ya que le había dado carta blanca para volver cuando quisiera.

«¿Recordaré esta noche mañana? ¿Te recordaré a ti?».

La pregunta había abandonado sus labios por segunda vez nada más cerrarse la puerta de la suite y su respuesta había sido tan ambigua como la primera vez que se lo preguntó.

«Nadie repite dos noches en el Obsidian… y sin embargo, aquí estás». Le había respondido. *«Ahora ya eres parte de este lugar… Si regresas una tercera vez, lo sabrás».*

La segunda había regresado solo porque había encontrado la tarjeta, pero no sus recuerdos. Y ahora, sencillamente, no quería olvidarlo. Ni los de antes, ni los de ahora. No quería olvidarlo a él.

Y no lo haré.

—Mañana creo que me tomaré un café en mi cafetería favorita, aunque no creo que aparezca hasta después del mediodía. —Se rio al decir aquello. Tenía claro que cuando cogiese la cama por banda, si es que llegaba hasta ella, caería muerta como un tronco… pero feliz. Ladeó la cabeza un poco, lo justo para encontrarse con sus ojos y el vaso de *whisky* a centímetros de sus labios—. Deberías pasarte algún día. Sirven un café de primera y el dueño… es majo.

Observó como la comisura de sus labios tiraba hacia arriba y alejaba unos milímetros el vaso para responderle.

—Lo tendré en cuenta —mencionó, dándole finalmente un trago a su bebida.

Había sido un acuerdo tácito no hablar de esa otra vida fuera de la *suite* y mantener el rol que ambos tenían aquí. En el club él era la *Dalia Negra* y ella… ella era una mujer muy distinta a la que iba cada día a la cafetería, una que no sabía que tenía dentro hasta que la encontró aquí.

No se trataba solo del sexo, sino de algo más profundo, algo que la conectaba con su propia esencia y le otorgaba una libertad que no había poseído antes. Se sentía mucho más ligera, más segura, convencida de que si deseaba algo con todas sus fuerzas, podría conseguirlo.

—Eryx, si tuvieses que elegir el nombre de una flor para mí, ¿cuál sería?

Él dejó su bebida sobre el posavasos y la miró. Sus labios curvados en esa particular sonrisa suya.

—¿Volvemos con las preguntas?

—Esta es inofensiva. —Agitó la mano restándole importancia—. Es solo… tengo curiosidad por saber cuál sería tu respuesta.

Esos ojos marrones en los que ahora era capaz de ver un asomo de su verdadero color, lo cual hacía una mezcla sutil e interesante de caoba, la recorrieron con premeditada lentitud.

—Jazmín blanco —respondió después de meditar unos segundos—. El jazmín no impone su presencia visualmente, pero su aroma lo llena todo y es una fragancia que permanece incluso cuando ya no está presente.

Vale. Con algunas respuestas podía ser de lo más ambiguo, pero con otras… tiraba a matar.

Notó el calor en las mejillas y un tibio cosquilleo en su vientre que nada tenía que ver con su erótica voz y sí con sus palabras.

—¿Así es cómo me ves?

—Así es cómo te percibo —respondió, levantando la mano para cogerle un mechón y retirárselo con cuidado de la frente—. Es lo que dejas detrás de ti, una presencia que sigue ahí aunque ya no pueda verla.

Exactamente igual que él. Pues ella lo había sentido presente incluso cuando había sido incapaz de entender a quién pertenecía ese aroma en su mente, el que a veces la confundía impregnando el aire. Solo que en su caso lo hacía de verdad, porque siempre estaba presente, aunque ella no se diese cuenta.

Y casi podría decirse lo mismo sobre ella, ¿no?

—Yo…

Ni siquiera pudo continuar, pues un inesperado toque, como el toque de un reloj antiguo, llenó el lugar arrancando distintas reacciones entre las pocas parejas presentes.

—¿Qué…? —Miró a su alrededor, en busca de la procedencia del sonido.

—Es el *Obsidian*, anunciando el final de la noche… —le dijo él, mirándola de una forma un tanto particular—. La otra noche no lo oíste… porque estabas conmigo, arriba.

—Oh… —Su voz empezó a descender hasta apagarse por completo.

—Es la hora, *pequeño jazmín* —le tendió la mano. Por primera vez, dudó en cogerla y no porque no confiase en él, que lo hacía, sino por lo que eso significaba. Una despedida.

Pero ella nunca había sido una cobarde y no empezaría a serlo ahora. Por el contrario, aquí había encontrado una valentía muy particular y no iba a desperdiciarla.

Se aferró a su mano y, antes de que pudiese levantarse del taburete, se pegó contra él y reclamó su boca en un último beso. Eryx se lo devolvió de buen grado y paladeó el whisky que había tomado en su lengua. Fue ella la que rompió el beso y deslizó entonces los labios a su oído.

—Te veré mañana —le dijo. Sin condiciones, sin reproches. Solo una firme promesa—. Pase lo que pase.

Lara dio un paso atrás y deslizó la mano de la suya, sintiendo al instante su contacto.

—Buenas noches, *Dalia Negra* —se despidió y, gracias a la fortaleza que había obtenido en este lugar, fue capaz de coger el bolso, girar sobre sus tacones y abandonar la sala sin mirar una sola vez atrás.

Si lo hacía sabía que se derrumbaría, que le diría que no quería marcharse, que quería quedarse con él, de la manera que fuese… Y eso no sería justo. Para ninguno de los dos.

Abandonó el área principal del club, salió por la puerta y recorrió el pasillo hasta aquella simbólica puerta negra. En cuanto la rozó con los dedos, esta se abrió para ella, trayendo consigo el aire

frío de la noche. Uno que no olía a nada, que no evocaba nada, pero que la recibió en cuanto puso un pie fuera.

La puerta se cerró a sus espaldas y, ahora sí, se volvió una vez a mirarla.

—No dejes que me olvide de él, *Obsidian* —pidió, sin saber si estaba haciendo el ridículo o, de alguna forma, lo que fuera ese lugar, la escucharía—. Pero sobre todo, no dejes que él se olvide de mí.

Lara abandonó finalmente el lugar, sus tacones fueron el único sonido que escuchó en aquella calle de viejos edificios industriales, pero su mente seguía recordando lo que había dejado atrás.

Al menos, por el momento.

CAPÍTULO 26

El vaso de whisky le estaba durando más que nunca. Eryx lo observó, el cristal reflejaba su máscara, la cual ahora descansaba sobre la superficie de la barra. El club se había vaciado, ya solo quedaban ellos cuatro, aunque él fuese el único que no se había movido de aquel taburete en las últimas dos horas.

Cogió por fin el vaso, lo movió entre los dedos y se tomó el contenido de un solo trago, dejando que el ardor le quemase la garganta, despejándole de la neblina en la que se había sumido él mismo.

La echaba de menos. Acababa de marcharse y ya la extrañaba. Aquello no estaba bien y, sin embargo, era lo que era. Había elegido, para bien o para mal, la había elegido a ella.

—Dime, por favor, que no vas a empezar a ahogar tus penas en un vaso vacío.

Levantó la cabeza para ver a Kae caminando hacia él. Había perdido la chaqueta, la corbata y el chaleco, colgaba abierto de su camisa a medio abotonar. Se dejó caer en el asiento contiguo al suyo, dejando libre el que había usado Lara. Su perfume todavía estaba presente en él.

Dejó su propia máscara sobre la lisa superficie negra, su rostro lucía el mismo tipo de tatuaje que el suyo. Los cuatro lo compartían, en realidad, tan solo variaba un poco el tono y alguna que otra línea, pero había que fijarse mucho para verlo, de lo contrario, parecerían iguales.

Hermanos. Eso es lo que eran. No de sangre, pero sí de casta. Eran los últimos de su tipo y todos ellos coincidían de que era mejor de ese modo. Menor sufrimiento.

—Esa era mi última bebida de la noche —le respondió, gesticuló hacia el vaso.

Kae alternó la mirada entre la vacía consumición y él.

—¿Y ahora?

Esa pregunta encerraba muchas más cosas que esas dos palabras. Ambos lo sabían. De hecho, era un milagro que no estuviesen aquí también Soren y Darion para escuchar la respuesta.

—El *Obsidian* la eligió.

—¿Qué? —Su sorpresa era evidente.

Se encontró con los ojos de su amigo y fue muy sincero.

—Dejó que me quitara la máscara frente a ella —resumió. Aquel gesto lo decía todo. Él y los otros lo entenderían sin necesidad de explayarse en detalles—. Lara sabe quién soy… y lo que soy.

—¿Has perdido el juicio?

Aquel cañonazo en forma de voz llegó desde el otro lado del club. Soren se adelantaba a zancadas, mientras Darion se apresuraba a ponerle la mano sobre el hombro, refrenándolo.

—¿Es que no aprendiste nada la primera vez? —ladró, clavando sus ojos borgoña sobre él con un brillo asesino—. ¡Vas a hacer que nos maten!

Aquello dolió. Pero entendía el motivo de su rabia. La última vez que había mostrado su rostro y le había dicho a una mujer quién y qué era realmente, había conseguido que casi los matasen a todos ellos. Esa perra no solo lo traicionó a él, no solo le rompió el corazón, sino que trajo a su puerta a un puñado de fanáticos que estuvieron a punto de acabar con todos ellos.

—¡El *Obsidian* la eligió! —Se levantó, enfrentándose a su amigo a pesar de todo.

Sus palabras fueron como una bofetada. Lo vio en sus ojos, también en los de Darion, aunque él se limitó a soltar un *«mierda»* por lo bajo.

—Lo hizo desde el primer día… —continuó, intentando mantener un tono calmado por el bien de todos—. Ella fue la que me eligió a mí… no al revés. Puede que yo le dejase la tarjeta, que fuese mi propio deseo egoísta el que la trajese hasta aquí, pero ella

decidió entrar y fue ella la que vino a mí la primera noche… Y también hoy.

—Eryx… —La voz de Kae bajó una octava y solo tuvo que mirarle a los ojos para darse cuenta de que lo sabía. Quizá lo supo incluso antes que él.

—Quiero quedarme con ella… —admitió en voz alta. No iba a fingir otra cosa, no cuando ya había tomado la decisión.

—¿Es que no tuviste suficiente con Rubí? —siseó Soren, aunque su explosión de antes parecía haberse rebajado al escuchar sobre la aceptación del club.

—Ella no es Rubí.

—Gracias a Dios —añadió Darion, no sin palpable ironía—. Lo último que necesitamos ahora es tener a un grupo de exaltados golpeando nuestra puerta exigiendo nuestras cabezas.

Hizo una mueca al escuchar sus palabras. Una vez más, aceptó su responsabilidad y el que sus amigos no se fiasen de él en ese sentido. La había cagado pero bien esa primera y única vez.

—Ella no reaccionó como esa perra… —intentó explicarse, que entendiesen lo que él mismo había visto. Aquello que todavía le sorprendía—. Lara… no me tuvo miedo. Diría que no puede importarle menos si soy un demonio o neozelandés.

—Seguramente lo segundo lo aceptaría mucho mejor que lo primero —rezongó Soren, cruzándose de brazos.

—Aceptó que la Dalia cambiara delante de sus narices —le soltó, clavando los ojos en él, defendiendo su posición—. ¿Alguien la vio salir de aquí corriendo? ¿Gritando? ¿Profiriendo amenazas? No, ¿verdad?

Los tres lo miraron de nuevo entre acusadores e irritados, pero lo que les había dicho era otra muestra más de la elección del *Obsidian*. Si el club no la hubiese aceptado en sus filas, nada de lo que les estaba hablando habría ocurrido. Este lugar era muy celoso de su seguridad, así que no permitiría que sucediese algo que pudiese herirles en forma alguna o supusiese una amenaza para ellos.

Este lugar había adquirido tal conciencia por sí mismo que se había convertido en algo así como una madre leona protectora de

sus cachorros. O un padre sobreprotector.

—Si el *Obsidian* la ha reclamado, significa que tiene permitido volver —mencionó Darion, dando voz a lo que realmente les preocupaba—. ¿Y sus recuerdos? ¿Le permitirá conservarlos?

—Se los quitó la primera noche… —recordó Kae, volviéndose ahora hacia él—, y aun así fue capaz de regresar. De buscarte. Supongo que, si ya tiene el beneplácito de *«mami»* —Señaló con el índice hacia el techo—, quizá esta vez los conserve. —Entrecerró los ojos y lo observó con detenimiento—. ¿Se ha dado cuenta de que tú y el otro tú sois la misma persona?

Asintió con la cabeza.

—Estupendo. Esto mejora por momentos —aseguró Darion, apoyándose en la barra—. Dinos al menos que no se te ha ocurrido la brillante idea de hablarle también de nuestras identidades.

—No he mencionado vuestro nombre para nada. —Lo fulminó —. Lo único que conoce de vosotros, es lo que vosotros mismos… —miró a Kae y a Soren—, le mostrasteis al presentaros a ella.

—¿Hicisteis eso? —Darion alternó la mirada entre uno y otro—. ¿Por qué siempre me pierdo los momentos más divertidos?

—Te habría encantado —aseguró Kae, lanzándole un soslayado vistazo—. Me replicó. No es de las que se queda callada.

—Mierda. ¡Me lo perdí!

—Esa humana pasa a ser responsabilidad tuya —le dijo Soren, señalándole con el dedo—. Vigílala y asegúrate de que es lo que crees que es. Por nuestro bien… y sobre todo por el tuyo.

Con eso dio media vuelta y se dirigió hacia la salida a zancadas. Sabía que tendría que hablar con él, pero este no era ni el momento ni el lugar. Soren era el más protector de todos ellos y siempre se había visto con la obligación de velar por ellos. Un parte de él se culpaba por no haber podido evitar lo que pasó con Rubí. Pero el único responsable de aquello era el propio Eryx, nadie más.

El silencio que quedó atrás fue demasiado denso, como si el propio *Obsidian* estuviese canalizando también las emociones de uno de sus demonios.

—Lara no es… Rubí —musitó, rompiendo ese mutismo unos segundos después—. No lo es. No cometeré de nuevo un error

semejante.

—Tendrías que ser un completo idiota para hacerlo, hermanito, y no te tengo por uno —aseguró Darion, dejando caer la mano sobre su hombro—. Y Soren tampoco. Solo dale algo de tiempo para digerir esto… De hecho, dánoslo a todos.

Darion también se marchó después de esas últimas palabras, dejándole a solas con Kae, que no se había movido del asiento que había ocupado.

—Te advertí que tuvieses cuidado, pero fue como hablarle al viento, por lo que veo —admitió su mejor amigo, encogiéndose de hombros—. Ella te atrapó incluso antes de poner un pie en el *Obsidian*.

Era muy posible que así fuera. La persona que era en la cafetería, su alegría, su forma de ser, todo ello lo había cautivado y, sobre todo, había alimentado su curiosidad.

—¿Le hablaste de todo? —preguntó. No fue necesario que especificase.

—Si con todo te refieres a que nuestro lado demoníaco se alimenta del deseo, que lo necesitamos como un combustible para sobrevivir, la respuesta es no —confirmó con un resoplido—. Supuse que eran demasiadas emociones para una sola noche.

—Y temes que se repitiese lo de Rubí.

—A ella jamás le hablé de esa parte de mí.

—Lo sé. —Se inclinó hacia delante y, sin venir a cuento, lo envolvió con sus brazos—. Ven aquí.

Se dejó ir, aceptando esa extraña muestra de cariño. Los demonios no eran seres precisamente tiernos entre los de su misma especie, pero ellos cuatro eran la excepción a la regla. Eran emocionales, empáticos, sentían más que la mayoría. Se parecían mucho a los humanos en eso, por eso se encontraban más cómodos viviendo entre ellos.

—No quería que pasase esto, Kae —confesó, apoyándose en su hermano—, pero no pude pararlo. No quería hacerlo. Yo… me siento solo.

—Y ella aleja esa soledad, ¿no es así?

Asintió con la cabeza.

—Bueno. Pues si el *Obsidian* la ha aceptado y tú la quieres para ti, ¿qué coño voy a decir yo sino adelante? —le revolvió el pelo y lo soltó con esa sonrisa ladina curvándole los labios—. Dime al menos si os lo pasasteis bien con… la peli porno.

Bufó y puso los ojos en blanco.

—Ella sí. Mucho —admitió, sabiendo que eso satisfaría a su hermano y sus propios deseos. Un aperitivo de última hora.

—Bien —sonrió satisfecho y, ahora sí, se levantó—. Vámonos a casa. ¿Quieres que abra la cafetería por ti o…?

Negó con la cabeza.

—Lo haré yo —confirmó—. Prometió que vendría… y necesito estar allí cuando lo haga.

—De acuerdo, entonces —le tendió la mano y, cuando se la dio, tiró de él para ponerle en pie—. Vámonos a dormir un rato y luego… sigamos con nuestra vida como humanos.

Asintió. Miró una última vez a su alrededor y se despidió.

—Buenas noches, *Obsidian*. Nos veremos en una semana.

El local pareció vibrar en respuesta antes de que cada una de sus luces se fuesen apagando detrás de ellos.

CAPÍTULO 27

Lara se despertó paulatinamente, revolviéndose entre las sábanas, reacia a abandonarlas. Tiró de la ropa de cama hacia arriba, por encima de su cabeza, para evitar la luz que ya inundaba la habitación.

Cinco minutitos más.

Su cerebro estaba tan amodorrado como ella misma y le costaba espabilarse. Era uno de esos días en los que no le importaría mandar su trabajo a volar y buscarse algo más… normal.

Lo cierto es que tal y como iban últimamente las cosas en el panorama literario, si quería mantener cierto colchón de ingresos iba a tener que buscarse también otro trabajo. Se había permitido tomarse este último año para poder escribir y, al mismo tiempo, lidiar con todo lo del divorcio, pero tenía muy claro que o daba un pelotazo internacional, o corría el riesgo de no tener ni para pagar el alquiler.

Quizá debería cambiar de género y escribir algo que esté de moda, pero…

Nah. Se moriría del asco incluso antes de llegar a media novela. Eso sí no acababa lanzando el portátil por la ventana y volviendo al instante siguiente a su género habitual.

Demonios.

La palabra apareció en su mente por sí sola y, con ella, todo lo demás.

Fue como si el aire se filtrase de golpe en los pulmones y con demasiada rapidez, tanto que acabó incorporándose de golpe, empujando las sábanas con las manos y abriendo los ojos como platos mientras sus labios dejaban salir su primera palabra de la mañana.

—¡Eryx!

Bueno. La había gritado. Y no era una palabra, sino un nombre. Su nombre.

Se llevó la mano al pecho, notando como su corazón palpitaba a toda velocidad. Su mente estaba haciendo un rápido repaso a todo lo que sabía, a lo que había visto, a lo que… recordaba.

Porque lo recordaba todo.

—El *Obsidian*. La *Dalia Negra*. Eryx… —Los ojos se le llenaron de lágrimas y un intenso alivio se extendió por su interior mientras reía—. Oh, gracias. Gracias, gracias, gracias.

Volvió a dejarse caer, con los brazos extendidos a cada lado.

—Lo recuerdo todo.

Tanto su primera, como su segunda noche en el club. Cada uno de los momentos que había pasado en brazos de ese hombre y, especialmente, la conversación que habían tenido anoche.

Lo había visto sin la máscara, con esas líneas en torno a uno de sus ojos y ese inusual tono borgoña, con las pupilas mucho más grandes de lo normal.

Demonio.

—Cristo. —Se llevó las manos a la boca, cubriéndosela, aunque eso no impidió que las palabras saliesen igualmente—. Dijo que era un demonio…

Y había visto como la habitación cambiaba a su alrededor.

Su parte racional le había dicho que todo aquello tenía que tener una explicación coherente, que posiblemente estuviese sugestionada por algo, pero la otra parte, la de la escritora que creía en fantasmas, en brujas y en todas esas cosas sobre las que escribía, no dejaba de decirse… *¿Y por qué no?*

Desde el luego no era un hombre normal. Esa sensualidad que exudaba su sola presencia, su apostura, la manera en que se movía, en que parecía adelantarse siempre a sus propios deseos… Estaba claro que un humano común y corriente no sería ni la mitad de intuitivo.

Además, había hablado sobre sí mismo como si perteneciese a otra etnia y no fuese parte de alguna horda infernal o estuviese al servicio de Lucifer o algo así.

—Lo recuerdo todo —murmuró, aliviada sobre todo por eso, porque su memoria estaba intacta.

¿Qué importaba todo lo demás? ¿Si era humano, demonio o un jodido hombre lobo? ¡Lo recordaba! Y eso era lo único que realmente necesitaba saber en esos momentos. Eso… y que podría encontrarle en la cafetería.

Hizo la ropa de cama a un lado y saltó de la cama a la velocidad de la luz.

Al menos esta vez no había dormido vestida. Llevaba su camisola de dormir de siempre y estaba en su dormitorio, no despatarrada en el sofá.

Sonrió para sí mientras echaba un rápido vistazo al reloj de la mesilla de noche y comprobaba que, a pesar de la luz que entraba a través de las cortinas, solo eran poco más de las doce. Puede que hubiese dormido unas… seis horas, pero eran más que suficientes.

Se metió rápidamente en la ducha, se aseó, se lavó el pelo y se lo secó en tiempo récord mientras sacaba unos jeans y un suéter del armario, solo para preguntarse si no tendría algo distinto. Tras un rápido vistazo a su cómodo guardarropa, rescató una falda que no se había puesto en mil años y unas botas, conservando el mismo suéter inicial.

No sabía si se estaba vistiendo para verle… o para estar a la altura de lo que había descubierto. Lo cierto es que hacía tanto tiempo que no le importaba cómo la veían desde fuera, que ya había hasta olvidado esa sensación de querer verse lo mejor posible.

Cambió rápidamente el móvil y la cartera de bolso, sonriendo al ver la tarjeta en el bolsito de salir, antes de precipitarse hacia el salón, donde ya la esperaba su portátil. Estaba justo donde lo había dejado anoche, después de una larga jornada de hacer… *nada*.

—Lo que buscaba siempre había estado ahí, justo delante de mí —musitó, mirando el ordenador—. Solo que con otro aspecto.

Metió el aparato en su propio maletín y, finalmente, echó un nuevo vistazo al móvil.

Tenía tiempo para llamar a Erika, comer con ella y… Se detuvo en seco.

—Mierda.

Erika. Su amiga estaría encantada de que al fin saliese de su encierro, pero exigiría saber qué narices le pasaba, sobre todo cuando la viese… así.

¿Cómo podía decirle que había recordado dónde había estado hace una semana, sin decirle que anoche había cogido el coche para visitar el mismo lugar y acabar recordándolo todo tras cruzar sus puertas?

No podía. No es que Eryx se lo hubiese vetado precisamente, pero la manera en la que funcionaba el *Obsidian*, el cómo ella había llegado allí y la naturaleza de ese lugar… No era algo que pudiese compartir tan alegremente. Aquel local no era un club normal. No te plantabas allí y veías si encajabas o te podías quedar un rato, una vez que cruzabas esa puerta negra, tu vida cambiaba para siempre… Ella lo sabía mejor que nadie.

Miró de nuevo el móvil y cerró la agenda.

Adoraba a esa mujer. Era su mejor amiga y jamás había tenido secretos para con ella, pero… este no era exactamente suyo como para poder compartirlo. Tendría que… pensar en algo, algo que resultase creíble y que no metiese en problemas a Eryx o al club. Solo esperaba dar con algo convincente, porque Erika detectaba las mentiras a la legua. Y después de lo preocupada que llevaba toda la semana con lo suyo, lo último que quería era herirla con su secreto.

—Ya puedes poner en funcionamiento esa mente tuya, Lara, porque vas a tener que inventarte la mejor de tus historias para que Erika Wallen se la crea —murmuró para sí. Dejó caer el teléfono en el bolso, cogió el portátil y, tras recuperar sus llaves del cuenco en el que siempre las dejaba, dejó atrás los vestigios de la pasada noche para enfrentarse a una nueva realidad.

CAPÍTULO 28

El tintineo de la campanilla marcó la entrada de otro cliente. Eryx no se molestó en alzar la vista.

—Buenos días —saludó, con la misma cadencia de siempre, mientras terminaba de ajustar la taza bajo el chorro de café—. ¿Qué te pongo?

Había servido ese café cientos de veces. A la misma hora, con el mismo gesto, con la misma precisión casi mecánica, pero hoy parecía distinto. La cafetera exhaló vapor y él esperó el segundo exacto antes de apartar la taza, como si cualquier variación fuese inadmisible.

Céntrate.

Dejó la bebida sobre la barra, sus dedos permanecieron un instante de más en la porcelana caliente, para finalmente retirarse, sonreír por costumbre y volverse hacia la persona que acababa de llegar, quien seguía mirando el tablón con el menú.

—Un expreso, por favor —pidió por fin. Era una mujer de unos cincuenta, vestida con traje de chaqueta, guapa, profesional. No la había visto antes, así que supuso que estaría de paso.

Asintió y se puso a preparar el pedido mientras la campanilla volvía a sonar. Esta vez tampoco la miró. Sabía perfectamente que no era ella. El aire no se espesaba, la atmósfera no cambiaba y no se colaba ese perfume cítrico y a madera cálida que solía acompañarla.

Sirvió la siguiente comanda, hizo el cobro correspondiente y limpió una mancha inexistente sobre la superficie con un paño limpio. Era un gesto automático, medido, casi impecable… Casi.

Deslizó la mirada hacia la puerta. Fue tan solo un segundo, un gesto que había repetido demasiadas veces esa mañana. Sabía que

si aparecía, no lo haría pronto. Ella se lo había dicho, pero aun así…

Volvió al café.

Este tipo de espera no era algo a lo que estuviese acostumbrado. El tiempo nunca había significado gran cosa para él, no últimamente. Podía permitirse esperar horas, días, lo que fuese necesario sin que eso alterase su rutina, pero hoy era diferente.

—Eryx, cariño, te dejo esto aquí, ¿vale? —escuchó que decía alguien desde el otro lado de la barra. Era una de las clientas habituales, dejando su taza y su plato vacíos. Ya había pagado al llegar.

—Gracias, Bárbara —asintió—. Suerte en las pruebas médicas.

La mujer asintió, mostrando una amplia sonrisa de agradecimiento. Solía decirle que le recordaba a su nieto, aunque él era más guapo. Una dama encantadora y que venía buscando más que nada un poco de compañía, para no pasarse el día sola en su casa.

La campanilla volvió a sonar y sus ojos volaron directamente hacia la puerta.

No era ella.

Estaba empezando a obsesionarse, algo que nunca había estado en su ADN, pero lo cierto es que ya no era el mismo de antes. Había dejado de serlo en el mismo instante en que aceptó que Lara era algo más que una curiosidad, que descubrió quién se escondía debajo de la fachada de la alegre escritora. La decisión estaba tomada, esto era lo que deseaba, aceptaría lo que quisiera darle, como quisiera dárselo… sin más.

Mantuvo la mirada un segundo más de lo necesario en aquella maldita puerta antes de volver a sus quehaceres. A estas horas nunca había demasiado movimiento, rara vez venía alguien a buscar algo más que un café y algún bollo que comer, ya que no disponía de cocina. Las conversaciones del par de parejas que había presentes resonaban en la esquina más alejada del local, confundiéndose con el hilo musical, el murmullo constante de la cafetera y el aroma denso del café recién molido impregnaba el lugar… No había nada distinto, todo estaba en su lugar, tal y como tenía que ser… excepto él.

Su atención volvió, inevitablemente, hacia el final de la barra. El lugar que ella ocupaba cada mañana, a partir de las ocho en punto. Había una chica joven ocupando aquella esquina, con el portátil abierto mientras hablaba por teléfono. Asentía con la cabeza mientras deslizaba el cursor sobre alguna página sin darle mayor importancia. No era la primera vez que alguien más se sentaba allí, pero… Ese era *su* lugar.

Obligándose a apartar la mirada y continuar con su rutina, le dio la espalda y se puso a sacar las tazas recién salidas del pequeño lavavajillas y colocarlas en su lugar. Necesitaba mantenerse ocupado, centrarse en hacer un trabajo que conocía bien, que repetía de manera mecánica cada día.

Esperaría. Así tuviese que hacerlo toda la maldita eternidad, esperaría a que ella eligiese. No quería hacerlo de otra manera. Lara contaba ahora con toda la información, sabía quién era y qué era, así que la decisión estaba en sus manos.

La campanilla sonó de nuevo y esta vez algo cambió en el ambiente. Fue sutil, como una corriente que se deslizaba bajo la superficie y altera todo lo que toca sin necesidad de hacerse visible… Una que traía consigo un aroma muy particular.

Eryx no alzó la vista, no de inmediato, quizá porque quería saborear esa presencia antes de que se hiciese realidad. O puede que para evitar precisamente lo contrario… que fuesen sus ganas las que la habían puesto allí y en realidad no estuviese.

Dejó de moverse. Sus dedos se congelaron en el momento en que la vio, en que fue consciente de su presencia y de que ya no le importaba nada que no fuese esa mujer.

Lara estaba de pie junto a la puerta, con la luz del mediodía recortando su silueta. No era la primera vez que la veía cruzando ese umbral, con el bolso al hombro y el maletín en el que llevaba el portátil aferrado a su mano, pero hoy la veía de una manera distinta.

Y no se trataba solo de su forma de vestir, la cual hoy le daba un toque de lo más femenino con esa falda, sino de la manera en que llenaba el espacio, en que se movía. La escritora también había adquirido una pizca de la fuerza y la seguridad que había encontrado en el *Obsidian.*

La vio levantar la cabeza, sonrió a alguien que en ese momento se dirigía a la puerta para marcharse y se giró lo justo para que sus miradas se encontrasen por primera vez. No vio vacilación alguna en sus ojos, ni tampoco ese sutil desconcierto de días atrás. Ni siquiera titubeó, se limitó a ladear suavemente la cabeza, en un gesto casi imperceptible y sonreír, pero no como siempre. Esa sonrisa no era la de la escritora… era la del *Jazmín Blanco*.

Lo recordaba todo.

El alivio lo inundó. Sabía que en el momento en que el *Obsidian* la había reconocido como parte del club, las cosas cambiarían, pero no podía estar al cien por cien seguro de que recordarse. Pero lo hacía y, no solo eso, sino que sabía perfectamente que él y la *Dalia Negra* que se escondía bajo la máscara eran uno y el mismo.

Tragó. Cabeceó casi de manera imperceptible, respondiendo a su propio gesto y terminó de secar la taza que aún tenía entre las manos.

—¿Me puedes cobrar, por favor?

Eryx asintió sin mirar siquiera. Le costaba dejar de mirarla, pero se obligó a ello. Se encontró con la chica que había estado ocupando la esquina, había recogido sus cosas, como si supiese que la dueña de aquel lugar había llegado para reclamarlo. Le cobró, se despidió como hacía con cada cliente y volvió a buscarla solo para encontrarla ahora diciéndole adiós con la mano a otra de las clientas con los que se acababa de cruzar.

Esta era ella, la mujer de todos los días. La de las sonrisas fáciles, la que siempre tenía un saludo para alguien, la que, como ahora, se dirigía a la esquina de la barra, dejaba el bolso sobre la superficie y el portátil delante de ella, quien levantaba la cabeza y posaba sobre él esos honestos ojos verdes. Los mismos que ahora le miraban, pero ya no como siempre, sino como anoche.

—¿Lo de siempre? —preguntó, caminando hacia ella por detrás de la barra.

Vio como entrecerraba ligeramente los ojos y se llevaba el dedo índice al mentón, observando el menú impreso en el cartel.

—Verás… Me he levantado tarde, con lo que no he desayunado y… tampoco he comido —empezó a enumerar, sin dejar de mirar el cartel—, así que… ¿podría ser un *smoothie* de mango y un sándwich de pavo?

Sus palabras eran mucho más que una simple comanda, era una revelación que le arrancó una pequeña sonrisa, haciéndole curvar los labios.

—Lo que desees —confirmó, haciendo que esos ojos cayesen entonces sobre él y su propia boca respondiese con una propia.

—Eso lo tengo justo delante —murmuró en voz baja, lo suficiente para que solo fuese escuchado por ellos dos.

Fue un intercambio silencioso, un juego más, pero no eran necesarias grandes declaraciones, no entre ellos. Una mirada, un silencio, un gesto casi imperceptible… todo estaba allí si sabías cómo leerlo y ambos se habían hecho expertos juntos en ello.

La dejó lo justo para prepararle su pedido, echando breves vistazos hacia el final de la barra para verla sacar el ordenador de su funda, conectar el cable a la corriente y empezar a presionar algunas teclas. Era su rutina, una que ya conocía bien y que sabía que detendría en el momento en que pusiese su comanda en la barra.

No lo decepcionó. Levantó la cabeza y esos ojos brillaron de pura alegría al ver el smoothie.

—Dios, eso tiene una pinta increíble —afirmó, cogiendo el vaso y, antes de llevar los labios a la pajita que sobresalía del contenido amarillo, le dedicó un—: Gracias, Eryx.

Pero su nombre tampoco sonó como siempre. Porque él ya no era el de siempre, no para ella. Ya no era solo el dueño de la cafetería, era alguien más, alguien a quién conocía bien.

—Que lo disfrutes —contestó, manteniendo la misma fórmula que siempre había usado con ella, pero esta vez, también para él fue distinto.

La vio capturar el extremo de la paja con los labios y dar un pequeño sorbo. El ruidito que escapó de su garganta lo tensó al instante, una reacción tan inesperada como imprevisible.

—*Um.* Riquísimo… —murmuró ella, dejando de nuevo la bebida sobre el posavasos, entonces levantó un dedo, pidiéndole un

segundo de atención—. Por cierto… vi algo de camino aquí y… fue inevitable. Tuve que comprarlo.

Enarcó una ceja ante su críptico comentario y siguió sus movimientos. Se giró, abrió el bolso y sacó de su interior un sobre de un color púrpura muy oscuro. Lo dejó sobre la barra y lo empujó hacia él con suavidad.

—Ábrelo… por favor.

La miró a ella y luego al sobre, intentando encontrar la conexión, pero tuvo que admitir que esto se escapaba de su conocimiento. No era algo que viese venir, ni siquiera que esperase de ella y, sin embargo, tampoco le resultaba extraño.

Atrajo el sobre hacia él, deslizándolo fuera de la barra. No estaba cerrado, levantó la solapa y se quedó un segundo inmóvil. Era una tarjeta. Todavía introducida dentro del sobre reconoció la imagen impresa en ella.

Alzó la mirada. Un gesto breve, rápido, solo para verla contemplándolo expectante.

Volvió a posar toda su atención en el contenido y lo extrajo con un par de dedos, corroborando que no estaba equivocado, la flor que le devolvía la mirada tenía un significado muy concreto. Abrió la tarjeta y… dos únicas palabras escritas en una pulcra caligrafía le devolvieron la mirada:

Te recuerdo.

No necesitó nada más. Volvió a meter la tarjeta dentro del sobre y, ahora sí, la miró.

—Gracias, Jazmín.

Sus labios se estiraron hasta formar esa luminosa sonrisa que prometía borrar para siempre la oscuridad de la noche más oscura.

—De nada, Dalia.

CAPÍTULO 29

El portátil estaba abierto delante de ella, con la página en blanco, esperando a que diese vida a lo que llevaba dentro, pero todo lo que había escrito hasta ahora tenía más que ver con el hombre que se movía detrás de la barra que con su novela. Y tampoco es que hubiese escrito demasiado. Cuatro líneas que no llevaban a ningún lado.

Cuando vio la postal en la puerta de la floristería frente a la que pasaba cada día, se dio cuenta de dos cosas. La primera, que hasta ese día nunca se había parado a mirar las flores. El puesto llevaba allí desde… ¿siempre? Y no le había dedicado ni un solo vistazo. Hasta ahora, su vida consistía en dar un paso delante de otro, limitándose a seguir adelante, sin mirar hacia los lados, sin disfrutar de ese camino… Uno que ahora veía que tenía cosas maravillosas en él. Como esas flores, como la imagen de la postal que hizo que entrase en esa tienda por primera vez y se diese cuenta de que le gustaban las flores.

Y la segunda… que quería una flor en concreto.

La tarjeta fue un impulso, pero no las palabras escritas en ella.

Ahora, sentada de nuevo en ese taburete, veía al hombre detrás de la máscara, pero también veía a la *Dalia Negra*. Se dio cuenta de que cada gesto de Eryx siempre había estado ahí. La precisión, la manera elegante en la que se movía, esa pequeña sonrisa de afectación, la amabilidad que mostraba ante sus clientes… Todo aquello estaba también en el hombre cuyas noches había hecho suyas.

Solo había tenido que verlo de verdad. Y ahora lo hacía. Y no había nada en él que no le gustase, que no despertase su curiosidad o la disuadiese de querer conocerlo aún mejor.

Presintiendo que la observaba, ladeó la cabeza en su dirección desde donde estaba, junto a la cafetera. Sus ojos se encontraron, manteniéndose unidos durante un instante. Enarcó una ceja en muda pregunta y ella se limitó a negar sutilmente. No quería molestarle en medio de su trabajo. Había vuelto por él, sí, pero también por este lugar, porque se sentía bien en este ambiente y… Vale, sí. También para estar cerca de él después de lo de anoche. Una parte de ella, una muy pequeña, todavía temía que esto fuese un sueño y que acabase despertándose antes o después.

Bajó la mirada sobre el teclado, respiró hondo y musitó por lo bajo:

—Necesito centrarme, porque de lo contrario voy a acabar con un enorme zurullo que entregarle a mi editora.

Sacudió la cabeza, echó un fugaz vistazo al *smoothie* que casi había terminado y se inclinó para darle otro sorbo. Sin duda acababa de encontrar su bebida de frutas favorita.

Deslizó los dedos sobre el teclado y comenzó a escribir.

«Se movía despacio, como si el tiempo no fuese importante para él. No tenía la menor idea de que lo estaba mirando, preguntándose si habría alguien que lo esperase al volver a casa. O si, como ella, hubiese perdido la esperanza de que algún día apareciese… ese alguien».

Resopló, ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Esto es deprimente… —dejó escapar un pequeño resoplido.

—Deberías escribir sobre demonios.

Lara levantó la cabeza por encima de la pantalla y se encontró con esos ojos marrones y una particular sonrisa tironeando de la comisura de sus labios. Lo había dicho en voz baja, inclinándose ligeramente sobre el mostrador, como si fuese a retirarle la consumición.

Estiró de inmediato la mano, cerrándola en torno al vaso.

—No me lo quites… —murmuró—. Todavía me queda un poquito… Y está delicioso.

Esa curva se extendió un poco más y reconoció esa expresión, aun cuando nunca la hubiese visto sin la máscara.

—Te pondré otro —le dijo, retirándole el vaso y el plato de su sándwich extinto hacía ya unos bocados. Ni siquiera se había dado cuenta de lo famélica que estaba hasta que se lo puso delante—. ¿Otro sándwich?

—Voy a convertirme en tu mejor cliente, lo sabes, ¿no? —suspiró. Sus ojos se desviaron ligeramente hacia el vaso—. Eso se ha convertido en mi nueva tentación…

—Lo tendré en cuenta —respondió, dándole la espalda para prepararle otra bebida y acompañarla con un nuevo sándwich. No le llevó más que unos pocos minutos volver, pasar el paño para limpiar la zona y dejarle esa segunda ronda.

—Gracias. —Lo miró y, una vez más, sus ojos se encontraron —. En cuanto a tu sugerencia de escritura…

—Lara…

—Tendrás que darme algunos detalles, para poder afinar bien al personaje principal —lo interrumpió, aunque su nombre sonaba genial en su boca.

Ambos guardaron silencio, pero sus ojos siguieron conectados, diciéndose mucho más que cualquier puñado de palabras.

—Viniste.

Aquel juego al que habían jugado durante la última hora parecía haber llegado por fin a su final y él se mostraba abiertamente.

—Te dije que vendría. —Ella también dejó de dar rodeos y fue sincera—. No me desdeciré de lo que dije… anoche.

Eryx ladeó apenas la cabeza, sus ojos resbalaron hacia sus labios de manera discreta, pero ella sintió la caricia como si se los hubiese tocado.

—¿Estás segura?

No estaba cuestionando su palabra, no era eso lo que notaba en su voz, era algo más… íntimo y vulnerable. Algo que solo sentiría alguien que había sido rechazado por ser él mismo.

—Lo suficiente como para que no haya salido corriendo al verte.

Alzó la mirada, solo un poco. Ninguno dijo nada, pero tampoco era su turno de hablar.

—Todavía podrías hacerlo.

Supo al mirarle que sus palabras no eran un reto, sino una salida. Le estaba permitiendo elegir una vez más.

—No quiero, Eryx —aseguró con toda la seguridad que llevaba dentro. Deslizó la mirada sobre el mueble detrás de él, dónde había colocado el sobre, con la postal a la vista, no porque necesitase ver la flor en su portada, sino por las dos palabras que había en su interior—. Te recuerdo —añadió, bajando el tono—. Todo.

Bajó la tapa del portátil y deslizó la mano sobre la lisa superficie de la barra, hasta que las puntas de sus dedos tocaron las suyas, sobrepasándolas tan solo unos centímetros.

—Recuerdo lo que eres —continuó, sosteniéndole la mirada—. Y también lo que no eres.

Eso pareció captar su atención de una forma especial.

—¿Y qué es lo que crees que no soy?

Su mano acabó aferrando la suya con decisión, sin importarle que otros pudiesen ver ese gesto. En ese momento, lo necesitaba. No solo él, ella también.

—Un monstruo. —La palabra quedó suspendida entre ambos.

—Eso depende mucho de a quién le preguntes.

—No necesito preguntárselo a nadie… ni siquiera a ti —declaró —. Te vi. Te sentí. —Se lamió los labios y añadió—. No me das miedo.

Eryx retiró la mano lentamente, como si se resistiese, pero al mismo tiempo necesitase hacerlo.

—Debería —respondió él, en voz baja.

—¿Por qué?

Se giró. Parecía tener la intención de irse y dejarla con la palabra en la boca, pero era incapaz de hacerlo. Esos ojos marrones se volvieron de nuevo hacia ella.

—Porque no sabes lo que implica, Lara.

Ella ladeó la cabeza, imitando un gesto que le había visto hacer a él más de una vez.

—Entonces dímelo.

Le escucharía. Si no podía darle otra cosa, al menos podía darle eso.

Él no respondió de inmediato, pero vio como la mano que todavía permanecía sobre la barra se cerraba en un puño, fuerte, antes de abrirse de nuevo. Estaba luchando consigo mismo.

—Aquí no.

No era una negativa, sino más bien todo lo contrario. Se trataba de una invitación.

—Fuiste tú quién dejó esa tarjeta en mi bolso, ¿verdad?

Sabía la respuesta incluso antes de que le dedicase esa mirada soslayada suya.

Este lugar había sido el punto de partida. Y aquí estaban de nuevo, a punto de hacerlo otra vez.

—Bien. Tendré que pensar en qué me puedo poner… —murmuró, volviendo a levantar la tapa de su ordenador.

—El negro te sienta bien.

Lara no respondió, a duras penas consiguió contener la sonrisa que tironeaba de sus labios, así que cogió el nuevo vaso con esa deliciosa bebida de frutas y se llevó la pajita a los labios, succionando con sus ojos ahora fijos en los de él.

—Este *smoothie* está increíble —le dijo, deslizando la mirada sobre él con lenta premeditación, provocando que tragase, pues vio cómo se movía su nuez de Adán—. Y tú también.

Eryx esbozó entonces una leve sonrisa. Pequeña, pero real.

—Pues deberías incluirlo en tu novela… —señaló con un gesto de la cabeza el ordenador, antes de inclinarse hacia delante y decirle, sin mirarla—. A ambos.

Sin otra palabra, le dio la espalda y se alejó hacia el otro lado de la barra, para saludar a un nuevo cliente y atenderlo con la amabilidad de siempre.

—Oh, no sabes lo que acabas de hacer, Eryx —musitó en voz baja, sonriendo divertida—. No tienes ni idea.

Volvió a mirar el teclado y esta vez, se lanzó a escribir con algo muy concreto en mente.

CAPÍTULO 30

El sonido de la llave al girar en la cerradura fue como una señal en sí misma. El fin de algo y, al mismo tiempo, el comienzo de otra cosa. Había dado por terminada su jornada laboral de hoy. Las luces estaban apagadas, las sillas ya descansaban sobre las mesas y la cafetera desenchufada. El aroma del café aún flotaba en el aire, más tenue, apagado, pero no era lo único que permanecía con él.

El aroma de Lara todavía lo envolvía. Había estado en la cafetería hasta hacía poco más de una hora; una de las jornadas más largas que había tenido hasta el momento. La había visto por fin al teclado, escribiendo y, a juzgar por las sonrisas y las expresiones que cruzaban por su rostro de vez en cuando, pasándoselo bien al hacerlo.

Le había gustado verla así. Verla allí, compartiendo su espacio, sabiendo qué era, quién era… aunque solo fuese en parte.

Giró el cartel dejando el lado *«Cerrado»* hacia afuera y pensó en lo que le quedaba por delante. No iba a ser fácil.

—Vas a empezar a echar humo por las orejas de un momento a otro si sigues dándole vueltas.

No se giró, no era necesario para saber que tenía visita.

—No le estoy dando vueltas.

—Oigo los engranajes de tu cerebro desde aquí —le dijo Kae, apoyado contra la barra.

Eryx se pasó una mano por el pelo antes de girarse por fin hacia él y encontrarse con la mirada de su hermano demonio.

—¿Qué haces aquí?

Lo cierto es que no pensaba que ninguno de ellos fuera a acercársele después de la última conversación que tuvieron en el

Obsidian. La mayoría estaban bastante molestos con él y con sus decisiones.

—Comprobar que estás de una pieza y evitar que cometas alguna estupidez… más —respondió con naturalidad—. Ya sabes, rutina de hermano mayor responsable.

—No eres el mayor —le recordó. *Y mucho menos responsable.*

—Detalles —replicó, agitando la mano en el aire.

Kae se lo quedó mirando durante unos segundos mientras se movía por el local, la luz de la tarde todavía era suficiente como para crear cierta penumbra en el interior y no dejarles en la oscuridad total. Quería comprobar una segunda vez que todo estuviese apagado, desconectado.

—Así que, ha recuperado su rutina ¿eh?

Asintió. No tenía sentido negar lo contrario, Kae podría notar su aroma del mismo modo en que lo hacía él.

—Volvió.

Su amigo resopló.

—Claro que lo hizo. No es como si fueses precisamente difícil de encontrar —gesticuló hacia el local—. Estás aquí día sí y día también.

No pudo menos que esbozar media sonrisa ante sus palabras, pero seguía tenso cuando ladeó la cabeza y lo miró.

—Lo recuerda todo.

Vio como los ojos de su compañero se abrían ligeramente, entendiendo lo que eso quería decir.

—Y eso confirma lo que dijiste del *Obsidian*… —murmuró, más para sí mismo que para él—. Vaya con la humana. —Se inclinó, mirándole de una manera bastante particular—. Lo recuerda… ¿Todo, todo?

Asintió en silenciosa respuesta.

—Y aun así se ha quedado… —Una nueva reflexión, pero también una aceptación—. Bueno. Parece que esta vez somos nosotros los equivocados… Y me alegro, la verdad.

Ninguno dijo nada durante unos cuantos segundos, lo que enrareció el ambiente, volviéndolo algo denso.

—Kae, yo…

Él se separó de la barra y dio un par de pasos en su dirección.

—¿Se lo has dicho ya?

Sabía bien a qué se refería.

—Todavía no… pero lo haré —confirmó. Necesitaba hacerlo. Por una vez quería que alguien viese absolutamente todo de él, aun si eso significaba desnudar su alma y mostrar esa parte de sí mismo que solo los de su tipo conocían; su hambre demoníaca—. La próxima noche en el *Obsidian*.

Su compañero dejó escapar un largo silbido.

—Una tercera noche… —chasqueó la lengua—. Será la primera en contar con semejante privilegio. Es una clara ruptura de las reglas. Aunque, ahora que lo pienso, ya las rompió al regresar una segunda vez. Pues sí que va a ser la nueva protegida de *«papi».*

Puso los ojos en blanco ante la manía que tenía de llamar *«papi»* al club, aunque no podía negar que, en cierta forma, ese lugar era la única familia que tenían y los cuidaba más y mejor de lo que lo habían hecho las suyas propias en el pasado.

—Si regresa, lo hará por voluntad propia, sabiendo lo que se encontrará detrás de esa puerta —murmuró él, viendo en ello la gran diferencia, aquella que lo cambiaba todo—. Y si atraviesa la puerta negra… se convertirá en una de los nuestros por pleno derecho.

—¿Acaso temes que no lo haga?

Miró más allá de la barra, hacia la tarjeta que permanecía abierta delante del sobre y supo cuál era la respuesta.

—No. Lara vendrá. Y cuando lo haga, ya no habrá vuelta atrás para ninguno de los dos.

No sabía que les depararía el futuro, pero esta tarde había quedado claro que ambos estaban dispuestos a averiguarlo, a ver hasta dónde podía llevarles lo que había nacido entre ellos en el *Obsidian*. Y, para él, esa era la mayor garantía de todas.

Sí. Su *Jazmín Blanco* regresaría al *Obsidian* y él la estaría esperando.

CAPÍTULO 31

—Vale. Empieza a soltar por esa boquita porque está claro que ha pasado algo.

Lara dejó escapar el aire lentamente. Le había enviado un mensaje a su amiga mientras estaba en la cafetería, diciéndole que necesitaba hablar con ella. No le sorprendió lo más mínimo que esta respondiese al instante llamándola, preocupada de que le hubiese pasado algo. Los últimos días no habían sido precisamente normales, con ella encerrada en casa, sin querer socializar, comiéndose la cabeza por algo que… no recordaba. Le llevó unos instantes tranquilizarla, aunque supuso que el que escuchase el ruido de la cafetería de fondo había ayudado.

A ojos de Erika, eso era un *«Lara ha salido de su encierro y vuelto a la normalidad»*, así que había dejado el drama a un lado y le había dicho que se verían nada más terminara su jornada laboral.

Así que, aquí estaban ahora, en su casa, con una bolsa con la cena que habían encargado en un restaurante y listas para enfrentarse a un apocalipsis zombi si fuese necesario.

—He recordado aquella noche.

Su amiga se la quedó mirando unos segundos, con esa mirada suya que era capaz de hacer hablar al más duro de los testigos. Entonces, giró sobre sus tacones y empezó a moverse por su cocina como si fuese la propia. Sacó un par de copas de uno de los armarios, rescató la botella de vino comenzada que había en la nevera y llenó las dos hasta la mitad.

—Bien. Pues empieza a cantar, pajarito —le tendió una de las copas—. Porque está claro que lo que quiera que pasase entonces, te ha cambiado a nivel celular. Y no lo digo solo por esta semana

desquiciante. Eres otra, Lara… Tú. —La señaló de arriba abajo con un gesto de la mano—. Has cambiado.

—¿Y eso es… malo?

—Pregunta difícil donde las haya —respondió su amiga, llevándose la copa a los labios. Tomó un sorbo y saboreó el vino, como si necesitase meditar la respuesta—. Los cambios son necesarios y, si te sientan tan bien como parecen haberte sentado a ti… Bienvenidos sean. El punto es qué o quién ha motivado ese cambio, porque si ha sido algo turbio, prohibido e ilegal… Ya te digo que es un NO como una catedral, amiga.

Sonrió, más por alivio que por otra cosa.

—No hay nada turbio ni ilegal en el lugar en el que estuve esa noche. —No a sus ojos, al menos. Aunque no podía decir lo mismo de «prohibido»—. Ni con quien estuve.

—Así que… sí había un él. —Sus labios empezaron a estirarse lentamente—. Y no parece haber sido solo un polvo, por lo que parece.

No. La *Dalia Negra* había sido mucho más que un polvo, más que sexo nivel Dios. Había sido… descubrimiento, liberación y… un camino para encontrarse a sí misma, a la verdadera Lara.

Eryx le había dado todo aquello y mucho más.

—No. No lo fue —admitió y soltó la bomba que sabía iba a revolucionar aquel momento entre ambas—. Y… Anoche volví allí. Con él.

Erika se quedó congelada en movimiento. La copa en una mano, sus labios abiertos, sin pronunciar una palabra, sus ojos clavados en ella. Silencio. El silencio lo inundó todo durante unos instantes… y entonces estalló.

—¡La madre que te parió! —jadeó, dejando la copa sobre la encimera y prestándole ahora toda su enérgica atención—. ¿Cómo que volviste anoche? ¿Al sitio de la otra vez? ¿Lo recordaste y, en vez de llamarme para decírmelo y evitar que siguiese quedándome sin uñas, te fuiste de fiesta?

Levantó ambas manos e hizo una mueca.

—Digamos que fue un poco más complicado que eso, pero… —Se pellizcó el labio y añadió—. ¿Sí?

—¡Lara Morrison! —Exclamó su nombre, apuntándola con gesto acusador—. ¡Se suponía que tú eres la sensata de las dos!

—Mi sensatez quedó en entredicho cuando me casé con ese imbécil y permanecí a su lado durante diez años de mi vida —respondió con total sinceridad, poniendo por primera vez en palabras aquello que no se había atrevido a admitir ni siquiera para sí misma —. Me perdí, Erika. Me perdí en un matrimonio que ni siquiera estoy segura ya de si quería, en una vida que con el tiempo dejó de ser mía y pasó a ser de todos los que me rodeaban… He estado perdida durante once años, porque este último año tampoco he sido capaz de encontrarme… hasta esa noche.

El silencio volvió a imponerse, pero esta vez no resultó incómodo, ni siquiera espeso. Poder decir aquello en voz alta, la había aliviado sobremanera.

—No puedo decirte mucho… —continuó, mirándola ahora a los ojos—. Ni siquiera estoy segura de qué puedo decir y que no, pero… No quería que siguieses preocupada por mí.

—Lara, dime, por favor, que no te has metido en una secta.

Se echó a reír. No porque su amiga estuviese dramatizando, ni siquiera porque hubiese dicho aquello con su habitual ironía, sino por todo lo contrario… Por la preocupación real que veía en sus ojos.

Se acercó a ella y la cogió de las manos.

—No me he metido en ninguna secta —le aseguró, mirándola a los ojos para que pudiese ver en ellos la verdad—. El club… no es una secta, pero es… secreto y no puedo decir mucho sobre él.

—Un club.

Asintió. Suponía que eso sí podía decírselo.

—Te has metido en un club… secreto.

Ladeó la cabeza, pensándose la respuesta.

—Digamos que recibí una invitación la noche en la que recibí por fin los papeles del divorcio y, no me lo pensé demasiado —admitió, queriendo compartir lo que pudiese con ella. Era su mejor amiga, quien había estado a su lado todo ese tiempo y odiaba no poder contarle más, pero… no pondría en peligro ni al *Obsidian* ni a la gente que se encontraba allí dentro—. Quería… vivir una aventura, hacer algo que fuese totalmente contrario a lo que haría la

Lara *pre divorcio*, así que… me vestí para salir y… Solo te diré que puede que haya sido una de las mejores decisiones absurdas que he tomado en mi vida.

Erika apoyó la cadera contra la encimera, sus manos todavía en las suyas y esos ojos marrones clavados en ella con una mezcla de sospecha y… alivio.

—Así que… Mientras yo estaba en el juzgado, con un juicio que se alargó, tú decidiste aceptar una invitación… de vete tú a saber quién, para ir a vete tú saber dónde y celebra tu divorcio en un… club secreto. —Era un resumen bastante acertado de lo que ocurrió —. Joder, Lara. Si no te tuviese ahora mismo delante, si no viese con mis propios ojos que… sea lo que sea que te pasó allí te ha hecho… despertar, estaría muy tentada de encerrarte en una habitación y no dejarte salir hasta que te hubiesen hecho una revisión psicológica.

Sonrió al verla resoplar. Esa era la manera de Erika de enfrentarse con las cosas, una que le decía que no estaba enfadada con ella, ni siquiera decepcionada.

—Así que, esa noche conociste a alguien… —volvió a lo primero que le había dicho—. Y anoche volviste a verle.

Asintió con la cabeza.

—Creo… creo que esa primera noche me pasé de copas…

—O te metieron algo en la bebida —bufó, cruzándose de brazos—. Ni siquiera sabías cómo habías vuelto a casa y no recordabas nada…

—Lo sé. Y, sé que es difícil de entender, que incluso puede parecer algo… criminal, pero te lo juro, Erika. No pasó nada de eso. Nadie me drogó y, sobre todo, nadie me obligó a hacer nada que yo no quisiera —le aseguró, queriendo dejar claro aquello, sobre todo a ella—. Al contrario… nunca he estado tan segura y protegida como lo estuve esa noche… Como volví a estarlo anoche.

La chica sacudió la cabeza, haciendo volar su pelo rubio. Descruzó los brazos y recuperó su copa, a la que ahora dio un largo trago.

—Sé que eres una mujer sensata, que no te meterías conscientemente en algo que te haría daño, así que… —Se dio un instante para respirar hondo y sopesar lo que iba a decir—. Vale.

Quedémonos con que es obvio que estás bien, mejor que bien, incluso y que… Sea lo que sea ese club, te ha sentado de puta madre, pero… ¿Un club secreto? ¿En serio? ¿Y estás segura de que no hay nada ilegal o…?

Negó con la cabeza, al tiempo que sonreía.

—No hay nada ilegal —le confirmó y volvería a hacerlo las veces que hiciese falta—. Digamos que es un sitio privado y muy exclusivo, por lo que quieren mantenerlo en el más estricto secreto. Pero no hay nada malo allí dentro, no hay nadie malo ni perverso… Son gente como tú y como yo. Incluso él.

Erika entrecerró los ojos sobre ella una vez más, pero esta vez no habló de inmediato.

—¿Y cómo llegó a ti esa invitación, si puede saberse? —inquirió, mostrando ahora esa parte curiosa suya, una que conocía bien—. Vas de casa a la cafetería y de la cafetería a… —No necesitó respuesta, pues acababa de encontrarla ella misma—. Por supuesto. Dónde iba a ser si no. —Entonces, como si su analítica mente hubiese hecho todas las conexiones en tiempo récord, la vio abrir los ojos como platos y jadear ante una repentina comprensión—. Espera, ¿él? ¿Es Eryx?

No respondió. Aunque no es que le hiciese falta, porque Erika ya estaba haciéndose ella sola una película y hasta era posible que tuviese ya asignado el reparto.

—¿Te has tirado a ese camarero *buenorro*? —La miró de arriba abajo y, entonces, se echó a reír y su expresión pasó de esa previa cautela al alivio—. ¡Al fin! Pensé que tendría que poner carteles y flechitas para señalizar lo evidente, pero… Por fin le has echado un polvo. ¡Gracias, señor!

Se la quedó mirando sin saber muy bien qué decir.

—Oh, por favor. Que alivio —afirmó la chica, llevándose la mano al pecho—. Ese hombre es un bombón. Y parece un buen tipo, además, aunque ya me aseguraré de que…

—Por favor, no. —La detuvo, sacudiendo con energía la cabeza —. No te plantes en la cafetería y lo atosigues, que te conozco.

Su sonrisa se hizo aún más amplia, lo que la estremeció por dentro. Cuando Erika se ponía en ese plan, era capaz de sacarle

hasta la talla de calzoncillo a alguien y no era algo que desease que le hiciese a Eryx.

—Erika… —la previno, seria ahora—. No. Necesito… Necesito hacer esto a mi manera, necesito… Ambos necesitamos ver si lo que ha surgido entre nosotros… tiene algún recorrido. No quiero volver a precipitarme, no quiero volver a perderme de nuevo…

La expresión de su amiga cambió paulatinamente, dejando a un lado esa picaresca maquiavélica, para volverse más consciente, más íntima. Se la quedó mirando unos segundos y asintió con suavidad, con comprensión, la misma que le había ofrecido desde el momento en que se conocieron.

—Me portaré bien —le dijo, cogiéndole ahora ella las manos—. Encontrarás la manera, Lara. Lo sé. Si hay alguien que merece ser feliz en esta puta vida, esa eres tú. No sé si ese hombre será *«el hombre de tu vida»*, pero solo por ver cómo has cambiado gracias a él… ya se ha colado dentro de mi lista de *«personas a las que nunca meteré en la cárcel».*

Que, en el idioma de Erika, significaba que estaba en la lista de personas favoritas o de confianza.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro, sabiendo que había hecho lo correcto, aún si no podía ir más allá.

—Siento no poder contarte nada más sobre el club, pero…

Le cubrió los labios con los dedos y negó con la cabeza.

—Si alguien sabe lo importante que es mantener el secreto, esa soy yo —le guiñó el ojo—. Lo hago todos los días con mis clientes. Así que, no te preocupes. Además, quién sabe, quizá algún día yo también reciba una invitación.

Si ese día llegaba, los cimientos del *Obsidian* temblarían como si los hubiese agitado un terremoto. El pensamiento la divirtió y, al mismo tiempo, no le pareció tan mala idea.

Si alguien merecía tener una noche inolvidable en el *Obsidian*, esa era Erika.

—Bueno, cariño —cogió de nuevo su copa y señaló la de ella—. Brindemos por un buen polvo y una vida feliz.

CAPÍTULO 32

Lara cruzó la puerta negra sabiendo que este era su lugar. En cuanto puso un pie en la sala principal, la invadió una sensación de pertenencia, como si el largo camino que había estado recorriendo durante ese último año terminase justo aquí. Como si ese siempre hubiese sido su destino.

Sonrió mientras deslizaba la mirada sobre el lugar. El aroma, esa noche, era diferente. Entre el ya conocido había un toque sutil de jazmín, algo que sintió como una cálida bienvenida.

—Gracias, *Obsidian* —murmuró, sin saber muy bien si era lo correcto, pero sintiendo que debía hacerlo—. Me quedaré con ese perfume.

Notó algo distinto en el ambiente, como una especie de murmullo o un cosquilleo en la piel. No era fácil definirlo, pero lo tomó como un particular *«Bienvenida a casa».*

La curvatura de sus labios se hizo más profunda mientras abandonaba el umbral y avanzaba con paso decidido hacia la barra del bar. Le había visto enseguida, vestido como siempre de negro, con esa elegancia que le daba la corbata y el chaleco bajo la chaqueta del traje. Tenía ese vaso de whisky entre los dedos y lo giraba con cuidado, intentando encontrar en su interior las respuestas que necesitaba.

Supo el momento exacto en el que se dio cuenta de su presencia. Ese pequeño instante de congelación, el lento movimiento de la cabeza y entonces, esos ojos marrones con una profundidad borgoña, se clavaron en ella a través de la máscara.

Su Dalia.

Él era suyo por elección, no por imposición. Eryx la había visto la primera noche, la había reconocido, pero había sido ella quien lo

había elegido. Del mismo modo que había vuelto a hacerlo una segunda… y una tercera noche.

Se deslizó más que caminar, como si el propio *Obsidian* la empujase hacia él. Sus miradas no se separaron un solo instante mientras ella acortaba la distancia entre ambos. Como siempre, el sonido desapareció. La música, los murmullos, los vasos… No había nada más que su propia respiración, el creciente deseo corriendo ya por sus venas y la convicción de que estaba en el lugar que debía estar… y con el hombre con el que deseaba estar.

—Volviste. —Esa palabra era casi un ritual, una confirmación de que pasase lo que pasase, siempre tendría un lugar al que regresar.

—No hay lugar como el *Obsidian*.

Sus labios se curvaron ligeramente, captando al instante la referencia peliculera adaptada a ese momento.

—Ahora que estás aquí… estoy convencido de ello —le dijo, recorriéndola muy lentamente con la mirada—. ¿Lo de siempre?

—Sorpréndeme.

Le tendió la mano y ella la tomó, dejando que la acomodara en el taburete próximo al suyo. Hizo un gesto al camarero, un solo movimiento de los dedos, y este posó los ojos sobre ella. Fue un instante, uno muy breve, que acabó con un asentimiento.

Unos segundos después, tenía ante ella un cóctel con un agradable aroma a limón.

—Pruébalo.

Miró a Eryx, cuyos ojos seguían sobre ella con una intensidad medida, una caricia erótica que no llegaba a ser sexual, sino más profunda e íntima.

Envolvió los dedos en el tallo de la copa y se la llevó a los labios. Le dio un sorbo y cerró los ojos de puro placer, saboreando el licor y ese pellizco cítrico que dejaba detrás.

—*Um*… Delicioso —confirmó, volviéndose un momento al camarero para decirle—: Gracias.

Este asintió y volvió a su trabajo, dejándola de nuevo bajo la intensa atención de su pareja. Eryx no apartaba la mirada, nunca lo hacía, pero esa noche… había algo distinto en la manera en que la

observaba. No era solo deseo, ni siquiera reconocimiento… era casi como una contención autoimpuesta.

Y Lara supo a qué se debía incluso cuando no había sido pronunciada ninguna palabra al respecto.

—La bebida es tan solo una excusa, ¿no? —murmuró, dejando la copa de nuevo sobre la barra, sin apartar los ojos de los suyos.

Él ladeó la cabeza, un movimiento sutil, pero que había aprendido a reconocer.

—¿A qué te refieres?

Esbozó una leve sonrisa, suave, consciente del momento.

—A esto. —Señaló el espacio entre ambos—. A cómo me estás mirando… —Se inclinó ligeramente hacia delante, hacia él—. Pensando en algo que aún no has decidido decir…

El ambiente cambió, lo notó en la manera en la que respiró, necesitando coger aire para enfrentarse a algo difícil. En cómo apoyó el vaso sobre la barra, con un movimiento lento, medido. Sus dedos permanecieron un instante más de lo necesario sobre el cristal antes de soltarse.

Por primera vez, Eryx parecía vulnerable, perdido… pero más allá de ello todavía había una fuerte conciencia de seguir adelante.

—Siempre tan observadora…

—Es lo que tiene poder ver a una persona como es en realidad —respondió, sin suavizarlo. Le veía, incluso ahora, con esa máscara puesta, lo veía de verdad. Posó la mano sobre la barra, cerca de la que él mantenía ahí, pero sin llegar a tocarla todavía. La cercanía tenía un entendimiento entre ellos, uno que no necesitaba palabras —. No tienes que protegerme, Eryx.

Sus ojos encontraron los suyos, sosteniéndose, evaluando y, entonces, una ligera negación.

—No se trata de eso… —respondió, pero no sonaba como siempre.

—Sí —rectificó ella, con suavidad—. Se trata justo de eso… y de que desconoces la manera en la que yo pueda reaccionar… Por eso querías que fuese aquí, dónde piensas que nada podría pasarme, ¿no es así?

Un lento asentimiento, una confirmación que parecía llevar todo el peso que él cargaba sobre sus hombros.

—Entonces, no esperemos más…

El murmullo del *Obsidian* volvió a filtrarse poco a poco entre ellos, como si el mundo reclamase de nuevo su espacio… pero ya no era el mismo. Nada lo era. Ellos lo habían hecho a su manera, moldeando este lugar de modo que cada paso, cada mirada y roce fuesen solo suyos y de nadie más. No era tanto el sitio que ocupaban, sino como lo hacían, como lo llenaban con su propia presencia.

Él no respondió de inmediato, se tomó su tiempo y ella se lo concedió. Este era su momento, el de Eryx, el que necesitaba para mirar dentro de sí mismo y alcanzar algo que era lo bastante importante como para que quisiera compartirlo con ella… Aun cuando parecía sumamente difícil para él.

—Eryx…

No terminó la frase, no hacía falta. Lo vio exhalar muy despacio, llevaba demasiado tiempo reteniéndolo. Acercó sus dedos, con intención de tocarla, solo para replegarlos en el último momento, temiendo tocarla.

—Hay algo que no te he dicho… —mencionó, sus ojos fijos en ese breve espacio entre sus manos—, algo que no he vuelto a compartir con… nadie en mucho tiempo. —Hizo una pausa para reorganizar sus pensamientos, intentando buscar la manera en la que debían encajar—. No es algo que pueda… suavizar, ni explicar de una forma que lo haga parecer menos… trascendental… Porque lo es.

Su voz empezó a bajar de intensidad, volviéndose más áspera, más real. Ese espacio que todavía había entre ellos desapareció bajo la caricia de sus dedos sobre los de él.

—No necesitas suavizarlo, Eryx, por mí no.

Permaneció mirando sus dedos en contacto durante unos instantes, entonces levantó la cabeza, muy lentamente y lo vio. A pesar de la máscara, vio en sus ojos al hombre, al que se ocultaba detrás de la Dalia, detrás de una sonrisa amable en la cafetería, lo vio a *él* sin barrera alguna.

—Lo que viste… cuando me quité esto. —Se llevó la mano libre a la máscara, señalándola sin tocarla—, es tan solo una parte de mí, pero no todo lo que soy en realidad.

Se lamió los labios y giró la mano, de modo que sus dedos quedaron ahora sobre su palma, envueltos por los de él.

—El *Obsidian*, su verdadera finalidad… es facilitarnos lo que no podemos encontrar fuera de estas cuatro paredes, no sin que resultase… extraño o llamase demasiado la atención —continuó, sin apartar ni un solo segundo su mirada de la de ella. Sus dedos se cerraron entonces, con decisión, asegurándose de que no pudiese escapar, pero al mismo tiempo, sin ejercer tanta fuerza como para impedirle hacerlo si así lo deseaba—. La búsqueda del placer no es solo un juego para mí. El deseo que surge a través de él no es algo que pueda tomar o dejar… es algo que necesito para sobrevivir.

Sus palabras cayeron entre ellos con todo su peso, con un significado que iba más allá del bohemio, incluso del erótico y se convertía en algo primario, en pura supervivencia.

—Es aquello de lo que mi lado demoníaco se alimenta… —continuó manteniendo la mirada en ella, abriéndose como intuía no se había abierto antes—. Tu deseo no es solo algo que alimenta el mío, que despierta mi lujuria y hace que quiera hacerte probar tus límites, es también el que sacia mi hambre… el que la ha saciado estas noches como ninguna otra cosa ha podido hacerlo en toda mi vida… Si te quedas a mi lado, si vuelves cada noche a este lugar y a mí, tienes que entender que… también necesitaré eso de ti, Lara.

Hambre. El hambre cruda que había visto en su mirada, aquella que inflamaba su propio deseo, el que hacía que quisiera darse por completo a él… Ahora tenía completo sentido, por bizarro que este fuese en su mente.

Demonio. Él era un demonio. No era un ser humano, no tenía sus mismas necesidades…

No. Sí las tenía. Cuando lo miraba ahora veía una necesidad absoluta de comprensión, el miedo a no obtenerla, a fallar y a perder aquello que significaba algo para él. Eryx sentía dolor y alegría como cualquier otra persona, era capaz de reír, de emocionarse, de preocuparse por ella…

Nunca, ni una sola vez, le había hecho daño. Más bien todo lo contrario. Había sido cuidadoso, manteniendo siempre la puerta abierta para que se marchase si así quería, listo a renunciar a lo que necesitaba si era demasiado para ella.

Él no era un monstruo, solo era alguien con un ADN distinto al suyo, con necesidades… especiales, quizá, pero ¿quién no las tenía hoy en día?

Retiró la mano de la suya, con cuidado, pero no la alejó. Se bajó del taburete en el que había estado sentada, acortando el espacio entre ellos, metiéndose entre sus piernas para finalmente posar ambas manos sobre la máscara y sentir como esta cedía, cayendo sobre ellas.

—Aquí estás —murmuró, sonriendo con suavidad mientras recorría con los dedos esas líneas rojas en torno a su ojo y pómulo, las particulares pecas que pasaban de lado a lado de la cara por encima de su nariz—. Esto es lo que veo cuando te miro. Ni humano, ni demonio, solo un hombre dispuesto a hacer lo correcto en todo momento. Y eso, Dalia, no me da miedo.

—Lara…

Dejó la máscara sobre la superficie de la barra y le cubrió las mejillas con las manos, mirando ahora esos ojos color borgoña, con las pupilas más grandes de lo normal y se inclinó más cerca, hasta que sus labios rozaron los de él.

—No necesito que seas humano, Eryx… —murmuró, mirándole ahora a los ojos—. Necesito que seas tú.

Sus manos subieron sobre las suyas, cogiéndolas y reteniéndolas.

—No sé si entiendes que…

—Posiblemente tengas que… hacerme una demostración —admitió, en voz baja, solo para ellos dos—. Puede que tengas que explicármelo detenidamente, ya sabes, en plan *«esto funciona así, porque es así y de esta otra manera»,* pero… si está en mi mano… o en mi cuerpo… darte lo que necesitas para sobrevivir… ¿Acaso me has escuchado estas últimas noches decirte que no?

Negó lentamente con la cabeza.

—No. No lo hice.

Ella asintió, apretando sus dedos en los de él.

—No me asusta lo que eres —continuó y estaba dispuesta a repetírselo las veces que hiciese falta—. Me asustaría mucho más que me mintieses, que me dejases fuera, que no respetases mis elecciones, mi voluntad… —confesó, poniendo en palabras los mayores miedos que todavía no había podido quitarse—. Me perdí una vez, Eryx, dejé que otros eligiesen por mí, que decidiesen por mí hasta el punto de que ya no supe quién era… Mi ex marido no era una mala persona, pero sí tan absorbente que acabó convirtiéndome en lo que él necesitaba, lo que hizo que perdiese mi propia esencia… Y aquí creo que al fin empiezo a recuperarla, a ver quién soy en realidad.

Se lamió los labios y finalizó.

—Mientras puedas respetar esos límites, mi Dalia, lo demás puedo aprender a convivir con ello y a desearlo tanto como te deseo a ti —confesó mirándole a los ojos, esos bonitos y demoníacos ojos —. ¿Trato hecho?

Sus labios al fin se estiraron y asintió, con un brillo de alivio y decisión en sus ojos.

—Trato hecho, mi Jazmín. Trato hecho.

Lara correspondió a su sonrisa, recuperó la máscara de encima de la barra y volvió a ponérsela ella misma. Solo entonces se inclinó sobre él y le acarició el oído con los labios.

—¿Qué te parece si vamos arriba y… empiezas a explicarme eso de… *«alimentarse del deseo»*? —le susurró con suavidad y añadió—. Podría sugerirte además que añadieses algún caso práctico… Solo para que me quede claro.

Eryx se rio, sus manos acabaron finalmente en su cintura y, cuando abandonó el taburete, lo hizo con ella pegada a él.

—¿Es lo que deseas, Lara? ¿Qué me convierta en tu profesor particular por esta noche?

No había otra respuesta para eso.

—Sí. Con todo mi ser.

Y, por tercera vez, tomó su mano y dejó que la condujese a través de las paredes del *Obsidian* hacia el piso de arriba, donde darían rienda suelta a su deseo durante hasta que amaneciese.

EPÍLOGO

La campanilla de la puerta volvió a tintinear anunciando la entrada de un nuevo cliente. Eryx no alzó la vista de inmediato, no le hacía falta. Había aprendido a reconocer su presencia incluso antes de que cruzase la puerta. El aroma a jazmín, ese nuevo toque que se había convertido en su sello, uno que había sustituido al del cítrico y la madera que antes usaba, se mezcló con el del café recién hecho. Esta era ahora ella, una nueva flor, una que le pertenecía solo a él… la mayoría del tiempo. Sus pasos marcaban el ritmo tranquilo que ya asociaba con la hermosa escritora con la que ya llevaba unos meses de relación.

Tardó un segundo en levantar la mirada, solo uno, pero fue suficiente para verla saludar a algún cliente, con esa alegre sonrisa de siempre.

Las ocho en punto. Puntual como un reloj.

Como cada mañana venía con el bolso al hombro y el maletín con el portátil en una mano, pero esa expresión suya… era distinta. Más ligera, más suya… mucho más serena y confiada.

Sus ojos verdes atravesaron el local, buscando y, cuando al fin le encontraron su sonrisa se volvió íntima, llena de algo que solo ellos entendían.

—Buenos días —la saludó, con la misma cadencia de siempre. Solo que ya no lo era, porque ella se había convertido en algo muy especial, en una continuidad que nunca creyó posible.

—Buenos días, Eryx —correspondió con esa secreta sonrisa, dejando el bolso sobre la barra, en el sitio de siempre, como si nunca hubiese dejado de pertenecerle. Dejó el portátil delante de ella y se desabrochó el abrigo, disfrutando de la calefacción del local.

—¿Lo de siempre? —le preguntó por inercia.

Lara ladeó la cabeza, observándolo con esa media sonrisa que ya empezaba a conocer demasiado bien.

—¿Seguro que sabes lo que es *«lo de siempre»*? —Lo tentó con un leve gesto de su lengua sobre el labio inferior.

Entrecerró los ojos muy ligeramente, inclinándose lo justo para responderle:

—Empiezo a hacerme una idea.

La vio pellizcarse la punta entre los dientes, con gesto travieso para luego asentir más comedida.

—Entonces sí —asintió—. Lo de siempre.

Sacudió la cabeza, recordándose a sí mismo que ya tendría ocasión de cobrarle el tentador saludo en la próxima noche que compartiesen y se volvió para preparar su pedido. La dejó abriendo el portátil y, a juzgar por el sonido que le llegó de sus dedos sobre el teclado, tenía prisa por ponerse a escribir.

Sonrió para sí, recordando la última conversación que habían mantenido y cómo ella se las había ingeniado para sonsacarle todo tipo de información que le había advertido, iba a utilizar en su nuevo proyecto. Estaba entusiasmada y se notaba. Las palabras habían estado esperando a que ella volviese a ser *ella* para regresar con fuerza.

Como siempre, acabó contemplándola a través del reflejo del espejo mientras preparaba el café. Presintiéndole, levantó la cabeza y sus miradas se encontraron a través del cristal. Esta vez no apartó la mirada, sino que se la sostuvo hasta que terminó con la bebida y se volvió hacia ella.

—Eryx… —lo llamó.

—¿Sí? —Se acercó a ella, dejando el café a su lado, donde pudiese alcanzarlo y no volcarlo por descuido.

La vio dudar un segundo, solo uno, antes de comunicarle:

—Creo que ya sé cómo empieza.

Enarcó una ceja, con cierta curiosidad.

—¿Tu nueva novela?

Su negativa lo tomó por sorpresa, casi tanto como la leve sonrisa tironeándole de los labios.

—No. Bueno, sí. Eso también… —Hizo un gesto con la mano, desechando las palabras—. Pero no me refería a eso. —Bajó un poco la pantalla del ordenador y lo llamó con un dedo, un gesto que significaba mucho para los dos. Solo cuando se inclinó él también, ella añadió—. Me refería a lo nuestro.

Sonrió en respuesta, sosteniéndole la mirada. Por primera vez en mucho tiempo esas palabras no le preocupaban, pues confiaba en la mujer que estaba frente a él.

—Bueno, si ya tenemos comienzo… ahora nos tocaría ponernos con el desarrollo, ¿no? —Señaló su portátil con un gesto.

Lara dejó escapar una pequeña risa, suave y real.

—He estado pensando también en eso —añadió manteniendo aquella conversación solo para ellos—. Y creo que, mientras sea algo distinto, picante y nos genere entretenimiento… nos irá genial.

—Se me ocurre un lugar donde podemos encontrar todo eso —aseguró, inclinándose sobre ella y gesticulando de nuevo hacia el portátil—. Toma nota. Es un club secreto. Al que solo puede accederse con una muy particular invitación…

—*Um*… Que bien suena eso.

Ambos sonrieron, compartiendo ese pequeño momento de bromas, de estar simplemente el uno para el otro, sin grandes promesas, disfrutando simplemente cada día en ese camino que ambos estaban empezando a caminar a la vez.

—Tendré que pedirte su tarjeta, ya sabes… Por si necesito añadir el nombre, la dirección y esas cosas —aseguró con fingida seriedad—. Es importante, puesto que…

El sonido del móvil vibrando sobre la barra hizo que ambos se volviesen hacia él. Lara frunció el ceño al ver el nombre en la pantalla.

«Erika».

Era un mensaje.

Eryx se echó hacia atrás, dándole privacidad mientras ella lo abría.

Un par de segundos después la escuchó resoplar mientras meneaba la cabeza, sus labios curvándose de nuevo en una pequeña sonrisa.

—¿Todo bien?

Lara levantó la vista hacia él y asintió, al tiempo que giraba la pantalla hacia él para que pudiese ver el texto mientras le decía:

—Erika —corroboró el remitente—. Cree que siempre estoy metiéndome en problemas contigo.

Cuando leyó el texto, solo pudo reprimir una sonrisa, comprendiendo a qué se refería.

«Dime que ese camarero sigue vivo y que no has hecho nada ilegal. Y si es ilegal… llámame primero».

—¿Y va desencaminada? —respondió, volviendo a posar la mirada sobre ella.

Lara se lo quedó mirando, sopesando su respuesta.

—Todavía no lo sé —dijo, cogiendo la taza de café que le había dejado y dándole un pequeño sorbo, sin apartar los ojos de los suyos—. Pero creo que esta vez… vamos a disfrutar averiguándolo.

No le cabía duda de que así sería, porque no había mayor placer para él que hacer cada uno de los deseos de su escritora… realidad.